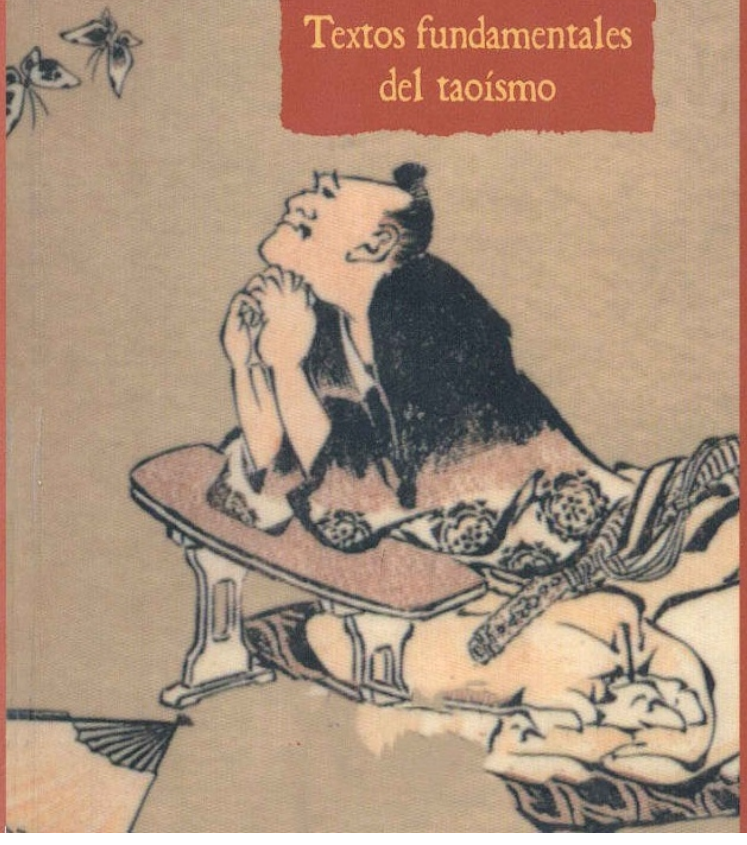
Sam Hamill y J. P. Seaton

LA SABIDURÍA DE CHUANG TSE

Textos fundamentales del taoísmo



EL VIAJE INTERIOR

P. SEATON ☾ LA SABIDURÍA DE CHUANG TSE

Sam Hamill y J. P. Seaton

LA SABIDURÍA DE CHUANG TSE

Textos fundamentales del taoísmo

ONIRO

Colección dirigida por Carlo Frabetti

Título original: *The Essential Chuang Tzu*
Publicado en inglés por Shambhala Publications, Inc., Boston

Traducción de Nuria Martí

Diseño de cubierta: Valerio Viano

Ilustración de cubierta: Chuang-tzu Dreaming of the Butterflies, by Hokusai (1760-1849), from the Hokusai shashin gafu (1814)

Distribución exclusiva:
Ediciones Paidós Ibérica, S.A. Barcelona – España

Editorial Paidós, S.A.I.C.F. Buenos Aires – Argentina

Editorial Paidós Mexicana, S.A. México D.F. – México

© 1998 by Sam Hamill and J.P. Seaton

© 2000 exclusivo de todas las ediciones en lengua española:
Ediciones Oniro, S.A.
Barcelona – España

Impreso en España – *Printed in Spain*

A Burton Watson

y a
Christopher Yohmei Blasdel,
Jerry Douglas, Russ Barenberg
y Edgar Meyer

Índice

Prólogo 9
Introducción 17
Vagando libre y tranquilamente 25
Todas las cosas son iguales 34
Sustentando la vida 48
En el mundo humano 52
El signo y el sello del Poder de la Virtud
se sostienen sobre sus dos pies 67
El gran maestro ancestral 78
Respuestas para emperadores y reyes 93
Pies palmeados 100
Los cascos de los caballos 105
Las maletas se roban 109
Quedarse en casa, no poseer nada 115
El Cielo y la Tierra 127
Inundaciones otoñales 129
La dicha perfecta 143
Aprendiendo a vivir 151
El árbol de la montaña 165
El conocimiento vagó hacia el norte 177
Los reinos del caracol 187
Las cosas exteriores 190
Chih, el Ladrón 200
Hablando de espadas 209
El viejo pescador 214
Glosario 223

Prólogo

Si a todos los poetas, pintores y escritores chinos que han vivido les preguntaran cuál había sido su lectura favorita, la ganadora sería sin duda la obra del Maestro Chuang. El libro que acabó conociéndose bajo el título de *Chuang Tse*, es una antología del pensamiento taoísta temprano. Al menos siete de los treinta y tres capítulos que han sobrevivido pueden atribuirse al filósofo Chuang Chou (369-286 a. C.). El hecho de que el libro haya atraído a los intelectuales chinos a lo largo de milenios se debe tanto a su contenido como a su estilo. El mensaje de libertad e inconformismo de Chuang Tse libera la mente china y proporciona un saludable antídodo para la ética y los valores sociales de los confucianos. El escritor era un narrador nato y un supremo artista con las palabras: usó todos los recursos del lenguaje a su disposición: desde anáforas a zeugmas, hipérboles y lítotes, paralelismos y antítesis, hasta paradojas y humor y, lo más devastador de todo, el recurso retórico de la «incongruencia». Chuang Tse se inspiraba en un vasto tesoro de mitos, leyendas e historia sin registrar de la antigua China, y también en un conocimiento enciclopédico de lo que podría considerarse la «historia natural innatural» para tejer, en forma de parábolas y debates anecdóticos, la visión de un escéptico y místico, en un mundo lleno de constantes y peligrosas elecciones morales.

Las traducciones completas o parciales al inglés del *Chuang Tse* pueden adquirirse en muchas versiones, inclui-

das las de Herbert Giles (1889) y James Legge (1891) del siglo XIX, las más modernas y eruditas de Arthur Waley (1939) y Burton Watson (1964 y 1968); las más matizadas de poesía de Lin Yutang (1948) y Thomas Merton (1965); y las contribuciones eruditas más recientes de Angus C. Graham (1981) y Victor H. Mair (1994). Sin embargo, la nueva retraducción de Sam Hamill y Sandy Seaton de este clásico taoísta tan querido tiene muchos méritos y, en gran parte, se deben a la audacia de su acercamiento y a su innovador lenguaje. Lo explicaré con más detalle.

El libro procede del esfuerzo unido de dos de los más talentosos artífices de la palabra de su generación, y utiliza un lenguaje vibrante y lleno de colorido. Su objetivo es que su lectura resulte fácil y amena, incluso hasta el punto de ignorar una fiel traducción formal. Al afrontar la tarea de traducir de una lengua a otra, generalmente se ha asumido que sólo hay dos acercamientos posibles: el literal o el libre. Pero los traductores más avezados han descubierto que hay una tercera opción que es preferible, la cual consiste en atenuar la fidelidad al original con la expresividad en la lengua de destino y combinar la sencillez con la elegancia, para alcanzar, por último, lo que se ha reconocido como los tres desiderátums de una traducción: *hsin* (fidelidad), *ta* (expresividad) y *ya* (elegancia).

Para traducir un texto filosófico lacónico, la mayoría estaremos de acuerdo en que una traducción literal será la menos gratificante y que no se debe depender exclusivamente de ella. Si no lo tenemos en cuenta, uno puede esperar encontrarse, como ocurre en la traducción de Fung Yulan, con un pasaje como éste: «El universo es un dedo; todas las cosas son un caballo. Lo posible es posible. Lo imposible es imposible. El Tao crea las cosas y éstas son lo

que son. ¿Qué es lo que son? Son lo que son. ¿Qué es lo que no son? No son lo que no son». (*Chuang-tzu*, 1931; reimpreso en 1989, p. 45). Incluso en la reciente y más lúcida traducción de Victor Mair (*Wandering on the Way*, 1994) nos encontramos este pasaje traducido como: «El cielo y la tierra son lo mismo que un dedo; las miríadas de cosas son lo mismo que un caballo. La afirmación yace en nuestro afirmar; la negación yace en nuestro negar. Un camino se hace al andar; una cosa es así porque la gente lo afirma. ¿Por qué las cosas son así? Porque afirmamos que son así. ¿Por qué las cosas no son así? Porque afirmamos que no son así» (p. 16). Si se compara este texto con la audaz reducción de estos argumentos en las escuetas palabras de Hamill y Seaton: «El cielo-y-la-tierra son un dedo. Las diez mil cosas son un caballo. ¿De acuerdo? No. ¿De acuerdo? Sí. Recorre el Tao. Alcánzalo todo. Pronuncia palabras, y eso serán. ¿Cómo que eso serán? ¿Es así? ¿Cómo que eso no serán? ¡Porque no es así!» (capítulo segundo). ¿Acaso esta traducción es un deliberado disparate? No. Está totalmente jusfificada.

Debemos tener en cuenta que Chuang Tse no sólo es un filósofo, sino un poeta. En un pasaje Chuang Tse utiliza el sustantivo *primavera* como un verbo, lo cual cautivó tanto a Burton Watson que, como explicó en la introducción (*The Complete Works of Chuang Tzu*, p. 19), intentó imitarlo traduciendo el pasaje como: «... nunca pierdas la alegría ... y *haz que primaveree* con todo» [las itálicas son mías] (capítulo quinto, ibíd., p. 74). En cambio, el mismo pasaje de la traducción de Hamill y Seaton resulta mucho más natural: «Nunca pierdas la alegría, manténla... eternamente en la primavera de las cosas», a pesar de saber que no es una traducción literal.

A lo largo de la traducción, los dos traductores se atreven a ser originales (y polémicos), inventando de vez en cuando un nuevo idioma, como puede verse cuando usan onomatopéyicamente las palabras *hua* o *kerplop* para sugerir parte de la chispa y la ingeniosidad del texto original. Los personajes que aparecen en los relatos y las anécdotas de *Chuang Tse* pueden, en términos generales, clasificarse en tres categorías: la primera se compone de figuras históricas como Confucio o el lógico Hui Tzu (Hui Shih, hacia 370-310? a. C.); la segunda incluye seres legendarios o mitológicos como Fu Hsi (el Prometeo chino o el Emperador Amarillo). Y la del tercer grupo, de la misma extensión, se compone de figuras o seres creados del tejido imaginario de la visión del autor —como un Pistola o un Calibán—* a los que Chuang Tse adjudicó imaginativos nombres. Sin embargo, estos nombres, si se hubieran transliterado del texto original, hubieran tenido muy poco significado para el lector occidental. Pero cuando el traductor intenta reflejar en el nombre las cualidades morales o físicas del personaje (o criatura) descrito o caricaturizado, se enfrenta a un reto de grandes magnitudes. En el mismo texto chino original, Watson traduce el nombre de uno de los personajes como «Nieh Ch'ueh», pero la misma figura aparece en la traducción de A. C. Graham como el «Desdentado» y en la de Victor Mair como el «Diente Separado». Hamill y Seaton le dan el nombre de «el señor Diente Roto».

* Pistola es uno de los personajes de *Las alegres comadres de Windsor*. Calibán es el poco agraciado esclavo de Próspero, protagonista del drama de Shakespeare *La tempestad*. *(N. de la T.)*

En los diversos capítulos de esta nueva versión abundan esta clase de mejoras. Otro ejemplo se encuentra en el capítulo once, que trata de un personaje llamado General Nube (Yun-chiang) que vaga por el universo buscando la respuesta para un buen gobierno y que se encuentra por casualidad con un ser que le da enseñanzas sobre el valor de la trascendencia a través de la no-acción. En el texto del *Chuang Tse* este personaje se llama Hung-meng, con *meng*, el segundo carácter chino, escrito sin el radical de agua. Independientemente de que Chuang Tse lo haya cambiado a propósito o no, en la actualidad no podemos tener la certeza si no lo comprobamos con un testimonio textual más seguro. Pero la mayoría de los comentaristas, desde Hsiang Hsiu (m. 272) y Kuo Hsiang (m. 312) hasta nuestros días, han aceptado este carácter compuesto rimado o binomio como un cognado de *meng-hung*, con el segundo carácter escrito con el radical de agua. Mientras que el carácter compuesto de *Hung-meng* aparece sólo en el libro del *Chuang Tse*, el carácter compuesto invertido de *meng-hung* (escrito con el radical de agua), aparece en tres ocasiones en el *Hua-nan Tzu* (hacia 140 a. C.), otro clásico taoísta antiguo, y los comentaristas de la antigüedad siempre lo han glosado con el significado de «el indiferenciado éter del universo anterior a la creación». Pero escrita *sin* el radical de agua, la palabra *meng* en sí misma significa «ignorancia»; la palabra aparece en el *Libro de las Mutaciones (I-ching)* como el cuarto de los sesenta y cuatro hexagramas, y Richard Wilhelm la tradujo por «La necedad juvenil». Se compone del trigrama *ken*, en la parte superior, que significa «el aquietamiento, la montaña», y del trigrama *k'an*, en la parte inferior, que significa «lo abismal, el agua» (p. 97). Y, ya que la lengua china permite que una palabra

tenga muchos significados, no sería censurable aceptar que la primera palabra, *hung*, significa también «una gran oca silvestre» (y este significado también se remonta a antaño, al *Libro de la Poesía* o *Shih-ching*).

Con todas esas opciones, ¿cómo afrontará un traductor la tarea de traducir el nombre de esta singular criatura? ¿Y cómo se la presentará al lector? Herbert Giles lo traduce así: «El Espíritu de las Nubes... se encontró por casualidad con el Principio Vital, mientras éste se daba golpecitos en las costillas y se movía brincando por los alrededores» (p. 129). En la traducción de Victor Mair el «Principio Vital» se interpreta como la «Vasta Oscuridad» (p. 97), del cual se dice que en aquel momento «disfrutaba dándose golpecitos en los muslos y saltando como un gorrión». Y Watson llama a la criatura que conversa con el Jefe Nube, la «Gran Ocultación, dándose golpecitos en los muslos y saltando como un gorrión» (p. 121). Todos ellos son buenos intentos de traducir este episodio tan divertido a la lengua de destino moderna. Pero me atrevería a decir que el primer premio debería adjudicarse a Hamill y Seaton, cuya versión es: «El General Nube... se topó con la Oca Boba Grandota, que dándose golpecitos en la tripota, estaba a punto de echar a volar como un gorrión saltarín». El juego de palabras, como es natural, implica el riesgo de ser censurado por el purista, en especial cuando un intento de reconstruir etimológicamente algo puede tener un resultado incorrecto o equivocado. Pero un éxito de esta clase también debe ser reconocido: por lo menos evoca el más glorioso como asimismo el más deslumbrante de los excesos que Ezra Pound se permitía.

Así pues, el paso de los siglos no ha logrado desvanecer a un clásico taoísta de la antigua China tan admirado, ni los

innumerables préstamos y hurtos lingüísticos a lo largo de los siglos han conseguido viciar la infinita sabiduría, gracia y sutileza de este autor; al contrario, su obra ha revivido con ello al presentarse en un lenguaje coloquial cuya lectura resulta estimulante.

IRVING YUCHENG LO
Fearrington Village
Palm Sunday, 1998

Introducción

Nadie escribió el libro clásico atribuido a Chuang Tse, el abuelo del taoísmo filosófico. Ni el Maestro Chuang Chou ni otros filosófos chinos antiguos de la dinastía Chou (s. III a. C.) escribieron libros, sino que anotaron versos, canciones, ensayos breves, conversaciones y anécdotas en tablillas de bambú, textos que con el tiempo fueron unidos entre sí y conservados en pergaminos arrollados. Cada «capítulo» del *Chuang Tse* se componía de un pergamino. En general se cree que los capítulos del 1 al 7 de los «Capítulos interiores» fueron recopilados por el propio Chuang Tse o sus seguidores inmediatos, y que los capítulos «exteriores» y «heterogéneos» fueron añadidos, editados o resumidos por distintas manos. En la época de la dinastía Han (s. I a. C.), la edición de la Biblioteca Imperal contenía cincuenta y dos capítulos. El presente texto del *Chuang Tse* «completo», compuesto de treinta y tres capítulos, fue editado por Kuo Hsiang en el siglo III d. C.

Chuang Tse vive en un territorio en el que la historia y los mitos se convierten en uno. Se conoce muy poco sobre sus orígenes o su vida. Al igual que los maestros budistas ch'an (zen) que, varios siglos más tarde, se inspiraron en gran medida tanto en su técnica como en sus enseñanzas, Chuang Tse creía que cada uno causa su propio sufrimiento y que en su mayor parte es resultado directo de nuestra insistencia por juzgar las cosas como «buenas» o «malas», negándonos a aceptarlas tal como son. Creía que la gente

desperdicia su vida aferrándose a las *cosas*. Su uso de la paradoja y de las sorprendentes yuxtaposiciones probablemente inspiraron más tarde el koan zen. Chuang Tse disfrutaba haciendo preguntas que demolían nuestra ridícula insistencia en la conducta «racional».

Las enseñanzas del Maestro Chuang, junto con las igualmente mitificadas de Lao Tse y su *Tao Te Ching* (si realmente existió un Lao Tse y si fue el autor del *Tao Te Ching*), son las enseñanzas principales del taoísmo filosófico. Chuang Tse vivió en una época en la que las clases cultas se habían instruido con las enseñanzas moralistas de Confucio, en especial con el *Clásico de la Piedad Filial* y las *Analectas*, de modo que no es extraño que el sabio taoísta ensarte en un pincho a los pomposos y se mofe de las asunciones convencionales sobre la «rectitud» y la «bondad». Era tan devoto a lo que Carl Jung, más de dos milenios más tarde, llamaría «autoactualización» o «individualizacion», como Confucio lo era al ideal de bondad social. En los siglos siguientes, el taoísmo aportó un equilibrio al confucianismo, y las dos enseñanzas se fundieron en una filosofía social. Con el tiempo, el budismo aportaría el tercero de los Tres Sistemas entrelazados (*san chiao*) que predominarían en el pensamiento chino y la política social hasta el presente siglo.

La importancia de Chuang Tse es casi invalorable. Durante los últimos dos mil años ha sido estudiado por cada poeta y filósofo importante chino, japonés, coreano y del sudeste asiático. Li Po lo cita; Tu Fu se consuela en él; Basho no sale de casa sin él. En Occidente, Ezra Pound, siempre tan confuciano, discrepa de él; Gary Snyder se convierte en su compañero. Es leído por placer, para cultivarse y por puro e ilimitado gozo.

Dadas las convicciones de Chuang Tse sobre el lenguaje —en concreto, que las palabras no tienen unos significados absolutos excepto los que pueden ser mutuamente acordados— y dada su insistencia en la concentración y la espontaneidad como fuentes de arte y de vida, la traducción del libro titulado *Chuang Tse* debe encararse como una obra de arte que presenta una enorme variedad de problemas y posibilidades. Hemos intentado desarrollar un acercamiento sistemático con nuestra traducción para registrar y reflejar el arte de Chuang Tse, esforzándonos, al mismo tiempo, en no esforzarnos «demasiado».

Al traducir los términos de un capítulo al siguiente, hemos sido lo más sistemáticos posibles, para crear menos confusión, a pesar de saber que Chuang Tse escribió muy poco o nada del texto que sigue a los «Capítulos interiores». Sus seguidores y compañeros le conocían mejor que nosotros. Cuando utilizan su vocabulario, es usualmente con un propósito claro y manifiesto. Por tanto, estamos convencidos de que aunque en el contexto de la lengua inglesa un término pueda traducirse de distintas formas, el hecho de mantener una constancia al traducirlos aporta casi siempre mayor profundidad, así como una textura más amplia, recreando así (en ambos sentidos de la palabra) la intencionada ironía.

Por ejemplo, *t'ien hsia*, que literalmente significa «bajo el cielo», se refiere al «imperio», el reino legal del legítimo emperador o «Hijo del Cielo». Es un término deliberadamente político. Pero para Chuang Tse también significaba «todo el mundo» o «todo cuanto hay bajo el cielo», o incluso «la totalidad de la realidad fenoménica en la tierra». Y en algunos contextos se utiliza para referirse simplemente a «todo el mundo». Otros traductores lo han traducido por

el estado, *el mundo*, etcétera, dependiendo del contexto. Nosotros hemos mantenido la frase *todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo* porque creemos que, al igual que en el texto original, el hecho de repetirla en distintos contextos permite hacer resonar, aclarar o exagerar el juego irónico entre el significado de «el imperio» y el significado antiguo y secillo de «todo el mundo».

La traducción de los vocablos *t'ien*, *ti* y *jen* (cielo, tierra y seres humanos) presenta otra serie de problemas. *T'ien*, «cielo», no significa, como puede ser en la religión popular, un lugar con ángeles y las puertas del Paraíso presididas por un viejo abuelito de barba blanca, ni tampoco sugiere un dios como Yavé. Ni puede traducirse simplemente como *leyes de la naturaleza* o *ley natural*, aunque lo signifique en parte. Puede significar «cielo» o algo como «naturaleza» o «dios». Hemos preferido traducirlo literalmente por *cielo*, para permitir que su significado aumente dependiendo del contexto.

Jen, una simple figura de dos trazos, es el carácter chino que significa «persona» o «género humano». Sólo en contextos específicos significa «varón». Se utiliza también en determinados contextos para referirse a todas las cosas artificiales, es decir, fabricadas por las manos humanas.

La serie de tres palabras *t'ien*, *ti* y *jen* era, para Chuang Tse, la denotación de un concepto filosófico o incluso cosmológico. El cielo es todo yang, la tierra es toda yin, y el género humano se compone de un equilibrio de ambos. Juntos se conocían como los Tres Poderes, las fuerzas con las que gobernar la vida humana y la sociedad, de ahí que se tuvieran en cuenta al tomar una decisión a cualquier nivel.

En esta traducción probablemente se ha llevado a cabo un estudio etimológico más profundo que en otras versio-

nes anteriores. En particular, como en los primeros tiempos el vocabulario escrito era limitado y los elementos pictográficos e ideográficos todavía eran más numerosos que los elementos parcialmente fonéticos menos interesantes (que forman el 80 por ciento de los caracteres modernos), es a veces más fácil ver los diversos significados de un carácter chino analizando sus elementos significativos que consultando un diccionario. Por ejemplo, si buscamos el significado de los caracteres *hao* y *jen* (un homónimo del *jen* anteriormente mencionado) descubriremos que ambos aparecen traducidos como «bueno». *Hao* es el dibujo de una mujer con un niño, una palabra perfectamente elocuente y terrenal. En cambio, *jen* es una figura abreviada humana junto al número dos, una maravillosa abstracción que quiere representar el modo en que los humanos se tratarán o deben tratarse unos a otros porque son humanos, indica solidaridad, una gran idea que al principio fue promovida a nivel filosófico por el propio Confucio.

Es evidente que tanto el Maestro Chuang como los grandes poetas de la dinastía T'ang que estudiaron su obra, utilizaron artísticamente los elementos visuales de los caracteres escritos. De ahí que hayamos tenido que fijarnos en los aspectos semiológicos y etimológicos de esta lengua. Un autor puede crear un fuerte refuerzo visual, sólo con la intención de causar unos efectos lingüísticos, eligiendo unos caracteres con unos elementos pictóricos que convengan al tema, incluso aunque los significados de los caracteres no dependan del elemento pictórico concreto en cuestión. Por ejemplo, para representar una «fecunda humedad», se pueden elegir los caracteres —sustantivos, adjetivos, verbos e incluso pronombres y preposiciones— que contengan cualquiera de las varias representaciones de

agua: el carácter completo de agua, en tamaño reducido, colocado dentro, encima, o debajo del cuerpo principal del «nuevo» carácter; o dibujar a la izquierda tres puntitos, gotitas de agua; o incluso dos medios trazos, sobre un trazo entero, sobre dos medios trazos: un gráfico que forma uno de los ocho trigramas del *I Ching*.

El famoso poema «Noche silenciosa», del poeta Li Po de la dinastía T'ang, emplea sólo veinte caracteres escritos. Pero el poeta incluye dos caracteres que significan «luna» y cuatro lunas más: dos en la repetida palabra de *brillante*, una en la preposición *ante* (o *frente a*) y otra oculta en el verbo *mirar*. El 30 por ciento de las palabras del poema contienen representaciones visuales de la luna, un objeto y una imagen que son centrales para el tema del poema. «Nocha silenciosa» es un famoso *tour de force*, pero la técnica empleada no es inusual. Todos los juegos de palabras sobre los pies aparecidos en el capítulo quinto de *Chuang Tse*, provienen directamente del texto original, en el que el elemento «pie» está presente de un modo evidente en mucha mayor proporción que en cualquier otro capítulo. (Los pies, en particular los pies amputados, son una fuente de humor aleccionador y ligeramente macabro a lo largo del libro.) Como el lenguaje del Maestro Chuang ofrece estos recursos literarios, nosotros, como traductores, los hemos aceptado con gratitud.

En la composición escrita de *Chuang Tse*, en particular en los «Capítulos interiores», aparece un vertiginoso despliegue de técnicas literarias. Sin embargo, sigue siendo una recopilación de versos, fábulas, conversaciones registradas y anécdotas de la tradición oral clásica, cuentos tanto para ser escuchados como para ser estudiados textualmente. Teniéndolo en cuenta, hemos buscado un estilo de

prosa que sea tan natural para el oído como una buena conversación, sin sacrificar las cualidades elípticas o enigmáticas del texto original. Al Maestro Chuang le gustaba tanto divagar que no sentía la necesidad de unir este pensamiento con aquél, este verso con aquel otro. Aunque es más frecuente que haya conexiones que no que no las haya, es el lector implicado el que debe descubrirlas. Al gran taoísta no le gustaban los pensamientos ni se aferraba a ellos; sin embargo, los ritmos y las maravillas de la mente pensante absorta en el proceso de una autorrevelación espontánea aparece casi constantemente en el *Chuang Tse*. Su mente y sus escritos son la mente y los escritos de un poeta, independientemente de que se presenten en prosa o verso.

Nuestra traducción se basa en el texto que puede encontrarse en las Concordancias Harvard-Yenching. Las concordancias nos resultaron particularmente útiles para poder conocer la frecuencia con que se utilizaban determinados elementos del vocabulario e incluso, con un poco de manipulación, para conocer la frecuencia con que se utilizaban los elementos fonéticos y los significantes que pudieran tener un significado semiológico. Sin esta importante sección de las maravillosas Series de Índices del Harvard-Yenching, habríamos tenido muy pocos elementos con los que confirmar nuestras intuiciones. También hemos consultado constantemente el Weiger and Karlgren, el *Shuowen* y el Harvard-Yenching *Erh Ya* para las etimologías; y los comentarios chinos y japoneses, en particular los de la colección tan asombrosamente concisa que incluye la obra *Chuang Tzu ch'iao ch'uan*, de Wang Shu-min, publicada en Taipei, en 1988.

Hemos recurrido de nuevo además, con genuino placer, a las traducciones inglesas disponibles, incluyendo las

traducciones parciales, libres y poéticas de Thomas Merton y Martin Buber, esta última traducida del alemán por Jonathan Herman en la obra *I and Tao*, publicada por la State University Press de Nueva York, Albany, 1996. Cualquier traductor de este antiguo texto se apoya sobre los hombros de una torre por lo menos ligeramente inclinada de predecesores que, aunque no siempre sean unos colosos, está formada tanto de eruditos chinos como de traductores modernos. Algunos tienen una pierna más corta que la otra, quizá hayan perdido un pie (o el equilibrio) por el camino. El texto se ha conservado de un modo asombroso, y a menudo ha sido interpretado con brillantez tanto en los comentarios como en las traducciones, que nos han ayudado a cada paso del camino.

Vagando libre y tranquilamente
[CAPÍTULO 1]

En lo profundo de la Oscuridad del Norte hay un pez llamado K'un, tan grande que su anchura no puede medirse. Pero de pronto, ¡hua!, se metamorfosea en un pájaro llamado P'eng,[1] cuyo lomo es tan largo que no hay manera alguna de saber dónde acaba. Sólo a base de enormes esfuerzos puede elevarse impelido por unas gigantescas alas que cubren el firmamento como las nubes que cruzan el cielo. ¡Qué ave! Cuando siente deseos de volar, llega hasta la Oscuridad del Sur, denominada también la Charca del Cielo.

Lo más divertido de Ch'i, ese libro digno de respeto que tantas maravillas contiene, incluye entre otras la siguiente: «Cuando el P'eng se eleva de la Oscuridad del Sur, las olas del océano se agitan a lo largo de mil o incluso más millas. Bate sus grandes alas y se eleva al cielo hasta una altura de treinta mil millas, y después vuela hacia el sur durante tres meses antes de posarse en tierra. ¿Hay una estampida de caballos salvajes? El aire se llena de tierra y de polvo. El turbulento descenso del P'eng sumerge en el caos a cualquier criatura viviente.

El intenso azul de los cielos ¿es su color real o el resultado de estar tan lejos? Cuando el P'eng mira hacia abajo, todo cuanto ve es el color azul. Todos sabemos que una

1. Véase el glosario.

pequeña cantidad de agua no mantendría a flote ni sostendría un bote. Un poco de agua vertida en una hendidura del suelo es suficiente para que una semilla de mostaza flote en ella, pero si en su lugar depositamos una taza en el agua de la hendidura, no logrará hacerla flotar. Lo mismo ocurre con el viento: cuando es débil, no puede ayudar a impulsar las grandes alas. Para que un P'eng pueda elevarse hacia el cielo necesita un fuerte viento de noventa mil *li*, tener el cielo a su alrededor y nada que entorpezca su viaje hacia el sur.

La cigarra y el polluelo de paloma se ríen diciendo: «Cuando queremos volar, podemos llegar fácilmente a las ramas bajas de los árboles pequeños; y si no llegamos, volvemos al suelo. ¿Por qué alguien querría elevarse treinta mil millas y dirigirse al sur?».

Para hacer una excursión por el bosque que hay cerca de casa, uno se lleva normalmente provisiones para tres comidas y vuelve bien alimentado. Para recorrer treinta millas, muele cereales la noche antes de partir; y los que viajan mil millas, necesitan llevarse provisiones para tres meses. Pero un par de gorgojos en la comida no sabrán la diferencia.

El pequeño conocimiento no llega hasta donde el gran conocimiento llega. Los jóvenes ignoran lo que la edad enseña. ¿Que cómo lo sé? La seta del amanecer no conoce el crepúsculo. La cigarra estival no conoce ni la primavera ni el otoño. Y lo mismo les ocurre a los jóvenes.

En el Ch'u del sur hay un árbol llamado el Oscuro Espíritu. Para él quinientos años equivalen a una sola primavera y quinientos más, a un simple otoño. Antaño existía el árbol Tachun para el que ocho mil años suponía una primavera, y ocho mil más, un otoño. Y, sin embargo, en la

actualidad, sólo se oye hablar del maestro P'eng por haber vivido tan sólo mil novecientos años. ¡Todo el mundo tiene que ser como él! ¡Qué patético!

En la obra *Las preguntas de T'ang de Ch'i*, la historia se repite: «En el desnudo y desértico norte hay un oscuro mar llamado la Charca del Cielo, donde nada un pez llamado K'un que mide miles de millas de anchura y del que nadie sabe lo largo que es. Y un ave llamada P'eng cuyo lomo es como el Monte T'ai y cuyas alas son tan amplias como las nubes de los cielos. Al batir las alas para volar genera huracanes, y atravesando el alma de las nubes, se lanza hacia el cielo azul para elevarse a miles de millas. Después se dirige hacia el sur sin descansar hasta llegar a las profundidades del Oscuro Mar del Sur».

El gorrión, que mide menos de un palmo de largo, se ríe de este pájaro y dice:

—¡Oh, ése! ¿Qué cree estar haciendo? Yo, con sólo un saltito y un pequeño aleteo ya vuelo; me elevo unos pocos metros y después vuelvo a bajar. Revoloteo entre la maleza y las zarzas. ¡Eso es volar para ir a donde quieres ir! Pero ése ¿adónde se cree que va? —¡Entre el Grande y el Pequeño ésa es la diferencia!

Y lo mismo ocurre con aquel que sabe desempeñar eficientemente un determinado cargo oficial, cuya conducta puede servir de modelo a los vecinos; con aquel que es capaz de atender las necesidades de un determinado noble o incluso de un estado. Esta clase de personas se valoran a sí mismas del mismo modo que hacen las pequeñas criaturas. En cambio el maestro Sung Jung Tzu se echaría a reír. Aunque el mundo entero lo alabase, no por ello trabajaría más arduamente; aunque el mundo dijera que estaba equivocado, persistiría en su actitud. Conoce qué es lo

Interior y qué es lo Exterior; conoce la diferencia entre el verdadero honor y la desgracia. Es así de simple. En este mundo hay pocos como él que puedan conocer las cosas instintivamente y hacer lo correcto. Pero a pesar de estar muy cerca de la perfección, no ha alcanzado aún la perfección de un árbol.

Lieh Tse utilizó el viento como carruaje y se desplazó con ligereza y gran facilidad. ¡Qué maravilloso es viajar durante quince días enteros sin necesidad de regresar! Muy pocos en el mundo llegan a conocer nunca tal felicidad. Y, sin embargo, a pesar de estar libre de andar, seguía dependiendo de algo. Si hubiese cabalgado en la Rectitud-del-Cielo-y-la-Tierra y conducido los cambios de las seis energías [*chi*], habría podido vagar eternamente. ¿De qué hubiera dependido entonces? De ahí que se diga: «Aquel que ha llegado *allí* no tiene un "yo" propio; el dirigente espiritual no actúa; el verdadero sabio carece de nombre».

Yao intentó entregar el reino de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo a Hsu Yu diciendo:

—El sol y la luna han salido ya, sin embargo, las antorchas siguen encendidas. Tanta luz ¿no hace las cosas más difíciles? Si regamos durante la estación de las lluvias, ¿no estamos actuando de manera poco inteligente? Si tan sólo te levantaras y asumieras el lugar que te corresponde, todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo estaría bien gobernado. Aunque intente imitar tu conducta, tan sólo puedo llegar a ser el «actor» en los sacrificios cuyo cometido es representar a los espíritus de los antepasados difuntos. ¡Veo lo mal que he llevado las cosas! Acepta, por favor, el reino.

Hsu Yu le contestó:

—Gobiernas todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, o sea que ya está siendo gobernado. Si asumiera yo el poder, ¿qué estaría tomando sino un título? Los títulos y los nombres ¿acaso no son tan sólo los sirvientes, los huéspedes habituales de la realeza? ¿Y por qué querría convertirme en un sirviente de mí mismo? El gorrioncillo que anida en el bosque sólo necesita una rama; el topo bebiendo en el río sólo bebe hasta llenarse la barriga de agua. Ve a casa, mi señor, y siéntate bajo un umbroso árbol. De ninguna utilidad soy para todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Cuando el cocinero no puede gobernar su cocina, el más alto sacerdote y el «actor» no se ponen a saltar sobre barriles de vino apresurándose a sucederle.

Chieh Wu dijo a Lien Shu:

—He escuchado a Chieh Yu, el Loco de Ch'u. Ha dado un gran discurso, pero sin demasiado sentido. Habló y habló sin llegar a decir nada. Me sorprendió y asustó. Habló y habló como el Río del Cielo que fluye sin cesar. Fue demasiado. Y además sus palabras no tenían la calidez del sentimiento humano.

Lien Shu le preguntó:

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Dijo: «En lo profundo de la Montaña Ku She, hay un espíritu femenino cuya carne y huesos son como el hielo y la nieve, y su porte gentil y dulce como el de una virgen. No se alimenta de los Cinco Cereales, pero sorbe la brisa y el rocío. Trepa hasta las nubes más altas, conduce un carruaje tirado por dragones voladores y vaga por placer por los

Cuatro Mares. Cuando su espíritu se concentra, impide que las cosas decaigan y hace que las cosechas fructifiquen». Creí que sin duda estaba loco y no di crédito a sus palabras.

Lien Shu contestó pensativamente:

—Así es. Así es en realidad. El ciego no puede conocer la belleza del símbolo ni del artificio; el sordo no puede percibir el increíble sonido de la campana ni del tambor. ¿Pero cómo puede ser que la sordera y la ceguera se encuentren sólo en la carne y en los huesos? La mente que comprende también puede padecerlas. Lo mismo ocurre con las palabras de Chieh Yu. Y, sin embargo, existe ese espíritu femenino, ese principio femenino que puede unir las diez mil cosas en Una. No obstante, nuestro mundo sigue sujeto al desorden, hoy todo el mundo está dispuesto a hacerse cargo de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Pero el mundo no puede lastimar a ese espíritu. Si las aguas se alzaran e inundaran el cielo, no se ahogaría; si la Gran Sequía regresara, si las montañas y las laderas se cubrieran de piedras y de hierro candente, no se abrasaría. Con los desechos y el polvo que deja a su paso podrías fundir y moldear imágenes de tan sabios emperadores como Yao y Shun. ¿Por qué habría de rebajarse y ponerse al servicio de las meras cosas?

Había una vez un sombrerero procedente de Sung que se fue a Yueh cargado con un montón de sombreros ceremoniales sin saber que los habitantes de dicho lugar se afeitaban y tatuaban la cabeza y que, por tanto, no usaban sombrero. Yao había reinado bondadosamente, gobernando un país que se extendía hasta los Cuatro Mares, pero después

de aventurarse a ir a despedir a los Cuatro Sabios de la Montaña de Ku She, junto a la soleada orilla del río Fen, se olvidó de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo y se sentó aturdido con los ojos abiertos de par en par.

Hui Tzu dijo a Chuang Tse:

—El rey de Wei me envió semillas de una calabaza gigante. Una vez las hube sembrado, crecieron tanto que las calabazas llegaron a tener una capacidad de cinco fanegas. Pero si lleno una de ellas con sopa o agua, es demasiado pesada para levantarla; y si la corto para hacer un cucharón, sale demasiado plano y recto, y resulta muy incómodo de usar. ¡Eran enormes!, pero inservibles, de modo que las aplasté.

Chuang Tse le contestó:

—Eres muy torpe al pretender utilizar las cosas importantes. En Sung, un grupo de personas idearon un maravilloso ungüento para las manos agrietadas. Durante generaciones los sederos lo emplearon regularmente. Pero un día un extranjero lo descubrió y les ofreció cien monedas de oro para que le revelaran el secreto. Cuando el clan se reunió para discutir la oferta, uno de sus miembros dijo: «Lo hemos estado elaborando durante generaciones y lo único que hemos ganado ha sido unas cuantas monedas de oro. Pero ahora, en una sola mañana, podemos obtener cien. Debemos vender la fórmula». El extranjero compró la receta secreta. Más tarde pidió una audiencia con el Rey de Wu. Como el país tenía problemas con el de Yueh, como siempre, le nombraron general. Aquel invierno libraron una gran batalla naval en la que derrotaron de modo aplastante a los habitantes de Yueh, y el ungüento fue muy útil

para la tripulación de las naves de Wu. El extranjero fue recompensado con un feudo procedente del territorio de Yueh. Tanto él como el clan eran hábiles curando las manos agrietadas, pero uno acabó con un feudo y en cambio los otros no pudieron librarse del oficio de teñir y tejer la seda. La única diferencia estriba en el uso que le dieron.

»Ahora bien, si tienes calabazas con una capacidad de cinco fanegas, ¿por qué no has construido una cuba con una de ellas o un bote para navegar por los lagos y ríos? Te quejas de que eran demasiado extrañas para usarlas como recipientes, cuando en realidad ya estaban vacías. ¡Todavía tienes la cabeza metida entre las zarzas!

Hui Tzu, desdeñoso, respondió:

—Conozco un árbol enorme que la gente del lugar llama el árbol apestoso, cuyo tronco es tan espeso y lleno de nudos que el carpintero no puede usarlo y tiene unas ramas tan retorcidas que no sirven para fabricar un compás ni una escuadra. Aunque se eleve junto a un concurrido camino ni a un solo carpintero se le ocurriría cortarlo. ¡Tus palabras son igual de grandes, nudosas e inútiles! ¡No sirven a nadie!

Chuang Tse se echó a reír.

—¿Has visto nunca un gato salvaje o una comadreja mientras se agazapan en el suelo acechando a su presa para lanzarse hacia el este o el oeste, sin evitar saltar demasiado alto o demasiado bajo y acabando siempre atrapados en la red de algún cazador? En cambio, observa al yak: es tan grande como las nubes del cielo, podría decirse que es enorme, pero incapaz de cazar un simple ratón.

»Ahora bien, tienes ese árbol enorme. Crees que es terrible que nadie pueda cortarlo para sacar provecho de él. Pero ¿por qué no dejar que sea un árbol en el País de

la No-Cosa donde los animales salvajes se dispersan en cualquier dirección hacia Ningún-Lugar? Siéntate al pie del árbol y domina el arte del no hacer. Vaga libre y tranquilamente bajo él por el mundo de los sueños. Olvídate del hacha, nada puede dañarlo porque para nada sirve. ¿Dónde está el problema?

Todas las cosas son iguales
[CAPÍTULO 2]

Nan-kuo Tzu-ch'i se reclinó sobre el brazo de la silla en la que estaba sentado en meditación. Dirigió su mirada a los cielos. Su respiración era suave y regular. Parecía ensimismado. Su ayudante Yen-ch'eng Tzu-yu, que se hallaba junto a él, le preguntó:

—¿Qué clase de concentración es ésta? ¿Puedes realmente convertir tu cuerpo en un árbol marchito? ¿Tu corazón, en frías cenizas? El hombre que está ahora reclinado no es el mismo que el de antes.

Tzu-ch'i le contestó:

—Querido Yen, es bueno que me lo hayas preguntado. En este momento estaba ensimismado en algo, ¿lo has notado? Has oído la melodía de la gente, pero no la de la tierra. Cuando la conozcas, no habrás aún oído la de los cielos.

—Me gustaría conocer sus secretos —exclamó Tzu-yu.

Tzu-ch'i sonrió:

—Bien. ¡Um! Cuando el Gran Terrón de Tierra eructa, puede surgir enseguida otro sonido acallándolo. Pero una vez ha empezado, los diez mil agujeros emiten un enojado gemido. ¿Eres el único que no ha oído su rugido? En los bosques de las altas montañas hay árboles gigantescos, de treinta metros de ancho, rodeados de cavidades, de agujeros como narices, bocas, orejas, órbitas, copas o incluso morteros. Al igual que un bebé, empiezan a gruñir y gritar «bah-bahs» y cosas parecidas. Y también surgen rugidos como de

oleaje, voces de mando, chillidos enfurecidos, bramidos y gruñidos. Cuando llega una brisa gritan «oooh», y cuando se aleja, «yooo». Las suaves brisas modulan pequeñas cadencias; los torbellinos truenan grandes melodías. Y al pasar los fuertes vientos, todas las cavidades y agujeros se llenan de nuevo con el vacío. ¿No has oído, no has visto cómo las cosas se agitan y tiemblan para regresar después a la calma?

Tzu-yu respondió:

—O sea que la melodía de la tierra brota de sus numerosos orificios, al igual que la melodía de los caramillos y las flautas que tocamos brota de las diferentes cañas de bambú. ¿Pero puedo osar preguntar sobre la música de los cielos?

Tzu-ch'i le contestó:

—Fluye a través de las diez mil cosas y, sin embargo, no hay dos de ellas que suenen igual. Deja que cada una exprese su propio sonido, que sea ella misma. ¿Pero de quién procede ese hálito tan especial?

El gran conocimiento se ve a sí mismo y se detiene; el pequeño se vuelve más perezoso aún. Las palabras importantes pueden estallar en llamas e iniciar conflagraciones; las insignificantes son pura cháchara. Las almas de los durmientes pueden vagar en busca de su pareja, pero cuando despiertan se alían con todo lo exterior, con el corazón debatiéndose en medio de la indecisión, el engaño y la seducción. Los pequeños temores inquietan al corazón; los grandes retuercen las tripas con la indecisión.

Algunas almas vuelan como las flechas de una ballesta convirtiendo esto y aquello en «correcto» o «incorrecto».

Otras se quedan clavadas como un ocupante vigilando lo que cree haber conquistado. Fenecen como el otoño en el invierno, apagándose como la luz del día a finales de la estación. Se ahogan en sus propias maniobras. Nadie puede ayudarlos a levantarse y a empezar de nuevo. Sus elecciones determinan su propia opresión. Envejecen, su sangre se empobrece y la muerte se les acerca, pero no pueden contemplar su corazón con suficiente profundidad para descubrir la cualidad yang del sol y despuntar con él para volver a empezar.

La cólera y el goce, la felicidad y el dolor, la ansiedad y el arrepentimiento, la inconstancia y la obstinación, la modestia y la terquedad, la insolencia y la adulación... son la música que brota de la vacuidad. Los hongos nacen de la humedad. El día y la noche se siguen mutuamente. Quién sabe cuál de los dos nació primero o cuál es el origen del sol y la luna.

¡Ya basta! La salida y la puesta de sol ¿no son suficentes? ¿No son nuestros progenitores? Sin ellos no existiría un yo. Sin un «yo» no habría nada a lo que aferrarse. Aunque lo tenga claro, no sé quién es el que los ha creado. Es como si realmente existiera un Verdadero Gobernante detrás de todo, pero no encuentro ninguna prueba de él; puedo seguir creyendo en él, pero no puedo ver su forma. ¿Es posible que exista sin una forma? Las cien articulaciones, los nueve orificios, las seis vísceras proceden del útero, y yo, un niño, existo. Pero ¿cuál de esas partes debo tratar como la más familiar? ¿Hablarías por todas ellas? Habría una que sería tu favorita. Si todas son tus siervos y siervas, reflexiona en lo siguiente: los siervos y las siervas ¿bastan para reinar como gobernantes? ¿Pueden turnarse en el gobierno? ¿Hay un Verdadero Gobernante entre ellas? Por

mucho que intente determinar esos hechos y no lo consiga, los hechos no cambian.

Desde el momento que adquirimos una forma, no podemos olvidar que su decaer ha empezado. Empuñamos las espadas para aprovechar las cosas de este mundo, o las desperdiciamos como ellas nos desperdician a nosotros, como un caballo obligado a correr hasta el agotamiento. Nadie puede detenernos. ¿No es patético? ¿No es cruel? Llega el invierno, el hilo de nuestra vida se acaba y nos hemos esclavizado para alcanzar una meta que nunca llegamos a ver, desperdiciando el corazón en tareas tediosas, y sin conocer nunca un hogar al que poder regresar. ¿No es lastimoso? Quizá digas: «Al menos no estoy muerto», pero ¿qué tiene eso de bueno? Tu forma cambiará y tu corazón también. ¿No es realmente lastimoso? Pero así es la vida humana. ¿Puede perderse entre un poco de maleza? ¿Soy sólo yo el que está perdido? ¿Lo están también los demás?

Si sigues los dictados de un corazón realizado, has encontrado a un maestro. ¿Y quién no puede encontrar un maestro parecido? ¿Tal vez sólo los que comprenden los ciclos de sucesión eligen a su corazón como maestro? Y quizá los locos también. Pero elegir lo correcto o lo incorrecto sin un corazón realizado es como marcharse ahora de Yueh sólo para regresar al mismo lugar años más tarde. Es confundir lo que no existe con lo que existe, intentar hacer algo de nada. Si ni siquiera Yu, el gran Sabio, pudo encontrar la manera de conseguirlo, ¿cómo yo solo podría lograrlo?

Las palabras no son meros soplos de aire, sino que hablan. Pero si las definiciones no han sido acordadas, ¿pueden en realidad decir algo? ¿En qué se diferencian las palabras de los gorjeos de los polluelos? ¿Hay alguna diferencia?

Si el Tao siguiera siendo confuso, ¿cómo podríamos distinguir lo natural de lo artificial? Y si las palabras son confusas, ¿dónde está lo «correcto» o lo «incorrecto»? ¡El Tao! ¿Cómo podemos vivir sin él? ¿Cómo pueden las palabras existir y seguir siendo imposibles? Los pequeños «logros» tergiversan el Tao al igual que las florituras retóricas confunden las palabras.

Así es como llegamos a lo correcto e incorrecto de los confucianos y los moístas: una escuela veía como incorrecto lo que para la otra era correcto, y como correcto lo que para la otra era incorrecto. Si deseas enderezar lo incorrecto y eliminar lo correcto, nada hay más útil que la brillante luz de esa clase de sabiduría. Ninguna cosa hay que no sea aquélla, ni ninguna que no sea ésta. Aquello no se ve a sí mismo como aquello. El conocimiento de uno mismo precede a conocer a los demás. Por tanto, se dice: «Aquello surge de *esto*, pero *esto* también está causado exactamente por *aquello*. Ésta es la teoría de que *esto* y *aquello* han nacido juntos». Y aunque esto sea cierto, donde hay nacimiento, hay muerte; y donde hay muerte, hay nacimiento. Donde hay un posible, hay un imposible; y con el imposible, hay el posible. Causa el bien y provocarás el mal; causa el mal y provocarás el bien. ¿No es así? Pues que así sea.

El sabio no discute sobre estos puntos sino que se revela a sí mismo bajo la clara luz del día. Él ya sabe todo esto: que esto es aquello y que aquello es esto, y también que *aquello* y *esto* convierten lo correcto y lo incorrecto en Uno. Pero ¿él sigue o no conservando un esto y un aquello?

Cuando llegamos al punto en que incluso el Esto y el Aquello han perdido su sentido, lo llamamos el Eje Central del Tao, y cuando el eje central nace en medio del gran círculo, sirve para siempre. Aquello que es eterno, es eterno;

aquello que no lo es, no lo es. Y se dice: «Nada hay como la luz de la sabiduría».

Usar un dedo para señalar que un dedo no es un dedo, no es tan efectivo como no usar ningún dedo para señalar lo mismo. Usar un caballo para demostrar que un caballo no es un caballo, no es tan efectivo como no usar ningún caballo para demostrar que un caballo no es un caballo. El-cielo-y-la-tierra son un dedo. Las diez mil cosas son un caballo. ¿De acuerdo? No. ¿De acuerdo? Sí.

Recorre el Tao. Alcánzalo todo. Pronuncia palabras, y eso serán. ¿Cómo que eso serán? ¿Es así? ¿Cómo que eso no serán? ¡Porque no es así! Nada hay que no sea aceptable. Los brotes se elevan, y los grandes pilares, los leprosos y las mujeres bellas, las cosas extrañas y extraordinarias... son una en el Tao. Dividir el Uno es «alcanzar», y todo lo que se alcanza se destruye; lo que no se alcanza no puede destruirse: vuelve a empezar eternamente desde el origen, Uno. Sólo los que han llegado conocen este convertirse-de-nuevo-en-Uno. No utilizan su conocimiento, sino que moran en el presente y lo viven cada día. El que lo vive, lo comprende. El que lo comprende, recibe todo cuanto necesita y además, el tiempo, esto es todo. Cuando uno depende únicamente de esto, sin saberlo, eso es el Tao.

Agotar el espíritu y la mente trabajando para hacer que las cosas sean Una, sin descubrir nunca que todas son lo mismo, lo llamo «Las tres de la madrugada». ¿Por qué? Había un cuidador de monos que se encargaba de llevarles frutos secos para comer. Cuando les dijo: «Os traeré la comida a las tres de la madrugada y a las cuatro de la tarde», los monos se enfurecieron. Así que sugirió: «Os la traeré a las cuatro de la madrugada y a las tres de la tarde», y los monos se quedaron encantados. Las palabras dicen lo

mismo, sin embargo, una frase causó ira y la otra placer. El cuidador usó simplemente su inteligencia. El sabio hace que lo que existe esté en armonía con lo correcto-e-incorrecto y descansa bajo el árbol del equilibrio de la naturaleza. Esto se denomina ir por dos caminos a la vez.

El conocimiento de los antiguos era completo. ¿Hasta qué punto? Al principio no aceptaban la existencia de las cosas. Esto es ser completo; nada más puede añadirse a ello. Luego aparecieron otros hombres que aceptaban la existencia de las cosas, pero se negaban a hacer distinciones; luego llegaron otros que hacían distinciones, pero no juzgaban las cosas como «correctas» e «incorrectas»; después lo correcto y lo incorrecto se convirtió en una adjudicación y el Tao empezó a destruirse. Con la destrucción del Tao los que lo amaban intentaron «alcanzar» cosas. Pero ¿existen o no tales cosas como «alcanzar» y «destruir»?

Existen. Como cuando Chao Wen tocaba el laúd. Y no existen. Como cuando Chao Wen no lo tocaba. El laúd de Chao Wen, el maestro de música Kuang y su batuta, y Hui Tzu reclinado al pie del árbol Wu: ¡cuánto aprendieron los tres! Dominaron tanto sus respectivas artes que aún los recordamos hoy. Diferenciaron aquello por lo que se interesaban e hicieron un «aquello» de ello. Desearon iluminarlo, pero no fue la iluminación de la Iluminación. Así que nos hemos quedado con los argumentos tan confusos de Hui Tzu sobre lo «duro» y lo «blanco», y con los discípulos de Wen que agotaron el hilo de la vida de su maestro, y el suyo propio, sin llegar a alcanzar nada. O quizá alcanzaron algo. Si es así, yo también. Y si esto es no «alcanzar» nada, entonces ni las «cosas» ni yo hemos nunca alcanzado nada.

Por esta razón, el refulgente caos es la luz que guía al sabio. En lugar de usar sólo las cosas, el sabio mora en lo ordinario. Esto puede llamarse Iluminación.

Ahora quiero decir unas pocas palabras. Independientemente de que sean acertadas o erróneas, constituyen al menos cierto tipo de palabras, y no se diferencian de las de los demás, o sea que son aceptables. Permíteme que te las diga. Hay un origen. Y hay un aún-no-origen-que-da-lugar-a-un-origen. Hay un aún-no-origen-que-da-lugar-a-un-aún-no-origen-que-da-lugar-a-un-origen. Hay un ser. Y hay un aún-no-ser. Hay un aún-no-ser-que-da-lugar-a-un-aún-no-ser-que-da-lugar-a-un-ser. ¡Oh!, de repente hay un ser y un no-ser. Eso es lo que quería decir. Pero no sé si he llegado a decir algo o no. En todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo nada hay más grande que la punta de una mota de polvo flotando en la clara brisa otoñal y, sin embargo, una montaña es algo muy pequeño. Nadie es más viejo que el niño aún por nacer, y P'eng Tzu, con mil doscientos años, murió joven. El cielo y la tierra nacieron conmigo. Las diez mil cosas y yo somos una.

Ahora bien, el Uno existe, eso es todo; así que ¿cómo puedo haber dicho todo eso? Pero si sólo hubiera dicho: «Ahora bien, el Uno existe, eso es todo», ¿habría yo dicho algo? El Uno y mi frase hacen dos; dos y el Uno hacen tres. ¡De haber seguido así, incluso ni el calculador más inteligente lo habría comprendido nunca!, y menos aún el resto de nosotros. Así que, si yendo de la nada a algo hemos llegado a tres, ¿a cuánto más habríamos llegado de haber ido de algo a algo?

No vayas de ninguna parte a ninguna parte. ¡Aquí está el truco!

Antes de que el Tao fuera sometido a distinciones, las palabras no habían llegado a tener definiciones concretas. Pero una vez distinguido lo «correcto», se definieron los límites. Déjame decirte lo siguiente sobre los límites: hay una izquierda y una derecha; la clasificación y la valoración; la división y la distinción; la competición y el conflicto... ¡Los filósofos las llamaron las Ocho Virtudes! Más allá de los Seis Reinos, el sabio encarna la claridad de un niño: no intenta separar las cosas. En los Seis Reinos las separa, pero no las evalúa. Evalúa los verdaderos motivos de los antiguos emperadores tal como se presentan en los *Anales* y *Clásicos*, pero no hace distinciones. Hay cosas que los divisores no pueden dividir, que los distinguidores no pueden distinguir.

¿Qué cosas?, el sabio acepta todas las cosas, aunque una multitud de hombres las distinga entre sí y haga una gran ostentación de su distinción. Por tanto digo: «Aquel que discrimina no puede ver».

El Gran Tao carece de nombre. La gran distinción no tiene palabras. La gran compasión no es compasiva. La gran modestia es reservada. El gran valor no es agresivo. El Tao que brilla no es el Tao. Las palabras discriminatorias nunca alcanzan su objetivo. La compasión puede ser constante y, sin embargo, no alcanzar nada. La pureza puede verse con incredulidad. El valor agresivo nada consigue. Estas cinco cosas se hallan dentro del círculo, pero tienden a vagar fuera de él...

Por tanto: aquel que conoce lo suficiente para detenerse ante lo que desconoce está *allí*. Eso es todo. ¿Quién conoce la silenciosa explicación y el Tao que no es el Tao?

Conócelo y te convertirás en el Almacén del Cielo: en el que las cosas pueden guardarse sin que llegue a llenarse; y del que las cosas pueden sacarse sin que llegue a agotarse. Sin embargo, él mismo no sabe por qué ni cómo. Será llamado la estrella Pao-kuang, el extremo del mango de la Osa Mayor, y girará lenta y eternamente alrededor del centro, prediciendo los tiempos venideros.

El señor Diente Roto preguntó a Wang Ni:

—Usted conoce cuáles son las cosas que se consideran correctas, ¿no es cierto?

—Cómo podría saberlo? —contestó Wang Ni.

—Bueno, al menos sabe qué es lo que no sabe, ¿no?

—¿Cómo podría saberlo? —respondió Wang Ni.

—¿O sea que no sabe nada de nada?

—¿Cómo podría saberlo? Pero así es, intentaré explicárselo. Si digo que lo sé, ¿cómo puedo saber que no sé lo que digo que sé? Y si digo que no lo sé, ¿hasta qué punto puedo saber que lo que digo que no sé lo sé? Déjeme preguntarle: cuando la gente duerme con el cuerpo mojado, coge una pulmonía y muere, pero ¿le ocurre lo mismo al pez? Si intentáramos vivir en un árbol siempre tendríamos miedo, pero ¿le ocurre lo mismo a un mono? De los tres, ¿quién sabe cuál es el lugar correcto para vivir? La gente come la carne de animales que se alimentan de heno y cereales. Los ciervos comen hierba. Los ciempiés creen que la serpiente tiene un sabor dulce. Los buhos y cuervos comen ratas. De los cuatro, ¿quién sabe cuál es el sabor correcto? Los monos se aparean con monos, los ciervos con ciervos y los peces con peces. Todos los hombres consideran a Mao

Ch'iang y a la Dama Li bellezas eternas, pero cuando los peces las ven, se sumergen rápidamente hacia el fondo; cuando los pájaros las ven, echan a volar; y cuando los ciervos las ven, salen corriendo. De los cuatro, ¿quién sabe cuál es la belleza correcta aquí bajo el cielo? A mi modo de ver, las líneas de la compasión y la rectitud, y los caminos de lo correcto y lo incorrecto, están tan enredados y anudados que me resulta imposible diferenciarlos.

Diente Roto preguntó:

—Si no sabe la diferencia entre la ganancia y la pérdida, ¿podría decírnosla aquel que ha «llegado allí»?

Wang Ni contestó:

—Aquel que ha «llegado allí» es un espíritu. Si el Gran Pantano se secara y quemara, dicho ser no sentiría calor; si el gran río se helara, no sentiría frío; si violentas explosiones hicieran estallar las montañas y fuertes temporales agitaran los mares, ni siquiera se asustaría. Para él es natural elevarse sobre las nubes en el aire y sentarse a horcajadas sobre el sol y la luna, vagar más allá de los Cuatro Mares circundantes. Si ni la vida ni la muerte pueden cambiarlo, ¿cómo algo tan insignificante como la ganancia y la pérdida podrían afectarle?

Chu la Urraca dijo al señor Árbol Wu Alto:

—El gran maestro dice que no se ocupa de los asuntos mundanos; no persigue la ganancia ni evita la pérdida. No disfruta buscando nada. No se ha unido con el Tao. Hace declaraciones sin hablar; al hablar, no dice nada. Pasea más allá de la suciedad y el polvo de este mundo. El maestro Kung, el propio Confucio, tomó estas palabras por atrevidas e injuriosas. Pero yo creo que así es cuando recorres el misterioso Tao. ¿Qué crees tú?

El señor Árbol Wu Alto dijo:

—Si estas palabras son incluso demasiado difíciles para el Emperador Amarillo, ¿cómo podía el maestro Kung comprenderlas? ¡Y tú! Estás corriendo demasiado al mirar huevos y esperar que cacareen al amanecer, al contemplar una flecha de ballesta y ver ya una paloma asada en un asador. Yo también te diré unas palabras un poco disparatadas. A ver si eres capaz de escucharlas. Reclinado en el sol y la luna, con todo el universo del espacio y el tiempo metidos cuidadosamente bajo el brazo, el sabio se une con el caos que gira sin cesar. Honra lo más bajo de lo bajo como a su igual. Mientras las masas se debaten esclavizadas en las tareas mundanas, él sigue siendo un simple pueblerino, cuyo único logro es haber cultivado diez mil cosechas. Sencillo y puro, ve como las diez mil cosas se vuelven también sencillas, y forma una unidad con ellas.

¿Cómo puedo saber que esta vida no es una pura ilusión? ¿Cómo puedo saber que despreciar la muerte no es como un joven exiliado que no puede volver a casa? La bella Dama Li era hija de un caballero poco importante de Ai. Cuando al principio Chin se la llevó con él, ella empapó de lágrimas toda la parte delantera de su túnica. Pero una vez llegó al palacio, compartió la cama del emperador y se dio un festín con sus cebadas terneras, se arrepintió de sus lágrimas. ¿Cómo sé que los muertos no se arrepienten de haberse aferrado tan ignominiosamente a la vida? Aquel que sueña estar bebiendo el vino del placer, quizá se despierte al amanecer llorando. Aquel que sueña sollozar, quizá se levante al alba para salir a cazar. Mientras soñaban, ignoraban que estaban soñando. O puede que en medio de

sus sueños hayan intentado encontrar un presagio en ellos. Al despertar saben que han estado soñando. Ahora bien, quizá haya un Gran Despertar, tras el cual sepamos que todo esto no ha sido más que un Gran Sueño. Los necios piensan que ahora están despiertos y que lo han descubierto por sí solos, a escondidas, que ésa es la realidad. Uno es un noble; otro, un pastor... ¡Oh, qué listos!

Tu maestro Kung y tú estáis soñando. Y las palabras que os estoy diciendo también son un sueño. Todo ello se llama el Lastimoso Engaño. De aquí a diez mil años, te encontrarás con un gran sabio que podrá desentrañar este misterio para ti. O quizá lo encuentres esta mañana. O puede que esta tarde.

Supón que tú y yo nos enzarzamos en una discusión. Si tú ganas y yo no, ¿significa que tú tienes la razón y yo estoy equivocado? O si al revés, si gano yo, ¿significa que tengo yo la razón y tú estás equivocado? Si uno de nosotros tiene razón, ¿está el otro equivocado? ¿Tenemos razón ambos o estamos los dos equivocados? No podemos ponernos de acuerdo. Y nadie más ha oído aún los argumentos. ¿Quién puede aclarárnoslo? Si elegimos a alguien que piense como tú, estará de acuerdo contigo; si elegimos a alguien que piense como yo, estará de acuerdo conmigo. Si elegimos a alguien que no está de acuerdo con ninguno de los dos, sin duda no nos gustará su solución. No podrá aclarárnoslo. Y alguien que esté de acuerdo con los dos tampoco servirá de nada. Si ni tú ni yo logramos ponernos de acuerdo, ¿debemos esperar oír todavía otra opinión de nuestro entorno?

¿O quizá deberíamos encontrar la armonía en el origen de todas las cosas? Se dice: «Es y no es; es así y no es así. Si *es* encaja con las cosas y *no es* no, en tal caso *es* y *no es* difieren, y no hay ningún conflicto. Si *es así* encaja, en tal caso

no hay ningún conflicto porque es diferente de *no es así*». Los alternativos ruidos de la discusión esperan sus turnos, pero tú no necesitas hacerles caso. Armonízalos con el origen de todas las cosas y avanza en el interminable fluir hasta agotar los años. ¡Olvídate de los años! ¡Olvídate de los juicios! ¡Bate tus alas, vuela al palacio sin límites y vive allí!

La umbra preguntó a la sombra: «Hace un rato te estabas moviendo. Ahora te has detenido. Hace un rato estabas sentada y ahora te has levantado. ¿Cómo es que no tienes ningún lugar especial en el que estar, nada en particular que hacer?».

La sombra le preguntó a su vez: «¿Se supone que debo esperar algo antes de hacer lo que hago? Ese algo que debo esperar, ¿se supone que también está esperando algo? ¿Debo esperar la piel de una serpiente o las alas de una cigarra? ¿Y cómo puedo saber que es así? Y si no es así, ¿cómo puedo saberlo?».

Hace mucho tiempo Chuang Chou soñó que era una mariposa revoloteando entre los árboles y que hacía lo que le complacía, sin saber en absoluto que Chuang Chou existía. Pero al despertar de pronto, allí estaba Chuang Chou un tanto desconcertado. Chuang Chou se preguntó: «¿He soñado que era una mariposa o soy una mariposa soñando que es Chuang Chou?» Pero entre Chuang Chou y la mariposa deberíamos encontrar algún tipo de diferencia. Esto es lo que se conoce como las Cosas Cambiantes.

Sustentando la vida
[CAPÍTULO 3]

La vida tiene un límite; el conocimiento, ninguno. Buscar lo ilimitado a través de lo limitado es peligroso, pero más peligroso aún es buscar el conocimiento conociendo plenamente este hecho. Quien desee hacer el bien debe evitar la fama del mismo modo que quien hace el mal intenta evitar el castigo. Manténte cerca de las arterias principales y haz de ello tu constante norma. De ese modo, podrás conservarte íntegro, formar una familia y vivir todos tus días.

Ting, el cocinero, separaba la carne de los huesos de un buey para el señor Wen Hui. Sus manos danzaban mientras sus hombros se giraban con el avanzar de su pie y el doblar de su rodilla. Con un suave ¡chass, chass! la hoja del cuchillo cantaba siguiendo la dirección del cocinero sin perder una sola nota. Ting y su hoja se movían como si estuvieran danzando «El moreral» o dirigieran el «Ching-shou» con una orquesta.

El señor Wen Hui exclamó:

—¡Qué alegría da! Es maravilloso ver hacer un oficio tan sencillo con tanta maestría, ¿no es cierto?

Ting dejó el cuchillo sobre la mesa.

—Todo cuanto me importa es el Camino. Lo encuentro mientras hago mi oficio, eso es todo. Cuando destacé una res por primera vez, lo único que veía era la carne del buey. Tardé tres años en poder ver al buey como un todo. Ahora lo corto con toda mi alma y no pienso sólo en lo que ven

mis ojos. Siento y sé cuándo debo detenerme, me dejo guiar por mi espíritu, que sigue las curvas naturales revelando las grandes cavidades, guiando la hoja por los intersticios, siguiendo la estructura del buey, pero sin tocar las arterias principales ni los tendones y ligamentos, y menos aún los huesos.

»Un buen cocinero necesita afilar su cuchillo una vez al año. Trocea con destreza. En cambio un cocinero torpe lo afila cada mes. Corta la carne a golpes. He usado este cuchillo durante diecinueve años y he destazado miles de bueyes. Pero el cuchillo sigue tan afilado como la primera vez que se separó de la piedra de afilar. Entre las articulaciones hay espacios y la hoja carece de grosor. Al no ser gruesa y pasar por ellos, puede moverse libremente donde desee: tiene todo el espacio que quiera para moverse. Así que, después de diecinueve años, mi cuchillo sigue tan afilado como el primer día.

»No obstante, hay algunas partes difíciles, y cuando las veo venir, mi corazón les ofrece mis más profundos respetos y me detengo para observarlas atentamente. Me pongo después a trabajar pausadamente, moviendo el cuchillo cada vez con más delicadeza hasta que, ¡kerplop!, la carne se desprende como un terrón de tierra al desmoronarse. Entonces retiro el cuchillo y evalúo mi labor, hasta estar totalmente satisfecho con ella. Después lo limpio y lo guardo cuidadosamente.

El señor Wen Hui dijo:

—¡Qué bien! Ting, el cocinero, me ha mostrado el Camino para sustentar mi propia vida.

Cuando Kung-Wen Hsien vio al Comandante del Bien, exclamó:

—¿Quién puede ser? ¿Por qué tiene sólo un pie? ¿Es un don de la naturaleza o una amputación debida al castigo del hombre?

—No es obra del hombre —le dijeron— sino algo natural. Nació con un solo pie. Está dotado con el aspecto de la gran dignidad. Por eso sabemos que es natural.

El faisán del pantano necesita dar diez pasos para conseguir un bocado de grano y cien para beber un sorbo de agua; pero si lo encierras en un corral, no lograrás que coma nada. Aunque podría vivir a cuerpo de rey, prefiere correr en libertad.

Cuando Lao Tse murió, Chin Shih asistió al velatorio. Lanzó tres fuertes alaridos y salió de la estancia. Uno de los discípulos le dijo:

—Usted no es amigo de nuestro maestro, ¿no?

—Desde luego —respondió.

—¿Entonces cómo puede condolerse de ese modo?

—Ésa es mi forma de hacerlo —contestó Chin Shih—. Al principio pensaba que tú eras uno de sus discípulos, pero ahora veo que no. Cuando vine a condolerme, encontré a unos ancianos llorando por él como si fuera su propio hijo y hombres jóvenes sollozando como si fuera su madre. ¿Qué es lo que ha reunido a estas personas? Sin duda tienen palabras que decir y lágrimas que verter que

nadie les ha pedido. Pero esta conducta sólo es huir de la verdadera naturaleza, dar la espalda a la realidad. Antaño esto era llamado «esconderse de las lecciones de la naturaleza».

»El maestro vino al mundo sabiendo que era el momento. Al abandonarlo, también lo siguió. Se ha ido en su debido momento, cuando se suponía que debía irse. Aquí no hay lugar para la alegría ni el dolor. Antaño esto era llamado "estar libre de ataduras".

¡Mira! No es necesario encenderlo más. El fuego arde ahora intensamente. Ya no se extinguirá jamás.

En el mundo humano
[CAPÍTULO 4]

Yen Hui fue a ver a Confucio antes de partir.

—¿Adónde vas?

—A Wei —contestó Hui.

—¿Y por qué vas allí?

—He oído algo sobre el príncipe de Wei: ha llegado a la madurez y es muy independiente. Pero gobernando es un irresponsable y se niega a admitir sus propios excesos. Se muestra especialmente irresponsable con sus súbditos, que están muriendo en tan gran cantidad que el país parece un pantano asolado por una sequía. Y el pueblo nada puede hacer.

»Maestro, a menudo te he oído decir: "Cuando un país está bien gobernado, puedes abandonarlo; cuando está inmerso en el caos, debes acudir a él". Ahora hay mucha gente sufriendo que espera frente a la puerta del doctor. Deseo usar lo que he aprendido de ti para ayudar a curar la enfermedad de ese país.

Confucio dijo:

—Eso sería muy bello, pero es muy peligroso. Lo más probable es que a causa de tu interés te castiguen mutilándote. Es muy posible que pierdas como mínimo una oreja. El Tao no debe ser complicado. Donde hay complicación, hay multiplicidad; donde hay multiplicidad, estás cerca del pesar; y cuando surge el pesar, no hay esperanza de salvación. Aquellos que entre los antiguos realmente *llegaron*

allí, lo lograron siendo maestros del niño que hay en nuestro interior, y sólo entonces se preocuparon por el niño que hay en los demás. Si aún no has aprendido a preocuparte de ti mismo ¿cómo esperas dominar a un tirano?

»Además —prosiguió Confucio—, debes comprender que el Poder de la Virtud puede desvanecerse y el mero conocimiento tomar su lugar. La virtud puede desaparecer en busca de fama y honor, mientras que el conocimiento surge del conflicto. La fama y el honor pueden ser el ejército, y el conocimiento un arma de batalla. Ambos son instrumentos diabólicos. No son las herramientas que necesitas para hacer tu trabajo.

»El poder de tu virtud es fuerte —continuó—, al igual que tu deseo de hacer el bien. Pero aún no has comprendido del todo la verdadera naturaleza humana. Aunque te resistas a contender para ganar honores, no conoces aún el fondo del corazón y la mente de los hombres. Si apareces ante ese tirano para insistir en que use la Plomada del Carpintero de la Humanidad y la Rectitud, sólo lograrás que un hombre malvado te desprecie por tu bondad. Te acusará de dañar su reputación, de tener una lengua malévola, y citará: "Quien habla mal de los demás atrae el mal contra sí mismo". El hombre al que valerosamente has ido a afrontar te lastimará.

»O supón, por otro lado, que fuera la clase de hombre a quien gusta hacer el bien y no tolera el mal, en tal caso de nada serviría intentar cambiarle, ¿no es cierto?

»Es mejor no aconsejarle nada. Un rey o un duque tenderá a aprovecharse de tu consejo para demostrar su dominio sobre ti censurándote ingeniosamente. Tus ojos arderán entonces y tu rostro empalidecerá mientras intentas calmarle. Tu boca intentará aplacarle, el rostro se te retorcerá en

falsas expresiones, mientras tu corazón y tu mente se debaten para encontrar un ángulo desde el que aceptar sus argumentos. Esto se llama el fuego luchando contra el fuego. O el agua luchando con su propio elemento. Yo lo llamo el pleno beneficio de la multiplicidad.

»Y cuando hayas dejado que te dirija, nada podrás hacer. Correrás el peligro de perder tu propia bondad bajo un montón de verborrea. En ese caso morirás ante tu tirano.

»Hace mucho tiempo, Chieh dio muerte a Kuan Lung-feng y Chou al príncipe Pi Kan. Tanto Kuan como el príncipe eran personas inclinadas a ayudar a sus vasallos, pero se mantuvieron firmes ante el poder de sus señores. Como amaban demasiado la fama y los honores, sus caciques les obligaron a doblegarse ante ellos.

»En los tiempos antiguos —prosiguió Confucio— Yao atacó Tsung-chih y Hsu-ao, y Yu atacó Yu-hu. Esas tierras quedaron arrasadas y los cuerpos de aquellos señores sufrieron como castigo la mutilación. Habían luchado incesantemente en busca de ganancia material. Todos ellos perseguían honores y ganancias. Seguramente ya los conocías. Ni siquiera los sabios Yao y Yu pudieron hacer desistir pacíficamente a los adláteres de la fama y la ganancia.

»Sea como sea, debes tener un plan. Cuéntamelo.

Yen Hui le dijo:

—Me presentaré como un hombre de principios y desinteresado, entregado y unido a un propósito. ¿Servirá esto?

—Por supuesto que no. El príncipe rebosa de yang y le encanta hacer ostentación de su poder. Se deja llevar por los placeres de la carne y es muy inestable. La gente corriente no se atreve a negarle nada. Arrebata a los demás

lo que más quieren para someterles a su voluntad. ¿No lo ves? Si es incapaz de dar muestra de los más sencillos y normales modales, ¿crees que se sentirá atraído fácilmente por el Poder de la Verdadera Virtud? Se aferrará a su modo de actuar negándose a cambiar. Quizá acepte externamente tu consejo, pero no en su interior. ¿Cómo un proceder tan vulgar podría conducirte al éxito?

—En tal caso —dijo Yen Hui—, ¿serviría de algo si fuera recto en mi interior y deshonesto en el exterior, y apoyara todo cuanto hiciera citando los precedentes de los antiguos? Aquel que es recto en su interior, es compañero de la naturaleza. Y aquel que es compañero de la naturaleza, sabe que es tan Hijo del Cielo como cualquier emperador. Así no necesitaría que me elogiara por la «bondad» de mis palabras, ni temer que me las reprochara. Si puedo actuar de ese modo, la gente me llamará un inocente niño. Eso es lo que quiero decir por ser un compañero de la naturaleza.

»Aquel que es deshonesto en el exterior es compañero de los hombres. Inclinarse, postrarse y doblar el cuerpo son sólo los buenos modales de los ministros en la corte. Todos los hombres actúan así. El que actúa como los demás evita ser culpado de nada. Eso es lo que quiero decir por ser un compañero del hombre. Y apoyar todo cuanto diga citando a los antiguos es simplemente ser un compañero de los antiguos. Aunque mis palabras puedan instruir o regañar al príncipe, serán las palabras de los antiguos, no las mías. De esta forma, aunque sea honesto, no me podrán culpar de nada. Eso es lo que quiero decir por ser un compañero de los antiguos. Si consigo hacerlo, ¿crees que funcionará?

—No —respondió Confucio—. No funcionará. Tienes muchos planes de acción, pero ninguno es apropiado. En el mejor de los casos, quizá puedas librarte de la mutila-

ción, pero aun así, eso será todo lo que conseguirás. ¿Cómo podrías hacerle cambiar si en tu corazón sigues siendo el predicador?

—Eso es todo lo que se me ocurre —dijo Yen Hui—. ¿Puedo preguntarte qué método emplearías?

—Ayuna —respondió Confucio— y te lo diré. Pero tener el método es una cosa y llevarlo a cabo, otra. ¿Será fácil? Quienquiera que piense que es una tarea fácil, no es adecuado para ella.

—Mi familia prácticamente no tiene nada —dijo Yen Hui—. Hace meses que no pruebo el vino ni la carne condimentada. ¿Sirve esto como ayuno?

—Esto no es ayunar con el corazón y la mente, sino ayunar haciendo un sacrificio.

—¿Puedo preguntar cómo se ayuna con el corazón y la mente?

—Concentra tu corazón y tu mente en el Uno —contestó Confucio—. No escuches con tus oídos, sino con el corazón y la mente. Deja después de escuchar con el corazón y la mente y escucha con tu *chi*, la energía de tu propio ser. Los oídos dejan de escuchar. El corazón y la mente se aquietan liberándose de palabras y símbolos. El *chi* se vacía. Al hacerlo es capaz de estar atento a cualquier fenómeno. El Tao llega entonces para reposar en la vacuidad. Esta vacuidad es el ayuno de la mente.

Al encontrarse de nuevo, Yen Hui dijo:

—Antes, cuando perseguía mi propósito, todavía era Hui. Pero ahora, a medida que lo voy comprendiendo, no estoy seguro de que haya un Hui. ¿Es eso lo que llamas vacuidad?

—Todo ello. —Confucio hizo una pausa—. Ahora puedo decírtelo, ya puedes entrar y pasear por la jaula del prín-

cipe sin que te afecten la fama y los honores. Si él te llama para tener una audiencia, canta como un pájaro. Si no lo hace, manténte callado. Donde ninguna puerta hay, no puede entrar el mal. Haz del Uno tu casa y mora allí cuando nada más puedas hacer. Estarás entonces muy cerca de estar *allí*. Es fácil no dejar rastro, pero difícil andar sin tocar la tierra. Es fácil ser falso cuando estás al servicio de los hombres, pero difícil cuando estás al servicio de la naturaleza. Has oído que se puede volar con alas, pero nunca que se pueda volar sin ellas. Has oído que hay personas que saben porque tienen conocimientos, pero nunca que se pueda saber sin tenerlos. En la cámara vacía vive la luz. Es en ella donde la buena suerte y las bendiciones se detienen y posan. Pero si no te detienes, esto es lo que se conoce como meditar montado a caballo: el cuerpo está sentado mientras la mente corre. Si mantienes los ojos y los oídos conectados a tu interior, y el corazón, la mente y el conocimiento al exterior, los espíritus de la tierra y el aire acudirán en masa para morar en ti, y si es así, ¡cuánto más se sentirán atraídos los hombres hacia ti! En esto residen las diez mil cosas siempre cambiantes. Si éste fue el vínculo que compartían Yu y Shun, y la práctica que realizaron Fu Hsi y Chi Ch'u desde el principio hasta el fin, ¡cuánto más merece ser difundida entre la gente común!

Tzu Kao, el duque de She, cuando estaba a punto de partir para llevar a cabo una misión en el estado de Ch'i, fue a consultar a Confucio diciendo:

—El rey me ha encargado una pesada responsabilidad. Probablemente Ch'i se limitará a dar muestras de gran res-

peto, pero no siente deseo de hacer nada más. Si no es fácil obligar a una persona corriente a hacer algo, ¡cuánto más difícil será lograrlo con un señor feudal! Tengo mucho miedo. A menudo me has dicho que aunque la empresa sea importante o insignificante, a excepción de los que siguen el Tao, pocos son los que llegan a culminarla. Si no alcanzas la meta, la gente chismorreará de ti. Y como resultado, sufrirás por el inevitable desequilibrio entre el yin y el yang. Sólo quien posea el Poder de la Virtud podrá alcanzar la capacidad de no sufrir, al margen de que tenga éxito o no. Tú sabes bien que me alimento a base de una dieta muy sencilla y que no necesito tener en mi despensa remedios para la acidez. Pues bien, esta mañana he recibido las órdenes, y esta tarde he tenido ya que beber agua helada, porque sentía arder mis entrañas. ¡Todavía no conozco lo esencial de mi tarea y ya estoy sufriendo por un desequilibrio del yin y el yang! Si fracaso, todo el mundo me censurará. Como ministro no tengo el equilibrio necesario para llevar a cabo esta embajada. ¿Hay algo que puedas decirme?

—En todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo —contestó Confucio— sólo hay dos Grandes Preceptos: uno es el destino y el otro, el deber. Que un hijo ame a sus padres es una cuestión de destino: nadie puede librar su corazón y su mente de ello. Que un ministro deba servir a su soberano es una cuestión de deber: en este mundo humano no puedes ir ni escapar a ningún lugar en el que no haya un gobernante. De ahí que se llamen los Grandes Preceptos.

»Servir gustosamente a tus padres y vivir donde ellos elijan es la meta suprema de la devoción filial. Servir a tu señor, aceptar cualquier orden que recibas e ir a donde ésta te conduzca es en verdad la máxima lealtad. Servir al corazón y a la mente para que la tristeza y la alegría no se

impongan con demasiada facilidad, conocer lo que no puedes cambiar y aceptarlo como tu propio destino es avanzar hacia el Poder de la Virtud.

»Quienquiera que sirva a otro como ministro de estado —prosiguió Confucio— no hallará con frecuencia su propia satisfacción. Hará lo que debe hacer y se olvidará de sí mismo. ¿Qué tiempo le quedará para amar la vida u odiar la muerte? Yo creo que tú estás ya preparado para esta clase de servicio.

»Pero tengo algo más que decirte. Sean cuales sean las relaciones entre los que viven cerca uno de otro, sentirán una confianza mutua basada en la familiaridad física. Pero si esas personas viven separadas por la distancia, la lealtad dependerá del lenguaje, y *alguien* deberá transmitir las palabras. Al margen de que las palabras resulten agradables para ambas partes o que despierten ira, la tarea de transmitirlas puede ser una de las más difíciles del mundo. Si el mensaje complace a ambas partes, se tenderá a embellecerlo. Si el mensaje despierta ira, se tenderá a exagerar el conflicto. Todo cuanto parece exagerado es insensato y temerario. Donde hay temeridad, ¿puede haber confianza? Y cuando no hay confianza, hasta el mensajero está en peligro. Por eso el *Fa-yen* dice: "Limítate a comunicar los hechos; no los embellezcas al hablar". Sigue este consejo y lograrás salir indemne.

»Cuando los hombres se ponen a prueba unos a otros con hazañas marciales, la situación empieza siempre con una atmósfera yang resplandeciente y radiante, para después transformarse rápidamente en una atmósfera yin oscura y nublosa, y es en este punto cuando usan sus más taimadas artimañas. Es como los hombres que empiezan bebiendo vino de acuerdo con el ceremonial, al principio

muestran buenos modales, pero al poco rato se vuelven revoltosos y al final terminan normalmente comportándose de manera lasciva. Con otros asuntos ocurre lo mismo —prosiguió Confucio—. Lo que empieza con sinceridad, puede acabar con doblez y falsedad. Lo que empieza pequeño y sencillo, puede tornarse grande y complicado antes de lo que uno se piensa. El mensajero es como alguien que se encuentra en medio de tempestuosas aguas: su curso puede conducirle al éxito o al fracaso. El violento movimiento del agua origina cambios. El éxito y el fracaso bordean también el abismo del cambio. Así pues, la cólera puede surgir sin ninguna causa aparente. Probablemente al principio pronuncien inteligentes discursos y tendenciosas frases, pero después se pondrán a gritar llenos de rabia como animales salvajes, rugiendo en medio de la discusión y arrojando su *chi* salvaje y crudo. Una vez enfurecidos ambos lados, las semillas de la destrucción estarán en sus manos.

»Entonces la respuesta y la réplica surgirán de corazones y mentes que se habrán vuelto inhumanos, y ni ellos mismos serán conscientes de ello. Y cuando uno actúa sin saber lo que hace, ¿quién puede decir cómo acabarán las cosas? Por eso el *Fa-yen* dice: "No te apartes de los demás. No presiones para que tu labor se concluya rápidamente. Ir más allá de los límites es excederse. Ir más allá del cometido encomendado es peligroso". Un buen trabajo toma tiempo. Uno malo quizá exija toda una vida para repararlo. ¿Acaso puedes no ser cauteloso? Limítate a sacar el provecho de las cosas tal como son. Deja que tu corazón y tu mente vaguen libremente. Acepta lo que no puedas conseguir y alimenta tu fuero interno asumiendo este hecho. En tal caso estarás allí. Eso es todo. ¿Qué más necesitas? Sólo

estar dispuesto a actuar de acuerdo al destino, aunque ello signifique encaminarte hacia tu propia muerte. Ésa es la única dificultad.

Cuando Yen Ho estaba a punto de convertirse en tutor del príncipe heredero, el hijo del duque Ling de Wei, fue a ver a Ch'u Po-yu para que le aconsejara y le dijo:

—He aquí a alguien que parece ser un asesino nato. Si no puedo hacerle entrar en vereda, temo que el país acabe mal; pero si lo intento, estaré andando por el borde del abismo. Sabe lo bastante como para reconocer las faltas de los demás, pero no lo suficiente para reconocer las propias. Así que ¿qué puedo hacer?

—Es una buena pregunta —le respondió Ch'u Po-yu—. Sé muy cauteloso. Adopta la conducta de una mujer, muéstrate en el exterior aquiescente mientras el corazón y la mente encuentran la armonía. Pero aun así, queda el peligro que aparece con la lealtad mutua. No dejes que tu aquiescencia se interiorice con demasiada profundidad ni que tu armonía interior se vuelva demasiado evidente, o será tu ruina, puesto que te vendrás abajo y perecerás. Si tu armonía interior es demasiado obvia, la gente hablará de ti, y mientras tu fama crece lo harán también las críticas, y al final te considerarán un malvado. Si tu pupilo se comporta como un niño, juega con él como si tú también lo fueras. Si no ve ningún límite, no los veas tú tampoco. Si vaga imprudentemente por los senderos que bordean el abismo, asciende con él llevándole a un lugar en el que la despreocupación no tenga cabida.

»Habrás oído sin duda la historia de la mantis religiosa que enfurecida extendió los brazos para detener un carrua-

je que se acercaba por su camino. No tenía la menor posibilidad. Lo mismo le ocurrirá a aquel que se envanezca de su talento. Sé muy cauteloso. Hacer una gran demostración sólo le ofendería y te colocaría en la misma posición que la mantis religiosa.

»¿Sabes cómo cuidan los domadores a los tigres? No se atreven a alimentarlos con animales vivos porque temen que les acabe gustando matar. Tampoco les dan animales enteros, porque desgarrar el cuerpo muerto estimularía su violencia. Aliméntalos bien en el momento oportuno y les podrás robar del corazón su propia furia, convirtiéndolos en tus esclavos. Los tigres y la gente son distintos, pero ambos se encariñan con los que los alimentan y se interesan por ellos. Los tigres sólo matan a quienes se oponen a ellos.

»Había un amante de los caballos que recogía la bosta de su caballo en una hermosa caja y los orines en una gran jarra de barro. Cuando una mosca se posó en su montura, la espantó de un manotazo. Sorprendido, el caballo se desbocó y rompió el bocado, y su dueño se lastimó la cabeza y golpeó en el pecho. A pesar de sus buenas intenciones, no consiguió evitar el daño. La cautela nunca está de más.

Un carpintero llamado Piedra viajó a Ch'i. Al llegar a Ch'u-yuan, vio un gran castaño que la aldea usaba como templo. Era tan enorme que su sombra podía cobijar a miles de bueyes, su tronco medía cien palmos de ancho, era alto como una montaña y sus ramas más bajas estaban a unos veinticinco metros del suelo. Más de una docena de ellas eran tan grandes que podían haberse vaciado para construir botes. Los visitantes se apiñaban a su alrededor

como si fuera la plaza del mercado. Piedra, el carpintero, apenas lo miró y continuó su camino sin dignarse siquiera a volver la cabeza. Pero sus aprendices no pudieron evitar quedar boquiabiertos ante él y tuvieron después que correr para alcanzar a su maestro. Uno de ellos le dijo:

—Desde que cogimos las hachas para seguirte, maestro, nunca hemos visto una madera tan hermosa. ¡Pero tú ni siquiera te has detenido a mirarla! Has seguido tu camino. ¿Cómo puede ser?

—¡Ya basta! —gritó Piedra—. No quiero oír hablar de ella. Esa madera es basura. Si construís un bote con ella, se hundirá. Si hacéis ataúdes, se pudrirán antes de tiempo. Para fabricar utensilios, es demasiado quebradiza. Para hacer una verja o una puerta, exuda demasiada savia. Haced un pilar con ella, y atraerá a los gusanos. Su madera no sirve para nada. No puede usarse. Por eso el árbol es tan viejo.

Cuando el carpintero regresó a su casa, el fabuloso árbol se le apareció en sueños diciendo:

—¿Me has comparado con árboles cultivados, con el espino, el peral, el naranjo, con todos los arbustos y árboles que dan fruto? Cuando los frutos están maduros se los roban, descortezan el tronco y, en general, los maltratan rompiendo las grandes ramas mientras que por las pequeñas gotea la savia a causa de las heridas. Tienen una maravillosa habilidad para transformar su utilidad en una miserable existencia. Y cuando el hilo de sus días y años se agota, son talados y arrancados por pobres diablos. Así ocurre con todas las cosas del mundo. Por eso me esfuerzo en aprender el arte de la inutilidad. Aunque por poco haya acabado conmigo, ahora ya lo domino y me resulta muy útil. Si hubiera sido de alguna utilidad, ¿crees que habría tenido

alguna oportunidad de haber crecido tanto? Tanto tú como yo somos objetos. ¿A qué viene enjuiciarme? Tú también eres un hombre destinado a morir. Pero ¿eso te convierte en pura basura? ¿Por qué me has llamado basura?

Cuando Piedra, el carpintero, despertó, contó a sus aprendices su sueño.

—Si se esfuerza tanto por ser inútil, ¿por qué se ha convertido en un templo? —quisieron saber.

—Es un secreto —contestó Piedra—. No se lo contéis a nadie. Sólo está fingiendo, así lo protege también la gente que no aprecia lo inútil. Si no representara un templo, quizá lo habrían abatido y partido. De ese modo es distinto de los demás árboles. Se le puede honrar por la nobleza de sus intenciones, pero quizá haya ido un poco demasiado lejos.

El distrito Chingshih del estado de Sung constituye un hábitat perfecto para las catalpas, los cipreses y las moreras. Pero cuando sus troncos alcanzan un palmo o dos de perímetro, los lugareños los cortan para hacer perchas para los monos. Cuando llegan a los tres o cuatro palmos, los talan para elaborar bellas parhileras. Los supervivientes que llegan a los siete u ocho palmos, son abatidos para fabricar los plafones de los ataúdes de la nobleza y la gente rica. Por consiguiente, nunca viven todos los días y años destinados, sino que perecen prematuramente bajo el hacha. Ésa es la desgracia que sufren por su valor material.

Los bueyes con manchas blancas, los cerdos con el hocico respingón y los hombres con hemorroides no son ofrecidos en el Río de los Sacrificios. Todos los sacerdotes lo saben y las consideran «criaturas desafortunadas». Sin

embargo, el Verdadero Espíritu las llama «las grandes afortunadas».

El hombre llamado Árbol Inútil tiene el mentón en el ombligo, los hombros encorvados por encima de la cabeza y el hueso del pescuezo apuntando al cielo. Los cinco órganos principales en la parte alta y los fémures contra las costillas. Cose y lava ropa para ganarse la vida, y al aventar de nuevo la barcia saca suficientes cereales para alimentar a diez personas. En la época de alistarse a filas, puede pasear su lisiado cuerpo ociosamente, y cuando la comunidad se reúne para trabajar en el campo, como está incluido entre los enfermos crónicos, nunca tiene que participar. Cuando se distribuye el grano que el estado regala, recibe tres medidas llenas y diez haces de leña. Su forma es inútil, por cierto, pero basta para sus necesidades. Sin duda vivirá todos los años de su vida. Si es así para él, ¡cuánto más lo será para quienes poseen una virtud inútil!

Estando Confucio visitando el estado de Chu, apareció Chieh Yu, el Loco de Chu, y gritó junto a la verja del maestro:

—¡Fénix! ¡Oh, Fénix! ¿Qué debe hacerse cuando el poder de la virtud decae? No puedes esperar a los de la siguiente generación ni recuperar a los que ya se han ido. Cuando todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo sigue al Tao, el sabio actúa sabiamente. Pero cuando el mundo ha perdido el Camino, el sabio sobrevive en él. El método para esta época es detenerse antes de ser mutilado. La buena suerte es ligera como una pluma, pero nadie sabe cómo adquirir sus alas. La desgracia es tan pesada como la tierra, pero nadie

puede librarse de ella. ¡Oh, deja, deja de atraer a la gente con el poder de tu virtud! Señalar el Camino en el polvo es peligroso, tan peligroso como dirigir a la gente. ¡La luz es falsa! Mi forma de actuar no atrae daño alguno. Mis senderos son sinuosos, pero no lastiman mis pies. El árbol de la montaña es su propio enemigo, su madera aviva su propio fuego. El árbol de la canela al ser comestible es derribado. El árbol de la laca al ser rentable es mutilado. Todo el mundo sabe lo útil que es ser útil; pero nadie parece saber lo útil que es ser inútil.

El signo y el sello del Poder de la Virtud se sostienen sobre sus dos pies

[CAPÍTULO 5]

En el estado de Lu había un hombre llamado Wang T'ai que, a pesar de haber perdido un pie por una mutilación punitiva, viajaba con una multitud de seguidores tan extensa como la del mismo Confucio. Ch'ang Chi le preguntó acerca de ello.

—A Wang T'ai le han cortado un pie, pero la mitad de la población de Lu son seguidores suyos y la otra mitad, tuyos. Cuando se levanta, no predica, y cuando se sienta, no discute. Además, llegan a él vacíos y regresan a casa llenos. Aunque a su cuerpo le falte un pie, tiene el corazón y la mente completos y enseña sin palabras. ¿Qué clase de hombre es éste?

—Este caballero es un verdadero sabio —respondió Confucio—. Si no he ido a visitarle aún es sólo porque estoy un poco atrasado. Voy a pedirle que sea mi maestro. ¡Cuánto más deberían hacerlo los que no han alcanzado mi nivel! ¡Y no sólo los que viven en el estado de Lu! Conduciré a todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo a seguir sus pasos.

—A ese hombre le han cortado un pie —dijo Ch'ang Chi— y, sin embargo, lo aceptas como tu maestro. No cabe duda de que su práctica está muy lejos de la del malvado. Su método de utilizar el corazón y la mente ¿por qué es único?

—La vida y la muerte son importantes cuestiones —contestó Confucio—, pero no provocan en él cambio alguno. Si el cielo y la tierra fueran derrocados y perdieran el poder, él no lo vería como una pérdida. Juzga sin ser pretencioso y no deja que los fenómenos le turben. Acepta el cambio y al mismo tiempo conserva la fuente de los orígenes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ch'ang Chi.

—Desde el punto de vista de la diferencia —dijo Confucio— el hígado y la vejiga están tan separados como los estados de Ch'u y Yueh. Pero desde el punto de vista de la similitud, las diez mil cosas son Una. Este caballero está tan en sintonía con la talidad que ni siquiera sabe para qué sirven los ojos y los oídos. Pasea con el corazón y la mente en armonía con el Poder de la Virtud. Ve todas las cosas como una, así que nunca detiene su mirada en lo que ha perdido. Ve la pérdida de su propio pie como un legado a la tierra.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Ch'ang Chi—. Ha usado su propia sabiduría para llegar a su corazón y a su mente; y su corazón y su mente para llegar al Corazón y a la Mente Constantes. ¿Pero por qué tiene tanta capacidad de atracción?

—Nadie usa como espejo las aguas que corren —contestó Confucio—, sino que más bien uno se contempla en las aguas serenas. Sólo la quietud puede infundir una única quietud en la acelerada multiplicidad. De todo cuanto se nutre de abajo, de la tierra, sólo los pinos y cipreses, los árboles de los cementerios, permanecen tan quietos. Pero en verano y en invierno siguen verdes. De entre todos aquellos que han nacido de lo alto, del cielo, sólo Yao y Shun pudieron morar en la quietud del Uno. ¡Qué buena suerte poder vivir con tanta rectitud y rectificar así la vida de muchos otros!

»Alimentándose de las fuerzas innatas y haciéndolas fructificar con valentía, un solo guerrero puede cantar como un gallo desafiante plantado ante los Nueve Ejércitos. Si alguien que persigue simplemente la fama y la satisfacción de su propio deseo puede conseguir tanto, ¡cuánto más podrá aquel que pone el cielo y la tierra en orden, que contiene todas las cosas, que considera a su propio cuerpo sólo como una morada temporal, que comprende que las percepciones de los ojos y los oídos son sólo imágenes y que ve todo cuanto es cognoscible como el Uno! El corazón y la mente de esa persona nunca morirán. Elegirá el día en que quiera levantarse y partir, y la gente le seguirá. Sin embargo, desde lo más profundo de su ser, no estará dispuesto a servir a las meras cosas.

Shen-t'u Chia, un antiguo oficial, había perdido un pie por una amputación punitiva. Él y Tzu-ch'an, que más adelante se convirtió en primer ministro del estado de Cheng, estudiaban con el maestro Pohun Wu-jen. Tzu-ch'an dijo a Shen-t'u:

—Si yo me voy primero, tú quédate. Si tú te vas primero, yo me quedaré.

Al día siguiente, mientras meditaban en la misma sala y en la misma esterilla, Tzu-ch'an le dijo:

—Cuando yo me vaya, tú quédate; y cuando tú te vayas, yo me quedaré. Ahora voy a irme, ¿te quedarás? ¿O no estás aún preparado? Claro está que ya habías visto antes a un primer ministro y no te preocupaste de mostrar ningún respeto. ¿Acaso crees que es tu igual?

Shen-t'u contestó:

—Dentro de las puertas de nuestro maestro ¿existe tal cosa como un primer ministro? Disfrutas pisoteando a los demás para sentir que lo eres. He oído un proverbio: «El espejo es brillante porque no tiene polvo. Pero cuando se cubre de polvo, pierde su brillo. Si te quedas con un digno maestro, quizá aprendas a vivir sin cometer errores». ¡Crees que tu maestro es digno de serlo y, sin embargo, pronuncias tales palabras! ¿No hay algo que no concuerda?

Tzu-ch'an repuso:

—¡Mira quién habla! ¿Y aún crees que tu bondad puede competir con la del sabio Yao? ¡Reflexiona en el poder de tu virtud! ¿Tienes alguna base para adoptar tal postura?

Shen-t'u respondió:

—Los que se excusan de sus errores y afirman no merecer una pérdida como castigo son una multitud. Los que se niegan a excusarse o afirman no merecer seguir intactos son muy pocos. Pero sólo los que tienen el poder de la virtud saben que nada puede hacerse a ese respecto y lo aceptan serenamente como su destino. Si paseas ante la diana de Yi, el gran arquero, cuando estés justo en el blanco, te convertirás en la diana. Y si ninguna flecha te alcanza, será porque ése era tu destino.

»Muchas personas de alta posición social se ríen de los que nos falta un pie. El corazón y la mente me hierven de rabia al oírlas. Me dirijo entonces al hogar de mi maestro y allí la rabia se extingue por sí sola, y después regreso a casa. Ignoro si el maestro me ha purificado; sólo sé que hace diecinueve años que viajo con él y todavía no ha reconocido que no pueda mantenerme en pie. Ahora bien, tú y yo estamos aquí para explorar los estados que se encuentran en el fondo de nuestra forma y nuestro cuerpo y, sin embargo, quieres atarme a meras formas exteriores. ¿No es eso un error?

Tzu-ch'an, descubriendo que era él el único a quien le faltaba una pierna para sostenerse, exclamó con el semblante demudado:

—No prosigas.

En Lu había un amputado por un delito penal llamado Shu Shan Sin Dedos que entró con determinación para entrevistarse con Confucio.

—Has faltado a la más elemental educación al presentarte así —observó el sabio—. Ya has ofendido a las autoridades y has sufrido esa desgracia en el pie. ¿Qué maquinas ahora?

—En aquella época no conocía mi deber y me tomé el cuerpo demasiado a la ligera —dijo Sin Dedos—. Como era de esperar perdí un pie. Ahora he venido aquí con lo que queda de mí, lo cual me basta para honrar el cuerpo con el que nací. Ahora veo que mi deber es permanecer íntegro. No hay nada que el cielo no cubra, nada que la tierra no sostenga. Maestro, le he considerado como mi cielo y mi tierra. ¿Cómo podía haber sabido que me trataría de ese modo?

—He sido grosero. Entra y deja que te diga lo que he oído.

Pero Sin Dedos se fue.

Confucio dijo:

—Amados discípulos, os recomiendo a esta persona. Si el señor Sin Dedos, a pesar de haber perdido el pie por una amputación punitiva, reconoce su deber de estudiar y reparar sus malas acciones pasadas, ¡cuánto más debemos hacer nosotros que conservamos nuestra capacidad física intacta!

Sin Pies dijo a Lao Tse:

—¡Bien! En lo que respecta a Confucio y a su «llegar allí», todavía no ha llegado, ¿no te parece? ¿Qué gana insinuando que está aquí para estudiar tu Camino? Lo que intenta es ganar la reputación de famoso y notable, sin darse cuenta de que para aquel que ha «llegado allí» esas cosas son como grilletes y cadenas.

Lao Tse contestó:

—¿Por qué no le has mostrado que la vida y la muerte son un único hilo, que el puedo y el no puedo son sólo dos caras de una misma moneda, para liberarlo de sus cadenas? Podías haberlo hecho.

—Si el cielo lo ha atado para castigarle, ¿cómo podía yo liberarle?

El duque Ai de Lu dijo a Confucio:

—En Wei había un individuo feísimo llamado Ai Cara de Caballo. Cuando los hombres se acercaban a él, no podían borrarle de sus pensamientos ni apartarse de su lado. Cuando las mujeres lo veían, rogaban a sus padres: «En lugar de ser la mujer principal de cualquier otro hombre, ¡quiero ser su concubina! Esto ha ocurrido ya al menos diez veces. Y, sin embargo, nadie había oído nunca que estuviera al frente de nada. Siempre adoptaba la armonía oculta en las voces de los demás. No tenía ningún cargo gubernamental que le diese el poder de tener la vida y la muerte de los demás en sus manos, ni ningún almacén lleno que atrajese el estómago de la gente. Y como ya he dicho, era tan feo como para dejar atónito a todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Lo único que hacía era transmitir armo-

nía. No sabía nada de nada, pero ahí estaba, y los hombres y las mujeres acudían a su alrededor como una bandada de ocas.

»Pensé que debía de ser un hombre extraordinario, de modo que ordené que lo trajeran a mi presencia y lo comprobé personalmente. ¡Era espantosamente feo! Pero le pedí que se quedara cerca de mí, y al cabo de apenas un mes empecé a hacerme una idea de la persona que era. En menos de un año había depositado en él toda mi confianza. Como en aquella época no tenía un primer ministro, le ofrecí las riendas del estado. Antes de contestarme, anduvo deprimido como si me fuera a dar una excusa, lo cual me hizo sentir muy avergonzado. Pero persistí en ello y le entregué el gobierno del reino. Entonces me abandonó enseguida. Me hirió en lo más vivo, como si hubiera perdido el reino, como si no hubiera nadie con quien pudiera compartir los placeres del reinado. ¿Qué clase de persona era?

Confucio contestó:

—En cierta ocasión, cuando llevaba a cabo una misión en el estado de Ch'u, vi a unos cochinillos mamando de su madre muerta. Al cabo de un rato parecieron asustarse y echaron a correr. Ya no podían verse a sí mismos, ni a los de su especie, en ella. El amor hacia una madre no es una cuestión de formas, sino de lo que crea esa forma. Si un hombre muere en una batalla, no le importará ser enterrado sin pompa. Cuando un hombre no tiene pies, no tiene ninguna razón para que le gusten los zapatos. En ambos casos, han perdido la raíz del amor. Y ésa es una pérdida radical.

»Las futuras consortes del Hijo del Cielo no tienen que cortarse las uñas ni que agujerearse las orejas. A un hombre que toma esposa, se le permite estar fuera de la corte, libre

de los deberes oficiales. Si el cuerpo en sí es suficiente para poner a alguien en tan especial situación, ¡cuánto más elevada será la posición de aquellos cuyo poder de la virtud está totalmente intacto!

»Ahora bien, en cuanto a ese Ai Cara de Caballo tuyo: antes de que pronunciara palabra, los demás ya confiaban en él. Sin haber ganado mérito alguno, era apreciado. Los hombres le entregaban sus estados y el único temor que tenían era que declinara la oferta. Debía de tratarse de una de esas personas de un talento perfecto, cuyo poder de la virtud carece de forma.

—¿Qué quieres decir con un «talento perfecto»? —quiso saber el duque de Ai.

—La muerte y la vida —dijo Confucio—, lo persistente y lo perecedero, el agotamiento y la plenitud, la pobreza y la riqueza, lo valioso y lo inútil, la censura y la alabanza, el hambre y la sed, el frío y el calor... La alternancia de esas condiciones es una función del destino. El día y la noche transcurren, pero el «conocimiento» no puede ni siquiera conocer lo que había antes de que nacieran. Por tanto, no están en posición de perturbar la armonía. No hay lugar para ellos en el almacén del espíritu. Deja que tu mente esté en armonía. Disfruta. Comprende. Nunca pierdas la alegría, manténla día y noche, sin cesar, eternamente en la primavera de las cosas, conectando siempre, haciendo que las propias estaciones cobren vida en tu corazón y en tu mente. A eso es a lo que me refiero al hablar de un perfecto talento.

—¿Qué significa que el poder de su virtud carece de forma?

—Que está en paz, como el agua serena y plena. Actuar como el agua es el método. Conservar lo que hay en el inte-

rior, para que nada del exterior pueda turbarlo fácilmente. El Poder de la Virtud reside en alcanzar esta clase de perfecta armonía, y cuando carece de forma, nada puede separar a uno de ella.

Más tarde, el duque Ai habló a Min Tzu de ello.

—Solía sentarme de cara al sur pensando que gobernaba todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo —dijo—. Yo era el que tenía las riendas y me sentía ansioso por la vida de mis súbditos. Creía comprenderlo todo. Ahora que he oído las palabras de alguien que realmente está *allí*, temo que no había captado lo esencial. Me tomaba las cosas demasiado a la ligera y estaba amenazando al estado. Confucio y yo, más que ser un noble y un ministro, somos amigos por el Poder de la Virtud, así es y de ningún otro modo.

Chuang Tse dijo:

—Había un jorobado llamado Lisiado Sin Labios que conversó con el duque Ling de Wei. Al duque le gustaron tanto sus palabras que cuando miraba después a la gente normal, la veía como si tuviera la espalda acartonada y los labios gruesos. Un individuo con el cuello tan hinchado como una jarra conversó con el duque Huan de Ch'i, y al duque le gustaron tanto sus palabras que cuando miraba más tarde a la gente normal, sentía lástima por la delgadez de sus cuellos. Por tanto: el Poder de la Virtud es aquello que perdura, pero las meras formas pueden olvidarse. Se trata de un sincero olvido. Asi pues, el sabio vaga. El conocimiento es una maldición para él. Todos los acuerdos no son más que engrudo. La virtud sirve para unir y la destreza es buena para el comercio. Pero si él no conspira, ¿por

qué habría de necesitar el conocimiento? Si él no separa las cosas, ¿por qué habría de necesitar el engrudo? Si no está separado de nada, ¿por qué habría de unirse a nada? Si no emprende ningún negocio, ¿por qué habría de necesitar la destreza? En lugar de estas cuatro cualidades, usa las gachas del cielo. Las gachas son el alimento del cielo, y como éste lo sustenta, ¿para qué le serviría el género humano? Tiene forma humana, pero no sentimientos humanos. Como tiene esa forma, va con las masas. Pero como no tiene sentimientos humanos, lo correcto y lo incorrecto no tienen cabida en su cuerpo. Insignificante y pequeño es, en verdad, uno entre los humanos. Infinito y grande, sólo él es uno con los cielos.

Hui Tzu preguntó:

—Entonces, ¿hay humanos sin sentimientos?

—Así es.

—¡Sin sentimientos! —repitió Hui Tzu—. ¿Cómo puede llamarse un ser humano?

—El Tao le proporciona la figura —dijo Chuang Tse— y el cielo le da la forma. Así que ¿cómo no podría decirse que es un ser humano?

—Si es humano, ¿cómo puede ser que no tenga sentimientos?

—No has comprendido lo que quiero decir por sentimientos —contestó Chuang Tse—. Esta clase de personas no dejan que lo bueno ni lo malo dañen su cuerpo. Van a donde va la naturaleza y no buscan sacar ningún beneficio de la vida.

—Si no buscan sacar ningún beneficio de ella —preguntó Hui Tzu—, ¿cómo pueden tener un cuerpo?

—El Tao les proporciona la figura; el cielo, la forma. No hay nada bueno ni malo que pueda dañar su cuerpo

El signo y el sello del Poder de la Virtud se sostienen...

—respondió Chuang Tse—. ¡Pero tú ahora te olvidas de tu espíritu y fustigas tu esencia vital!:

Reclinado en el árbol, mascullas;
apoyado sobre el escritorio, dormitas.
El cielo te ha dado la forma, muy bien,
pero tú la pierdes gorjeando
dale que dale sobre lo duro *y lo* blanco.

El gran maestro ancestral
[Capítulo 6]

Aquel que conoce el cielo así como al género humano está allí. Aquel que conoce el cielo sabe que éste nos da la vida. Quienquiera que conozca al género humano usa el conocimiento para sustentar lo que no puede conocerse. Agotará el hilo de los años de su vida sin seccionarlo por la mitad. Éste es el conocimiento más completo y, sin embargo, tiene un problema: el conocimiento espera tener la certeza, pero la certeza nunca puede darse por cierta. ¿Cómo puedo saber que lo que llamo «cielo» no es en realidad el «género humano», o que lo que llamo «género humano» no es en realidad el «cielo»? Sólo donde haya un hombre verdadero podrá existir el Verdadero Conocimiento.

¿Qué es un hombre verdadero? Los hombres verdaderos de antaño no rechazaban vivir en soledad, no se jactaban de los logros ni trazaban planes. ¡Así eran! Cuando fracasaban, no se arrepentían. Cuando triunfaban, no se enorgullecían. ¡Así eran! Trepaban hasta las cumbres sin sentir miedo. Se sumergían en las aguas sin hundirse. Caminaban a través del fuego sin quemarse. Así de cerca estaba su conocimiento del Camino.

Los hombres verdaderos de antaño dormían sin soñar y despertaban sin preocupaciones. No necesitaban endulzar la comida. Respiraban profundamente. El hombre verdadero respira desde sus talones; la gente corriente, con su garganta.

El deshonesto arroja sus argumentos como si vomitara. En aquel que tiene grandes deseos, el movimiento del cielo es muy insignificante. El hombre verdadero de antaño no conocía la pasión por la vida ni el miedo a la muerte. No gozaba del progreso ni se resitía al retroceso. Partía o llegaba volando de repente, eso es todo. Nunca olvidaba la matriz de la que nacemos y afrontaba el invierno que ponía fin al hilo de su vida. Recibir y gozar, olvidar y empezar de nuevo, es llamado «no dejar que el corazón y la mente devoren al Camino, ni que el género humano "ayude" al cielo». Eso es a lo que me refiero al decir «hombre verdadero».

Tiene el corazón y la mente libre, el rostro sereno, la frente despejada. Es fresco como el otoño y cálido como la primavera. Como sabe que la alegría y la cólera son como el paso de las estaciones, conoce la fuerza de todas las cosas. Carece de límites. Por eso, cuando el sabio de antaño ponía en marcha a los ejércitos, quizá perdiera su país, pero nunca los corazones y las mentes de su gente. Ungía a diez mil generaciones con munificencia, pero su propósito no era sólo el de ganarse el afecto del pueblo.

Aquellos que se complacían con el éxito no eran unos sabios. Aquellos que sentían afecto no eran realmente bondadosos. Aquellos que actuaban en determinados momentos no eran valiosos. Aquellos que no podían reconciliar el perjuicio con la ventaja no eran unos príncipes. Aquellos que perdían su cuerpo persiguiendo la fama no eran unos caballeros. ¿Y aquellos que perdieron su cuerpo sin tener en cuenta la Verdad? No valían ni para ser unos lacayos. Hombres famosos como Hu Pu-hsieh, Wu Kuang, Po Yi, Shu Ch'i, Chi Tzu, Hsu Yu, Chi T'o y Shen-t'u Ti fueron los lacayos de lacayos. Lucharon por alcanzar los objetivos de otros, sin alcanzar nunca los propios.

El hombre verdadero de antaño era una cumbre solitaria alejada de la desmoronante cordillera, una figura solitaria que no necesitaba formar un «grupo». Aunque siempre pareciera faltarle algo, el hombre verdadero no aceptaba nada, permanecía en un cuadrado sin ninguna rigidez, era sencillo y no ostentoso, sonreía como si fuera feliz, pero hacía rápidamente lo que debía hacer. Aquello que el hombre verdadero atesoraba en su interior le iluminaba el rostro. Lo que daba no estaba más allá del poder de su virtud. Podía ser severo como cualquiera, arrogante e incontrolable, un hombre duro, pero su corazón se hallaba en otro lugar, había olvidado las palabras. Tomaba el castigo como el cuerpo, el ritual como las alas. El conocimiento como eterno, y el Poder de la Virtud como su única fuerza. Al considerar el castigo como el cuerpo, era bondadoso cuando debía quitar la vida a alguien. Al considerar el ritual como las alas, se movía libremente en este mundo. Al considerar el conocimiento como eterno, vio que había momentos en los que no quedaba otra elección que actuar. Al considerar el Poder de la Virtud como su único poder, sus pies le bastaban para llegar a la cima de cualquier colina. Sin embargo, la gente seguía creyendo que había de esforzarse mucho para llegar hasta allí.

Lo que él ama, es Uno. Lo que no ama, es Uno. Lo que considera como Uno, es Uno. Lo que no considera como Uno, es Uno. Lo que es uno, es el compañero del cielo. Lo que no es uno, es el compañero de la humanidad. Cuando ni el cielo ni la humanidad son los vencedores ni los vencidos, descubrimos qué significa ser un hombre verdadero.

La vida y la muerte son el destino. Son tan constantes como el alba y el crepúsculo. Esto es el «cielo». El género humano tiene esas cosas que no puede tener: ésa es la reali-

dad, tal como las cosas son. Si todas las cosas tienen al cielo como progenitor y lo abrazan, ¡cuánto más abrazarán lo que es más grande aún! Si la gente acepta a sus príncipes como a sus superiores y les entrega sus vidas, ¡cuánto más debemos estar dispuestos a morir por lo que es verdadero!

Si cuando la fuente se seca y los peces quedan varados en la arena se refrescan unos a otros con el aliento y se humedecen con la saliva, ¡cuánto más gozarán olvidándose unos de otros en un río o un lago! En lugar de alabar a Yao por ser un sabio o maldecir a Chieh por ser un tirano, es mejor olvidar a los dos y fluir con el Camino.

El Gran Terrón de Tierra que me abruma con la forma y me fustiga con la vida, disminuye con la edad y me libera con la muerte. Si para mí la vida es algo bueno, debo considerar la muerte del mismo modo. Quizá hundas tu bote en un arroyo ocultándolo tan bien como una montaña puede esconderse en la niebla y llamarlo un lugar seguro. Pero a medianoche puede llegar un hombre fuerte, cargárselo sobre los hombros y marchar con él. En la absoluta oscuridad, algunos no ven aún que aunque se pueda ocultar lo pequeño en lo grande, sigue habiendo cosas que pueden perderse. Pero si ocultas todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, nada podrá perderse. Ésta es la gran realidad extraída del corazón de las cosas.

Y, sin embargo, te atreverás a intentar adquirir forma humana, aunque en sí misma casi sea un castigo, y buscarás la felicidad ahí. Pero con ella, surgirán y desaparecerán diez mil cambios antes de conocer siquiera el fin. ¿Acaso puedes encontrar aquí la alegría que buscas?

Por eso, el sabio de antaño vagaba en un mundo de cosas que nunca podían llegar a perderse, y moraba en él como un niño. Vivir durante largo tiempo está bien; morir joven está

bien. Nacer de la matriz está bien; agotar el hilo en el invierno de la vida está bien. Si todo el mundo lo toma como modelo, ¡cuánto más debe tomarse como modelo el hilo que ensarta las diez mil cosas, al que todo y cada cambio espera! El Camino se compone de realidad y fe, sin embargo no actúa. No tiene forma. Puede transmitirse, pero no recibirse. Puede alcanzarse, pero no verse. Es su propia raíz, su propia rama. Antes de existir el cielo y la tierra, desde el origen del origen, ya existía firme como un niño. Dio el espíritu a los espíritus, el espíritu a los dioses. Está más allá de los Grandes Polos Supremos, del *T'ai Chi*, mas no es elevado. Está más abajo que las Seis Direcciones, mas no es profundo. Es más antiguo que la misma antigüedad, mas no es viejo. Hsi Wei lo alcanzó y trazó la línea entre el cielo y la tierra. Fu Hsi lo alcanzó y se unió con el Aliento Madre. La Osa Mayor lo alcanzó y desde los primeros tiempos se volvió infalible. El sol y la luna lo alcanzaron y desde entonces han estado en movimiento. K'an P'i lo alcanzó y se unió con K'un Lun. Ping Yi lo alcanzó y exploró el Gran Río. Chien Wu lo alcanzó y vivió en la Gran Montaña. El Emperador Amarillo lo alcanzó y se elevó hacia los nubosos cielos. Chuan Hsu lo alcanzó y residió en el Palacio de los Misterios. Yu-chiang lo alcanzó y se estableció en el Polo más septentrional. La Reina Madre Occidental lo alcanzó y estableció su trono en Shao-kuang. No puede conocerse su principio ni su final. Peng Tzu lo alcanzó y vivió desde la época de Shun hasta la de los Cinco Señores. Fu Yueh lo alcanzó y fue después ministro de Ting, el Belicoso, el cual conquistó todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, convirtió el Punto del Áncora Oriental en su carruaje y, a horcajadas sobre la Canasta y la Cola, ocupó su lugar entre las constelaciones.

Nan-p'o Tzu-k'uei dijo a Nu Yu, la jorobada:

—A pesar de tus muchos años, tienes la cara de un bebé lactante. ¿Cómo puede ser?

—He oído hablar del Camino, eso es todo.

Nan-p'o Tzu-k'uei preguntó:

—¿Puedo estudiar el Camino contigo?

—¡Oh, no! De ninguna manera. No eres el hombre indicado. Pu-liang Yi —dijo ella— tenía talento para ser un sabio, pero no conocía el Camino. Yo tengo el Camino del Sabio, pero carezco de talento. Quise darle enseñanzas. Quizá pienses que podía haberle ayudado a obtener el fruto de la sabiduría, pero no fue así. Desarrollar el talento de un sabio a través del Camino del Sabio depende también de los cambios. Pero yo seguí con ello, enseñando sin enseñar, y después de estar tres días en el capullo de la meditación, logró poner todo-cuando-hay-bajo-el-cielo fuera de él. Una vez conseguido, me quedé con él, y al cabo de siete días logró poner las cosas fuera de él. Una vez conseguido, me quedé con él, y al cabo de nueve días logró poner la vida fuera de él. Una vez conseguido, despuntó la aurora, y bajo la luz de aquel amanecer, pudo ver que estaba solo. Al verlo, supo que el pasado y el presente no son nada, y al comprenderlo, fue capaz de conocer la no-muerte y la no-vida, ver que lo que mata la vida no es la muerte, ni lo que la engendra, la vida. En cuanto a las cosas, nada había cuya compañía no deseara, nada que no recibiera gustoso, nada que no destruyera, nada que no llevara a su culminación. Esto se llama la Respuesta Contraria y significa: «después de la oposición aparece la culminación».

Nan-p'o Tzu-k'uei preguntó:

—¿Puede ser que sólo tú lo hayas oído?

A lo que Nu Yu respondió:

—Yo lo oí de los discípulos de Tinta Auxiliar, que lo oyeron de los nietos de Tradición Oral. Éstos lo oyeron de Ojos-Cegados-por-la-Brillante-Luz, y éste lo oyó de Prestar-Oído-a-los-Sonidos, que lo oyó de Necesitar-Usarlo, que a su vez lo oyó de Una-Canción-Popular, que lo oyó de la Misteriosa-Oscuridad-Original, que a su vez lo oyó de la Silenciosa Vacuidad, que lo oyó directamente de Se-Sospecha-que-ya-Está-en-la-Matriz.

Mientras Tsu Ssu, Tzu Yu, Tzu Li y Tzu Lai caminaban juntos dijeron: «Quien logre tener la Nada por cabeza, la vida por espina dorsal y la muerte por trasero, quien conozca que la muerte y la vida, el ser y el no-ser constituyen un solo cuerpo, será mi amigo». Los cuatro se miraron entre sí y se echaron a reír. Sin ninguna duda en el corazón o en la mente, entablaron enseguida amistad.

Entonces, de repente Tzu Yu cayó enfermo. Tzu Ssu fue a visitarle para ver cómo se encontraba.

—Es curioso —exclamó Tzu Yu—. El creador de las cosas me está retorciendo: tengo una joroba por espalda, mis tripas por sombrero, el mentón se oculta en mi ombligo, mis hombros sobresalen por encima de la cabeza y los huesos del pescuezo apuntan hacia el cielo. ¡El *chi* de mi yin y de mi yang está tan estropeado como las plumas mojadas! —Pero con el corazón y la mente serenos, se arrastró hasta el pozo y contemplando en las aguas su reflejo dijo—: ¡Oh! el creador de las cosas me está retorciendo todo el cuerpo.

Tzu Ssu le preguntó:

—¿No lo odias?

—¡En absoluto! ¿Por qué habría de odiarlo? Si él convierte mi brazo izquierdo en un gallo, podré estar despierto toda la noche. Si transforma el derecho en la flecha de una ballesta, podré cazar un búho y asarlo. Si mis nalgas se convierten en ruedas y mi espíritu en un caballo, nunca necesitaré un carruaje.

»Recibí la vida en su momento —continuó Tzu Yu—. Y la perderé cuando llegue la hora. Estoy en paz con las estaciones y fluyo con ellas sin sentir pesar ni alegría. Antaño lo llamaban "liberarse de la soga". Si puedes liberarte, aunque las cosas te amarren, nunca podrán vencer al cielo. ¿Por qué habría de odiarlo?

Entonces Tzu Lai se sintió de pronto enfermo, sus pulmones agonizantes dejaban escapar un áspero sonido. Su mujer y sus hijos se reunieron a su alrededor gimiendo y llorando. Tzu Li, que había acudido para saber cómo se encontraba, gritó:

—¡Fuera! ¡Salid! No interrumpáis el cambio que está alboreando en él. —Después se reclinó en la puerta y dijo a Tzu Lai—: ¡Qué curioso! ¡La creación! ¡El cambio! ¿Qué hará contigo? ¿Adónde te llevará? ¿Te convertirá en el hígado de una rata o en el chinche de un codo?

Tzu Lai contestó:

—Cuando un padre y una madre dicen a su hijo que debe ir hacia el este, el oeste, el norte o el sur, su deseo es una orden. Sin duda el yin y el yang no son menos que unos padres para el hombre. Me han impulsado hacia la muerte. Si me niego a escucharles, ¿no seré como el que no puede reconocer el amanecer? ¿Qué culpa tendrían ellos?

»El Gran Terrón de Tierra me ha abrumado con esta forma —prosiguió— y cargado con la vida. Ha disminuido

con la edad y liberará mi corazón y mi mente al morir. Por tanto, si veo la vida como buena, debo también ver la muerte del mismo modo.

»Si un espadero estuviera hoy fundiendo y el metal diera un brinco y le dijera: "Debo ser como la espada del famoso Mo-ye", el herrero pensaría que el metal era de mal augurio. Ahora bien, una vez adquirida la forma humana, puedo insistir: "¡Debo ser un hombre! ¡Un hombre!". Pero ahora que he adoptado el cielo y la tierra como horno, y la creación y el cambio como el Gran Herrero, ¿qué podría ocurrir que no pueda aceptar? Llegado el momento, me dormiré. Y después despertaré.

Tzu Sang Hu, Meng Tzu Fan y Tzu Chin Chang eran amigos. Dijeron: «Quien pueda estar con lo que no está unido, cooperar con lo que no coopera; quien pueda volar en el cielo vagando sobre el rocío que se forma al amanecer, poner en movimiento las cosas sin cesar, olvidarse de los otros, perdido en la vida sin agotar el hilo de la existencia...». Los tres se miraron entre sí y rompieron a reír, sin que su corazón estuviera en desacuerdo. Así que se hicieron amigos.

Tranquilamente vivieron buenos momentos de ocio. Después Tzu Sang Hu murió. Cuando no habían aún quemado su cuerpo, Confucio se enteró y envió a Tzu Kung para que ayudara en las exequias. Éste vio que uno de los amigos del difunto tejía armazones para hervir los capullos de los gusanos de seda mientras otro tocaba un laúd. Los dos cantaban melodiosamente:

¡Oh, Sang Hu ha llegado! ¡Oh, Sang Hu ha llegado!
Ahora vuelve a ser lo que verdaderamente es,
¡en cambio, nosotros debemos seguir siendo humanos!

Tzu Kung entró precipitadamente y dijo:

—¿Puedo preguntaros cómo os atrevéis a canturrear en presencia de un cadáver?

Los dos amigos le miraron.

—¿Qué sabrá él del significado de un ritual?

Tzu Kung volvió para comunicárselo a Confucio.

—¿Qué clase de hombres son? No tienen disciplina alguna, incluso han apartado los huesos de la ceremonia. Se han sentado junto al cuerpo y se han puesto a canturrear con los rostros impávidos. No sé cómo llamarlos. ¿Qué clase de hombres son?

Confucio dijo:

—Ellos se pasean fuera de los límites; yo me muevo dentro de ellos. El fuera y el dentro nunca pueden encontrarse. El haberte enviado para ofrecer las condolencias ha sido una grosería por mi parte. Son los coetáneos de lo que crea y cambia, y vagan con el único *chi* del cielo y la tierra. Para ellos la vida es un tumor, un bulto que cuelga, y la muerte es la única que puede extirparlo. Olvidan su propio hígado y su vejiga y dejan atrás incluso sus ojos y oídos. Invierten el invernal final y la matriz del principio. No tienen ni una pista. A ciegas, efectúan su progreso imperial más allá del polvoriento reino y vagan hacia la causa del no hacer. ¿Por qué habrían de desplegar una vulgar ceremonia para los ojos y los oídos de la gente?

Tzu Kung preguntó:

—Entonces, maestro, ¿por qué te quedas dentro de esos límites?

—Yo soy una de esas personas —dijo el maestro— a las que el cielo ha condenado a vagar con las alas cortadas. Y tú también.

—Explícame más cosas sobre los límites.

—Los peces fueron creados junto con las aguas —dijo Confucio—. La gente fue creada junto con el Camino. Lo que forma una unidad con el agua llega hasta el fondo de una charca y encuentra todo cuanto necesita. Lo que forma una unidad con el Camino carece de deberes y vive una tranquila existencia. Así que se dice: «Los peces se olvidan unos de otros en los ríos y lagos; la gente se olvida una de otra en el arte del Camino».

—¿Y que hay de las personas? —quiso saber Tzu Kung—. ¿Quiénes son los que no encajan con los límites?

—Los inadaptados sociales —dijo Confucio— son los que no encajan con los límites de la humanidad y, sin embargo, encajan a la perfección con los del cielo. El hombre pequeño del cielo es un príncipe entre los hombres. Los príncipes de la humanidad son los hombres insignificantes del cielo.

Yen Hui le dijo:

—Cuando la madre de Meng-sun Ts'ai murió, éste gimió en el duelo pero sin derramar lágrima alguna. Su corazón no se sentía destrozado de dolor y dirigió el funeral sin dar muestras de pesar. Aunque fallara en estos tres aspectos, no obstante en todo el estado de Lu es visto como un modelo del verdadero doliente. ¿Puede ser una de esas personas que no ha comprendido la verdadera esencia de las cosas pero que se ha ganado una buena fama?

—Meng-sun lo consiguió —dijo Confucio—. Fue mucho más allá del «conocimiento». Hay algunas cosas que él habría simplificado, pero no pudo hacerlo; no obstante,

simplificó bastantes de ellas. Meng-sun no conoce el porqué de la vida ni el porqué de la muerte. Ni tampoco lo que viene antes o después. Pero casi se ha transformado en una *cosa* y está esperando simplemente que su no-conocimiento cambie. Y cuando esté a punto de cambiar ¿cómo podremos saber que no lo ha hecho ya? O, si no va a cambiar ¿cómo podremos saber que no ha cambiado? ¿Somos sólo tú y yo los que no hemos despertado de este sueño? Aunque le pisotearan el cuerpo, su corazón y su mente no perderían la serenidad. Donde vive el amanecer, la muerte no tiene lugar. Meng-sun está despierto, y donde los hombres gimen, él gime también. Conoce un yo que es el suyo propio. ¿Debe insistir en unirlo a algún otro «yo»? ¿Y qué «yo» se supone que su «yo» debe conocer? Quizá sueñes ser un pájaro que se eleva hacia los cielos. O un pez que nada hacia el fondo de la fuente. Pero no podemos saber si el que habla es la persona que está soñando o la que está despierta. Arreglárselas no es tan bueno como reír. Reír no es tan bueno como abrirse a algo. Ábrete simplemente; deja que los cambios ocurran. Descubrirás entonces que tus alas forman una unidad con el cielo.

Yi-erh Tzu fue a ver a Hsu Yu y éste le preguntó:

—¿Qué enseñanzas has recibido de Yao?

—Yao me ha dicho que practicara la bondad y la rectitud, y que expresara claramente con mis palabras lo que es correcto e incorrecto.

—¡Y aun así has llegado a mi pequeña encrucijada! —gritó Hsu Yu—. ¡Yao ya te ha marcado al fuego con la «bondad y la rectitud» y te ha cortado la nariz con lo

«correcto y lo incorrecto»! ¿Cómo puedes aún vagar sin rumbo fijo, siguiendo el camino al azar?

—Aunque así sea —dijo Yi-erh Tzu—, ¿puedo evitar acercarme a los bordes peligrosos?

—¡No te saldrá bien! —declaró Hsu Yu—. Un hombre ciego no puede ver los ojos de un bello rostro. El que no ve no puede diferenciar las túnicas amarillas de las verdes.

—Bien —replicó Yi-erh Tzu—, Wu-chang perdió su belleza, Chu-liang perdió su fuerza y el conocimiento del Emperador Amarillo pereció, todo desapareció bajo el calor del horno y el trabajo del herrero. ¿Cómo puedes saber que el creador de las cosas no me liberará de mi marca, me pondrá un parche en la nariz y me subirá al carruaje de la culminación para que pueda seguirte a ti, señor?

—Ésa es una opinión —dijo Hsu Yu—. Pero nunca se sabe. Déjame decirte algo: mi maestro, ¡ah, mi maestro!, tritura las diez mil cosas hasta convertirlas en polvo, pero no practica la «rectitud». Es una neblina que unge a diez mil generaciones, pero no practica la «bondad». Ha estado en esta vida más tiempo que la antigüedad misma, pero no conoce la «vejez». Cubre el cielo y sostiene la tierra, talla y graba innumerables multitudes de formas, pero no practica la «habilidad». Ése es el camino que sigue.

—¡Ya lo estoy alcanzando! —dijo Yen Hui.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Confucio.

—Por fin he conseguido olvidar la bondad y la rectitud.

—Muy bien hecho. Pero aún no has llegado *allí* —dijo Confucio.

Al día siguiente, al volver a ver a Confucio, Yen Hui dijo:

—He logrado olvidarlo todo sobre el ritual y la música.

—Muy bien hecho. Pero aún no has llegado *allí*.

Yen Hui dijo:

—¡Ya lo estoy alcanzando!

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy sentado olvidando.

—¿Qué quieres decir con «estoy sentado olvidando»? —preguntó Confucio, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Tras haberme desprendido de mis miembros y mi tronco —contestó Yen Hui—, me he desembarazado de mi intelecto, he dejado atrás todas las formas, y me he separado del «conocimiento» al identificarme con la Gran Conexión. Eso es lo que quiero decir con «estoy sentado olvidando».

—Si te *identificas* con ella —dijo Confucio—, significa que has logrado no tener preferencias, cambiar constantemente, ir más allá de la constancia. Has fructificado como sabio. Te doy permiso para que te sigas a ti mismo.

Tzu Yu era amigo de Tzu Sang. Como hacía diez días que había estado lloviznando sin cesar, dijo:

—Me temo que quizá Tzu Sang haya enfermado y he preparado un poco de comida para él.

Al llegar a la puerta de Tzu Sang, escuchó un sonido como si alguien estuviera cantando o llorando. La voz acompañaba el pulsar de las cuerdas de un laúd:

¿Oh, Padre? ¿Oh, madre?
¡Cielo! ¡Oh, humanidad!

Había algo insoportable en la voz mientras el verso salía de su boca como un torrente en busca de una respuesta. Tzu Yu entró diciendo:

—¿Por qué suena así tu canción?

—Me estaba preguntando —dijo Tzu Sang— qué es lo que me ha conducido hasta este remoto polo, y no puedo encontrar una respuesta. ¿Cómo pudieron mi madre y mi padre haberme deseado tal pobreza? El cielo lo cubre todo con imparcialidad. La tierra lo sostiene todo. ¿Cómo puede ser que el cielo y la tierra me hayan reservado a mí una tal pobreza? He buscado al responsable, pero no he podido encontrarlo. Y, sin embargo, he llegado hasta este remoto polo. Así es el destino.

Respuestas para emperadores y reyes
[CAPÍTULO 7]

Nieh Ch'ueh interrogó a Wang Ni. Tras formularle cuatro preguntas y no obtener respuesta alguna, se puso a saltar de alegría y corrió a decírselo al maestro Abrigo de Junco.

—¿O sea que ya lo sabes? —dijo el maestro Abrigo de Junco—. Yu-yu no estaba a la altura de T'ai. Seguía atesorando bondad e intentó utilizarla para reunir a los hombres. Consiguió hombres, pero nunca llegó al reino de los «no-hombres». T'ai durmió profundamente y cuando despertó siguió con sus empresas. Podía ser un caballo o una vaca. Conocía la realidad y la fe. El poder de su virtud estaba muy cerca de ser el verdadero. Ni siquiera llegó nunca a entrar en el reino de los «no-hombres».

Chien Wu fue a visitar a Chieh Yu el Loco. Chieh Yu le preguntó:

—¿Qué fue lo que Empieza-en-el-Medio te dijo el otro día?

—Me dijo que el «hombre principesco» debe extraer sus propios modelos y normas de su interior. En tal caso nadie entre los hombres osará no prestarle oídos y se transformará.

Chieh Yu el Loco dijo:

—¡Ése engaña a la virtud! Gobernar todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo de ese modo sería como caminar sobre el

océano, perforar un pozo en un río o hacer que un mosquito levantara una montaña. ¿Acaso el gobierno de un sabio no tiene nada que ver con las apariencias? El sabio se detiene, erguido, ante el Uno. Sólo entonces prosigue y puede hacer lo que hay que hacer. Un pájaro vuela alto, más allá del alcance de trampas y flechas. Una rata escarba profundamente bajo los grandes túmulos ceremoniales para estar fuera del alcance de los hombres que ahúman su guarida para hacerla salir. Claro está que esas dos pequeñas criaturas carecen de conocimiento.

T'ien Ken paseaba por la soleada ladera yang de la montaña de Yin. Al llegar al río Aguapluma, se acercó corriendo a un hombre Sin Nombre y le preguntó:

—Por favor, deja que te pregunte sobre todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo.

El hombre Sin Nombre dijo:

—¡Márchate, vulgar criatura! ¿Cómo puedes hacerme una pregunta tan horrible? Estoy a punto de ser el Hombre, el creador de las cosas. Cuando me siento oprimido monto sobre el pájaro Sutil Confusión, y yendo más allá de las Seis Direcciones, vago hasta el país de En Cualquier Parte, para vivir en la naturaleza de los Vastos y Hermosos Campos. ¿Por qué vienes corriendo hacia mí con esas preguntas en la boca sobre la ordenación del mundo para perturbar mi corazón y mi mente?

T'ien Ken se lo volvió a preguntar y esta vez Sin Nombre le respondió:

—Deja que tu corazón y tu mente vaguen en lo insípido; armoniza tu *chi* con la indiferencia. Sigue las *cosas*

mientras éstas actúan a su modo, sin perseguir provecho alguno. ¡Y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo será gobernado!

Yang Tzu Chu fue a ver a Lao Tan y dijo:

—Aquí hay un hombre, rápido como un eco y fuerte como una viga de techumbre, que percibe las cosas con una mente iluminada. Estudia el Tao infatigablemente. ¿Puede ese hombre compararse a un rey iluminado?

Lao Tan contestó:

—Comparado con un sabio, ese individuo es un mecánico descuidado atado a su tarea, fustigando a su forma e infundiendo miedo a su propio corazón y mente. Se dice que son las elegantes marcas externas, la decoración del leopardo y del tigre, lo que atrae al cazador. La inteligencia del mono y la destreza del perro para cazar ratas les hacen ganar sus propias cadenas. ¿Quieres comparar a alguien como él con un rey iluminado?

»Los logros de un rey iluminado —continuó Lao Tan— cobijan todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo y, sin embargo, él se muestra desinteresado. Deja que el cambio provea a todas las cosas, pero la gente no lo venera. De pie sobre la no-comprensión, vaga allí donde no hay nada.

En el estado de Cheng, había un médium de espíritus llamado Chi Hsien que podía predecir si la gente viviría o moriría, encontraría la desgracia o la prosperidad, o si tendría una larga vida o una muerte prematura. Podía predecir el año, el mes, la semana y el día en que ocurri-

rían esos eventos, ya que él mismo era un espíritu. Siempre que los habitantes de Cheng lo veían, arrojaban todo cuanto llevaban y echaban a correr. Cuando Lieh Tse lo vio por primera vez, sintió como si su corazón y su mente se hubieran embriagado ante su presencia. Fue corriendo a casa para comunicárselo al Maestro Jarra de Vino diciendo:

—Siempre había creído que tu Camino era el Camino de *allí*. Pero ahora he visto que hay alguien que ha ido más lejos.

El maestro Jarra de Vino contestó:

—Te he mostrado mi apariencia exterior, pero no aún mi esencia. ¿Dominas realmente mi Camino? Si tienes un grupo de gallinas pero ningún gallo, ¿obtendrás huevos fértiles? Has mostrado tu Camino al mundo para encontrar seguidores, por eso ese hombre puede leer tu rostro. Deja que venga aquí para que intente leer el mío.

Al día siguiente, al apuntar el sol, Lieh Tse llevó al chamán ante el maestro Jarra de Vino. Cuando el chamán salió de la casa, dijo a Lieh Tse:

—¡Uy! ¡Tu maestro es un hombre muerto! Está sin vida. Sólo le queda una semana. He visto en él algo sumamente extraño. He visto cenizas mojadas.

Con las mangas empapadas de lágrimas, Lieh Tse entró para comunicárselo a su maestro.

—Precisamente ahora —dijo el maestro Jarra de Vino— acabo de mostrarle mi apariencia terrena, oculta y firme como los primeros y vivos retoños. Probablemente ha creído que el poder de mi virtud estaba apagándose. Tráelo de nuevo.

A primeras horas de la mañana, cuando ya brillaba el sol, volvieron. Cuando el chamán salió de su entrevista dijo:

—¡Qué suerte ha tenido tu maestro de haberme conocido! Su enfermedad se ha esfumado. Ahora está lleno de vida. Lo que ayer vi fue sólo una obstrucción de su energía.

Lieh Tse entró en la casa y se lo comunicó a su maestro.

—Esta vez —le dijo el maestro Jarra de Vino— le he enseñado mi Campo Celestial, donde no entran ni la apariencia ni la esencia, y la actividad procede directamente de mis talones. Lo más probable es que haya visto «lo bueno» actuando. Traémelo de nuevo.

Cuando Lieh Tse lo llevó una vez más a su presencia, el médium salió diciendo:

—Tu maestro es muy contradictorio. No puedo leer nada en su rostro. Haz que se enderece un poco y así podré hacerle una lectura.

Lieh Tse se lo comunicó al maestro Jarra de Vino, el cual respondió:

—Acabo de mostrarle el Centro del Gran Líquido Inconquistable. Lo más probable es que viera la actividad de mi *chi* al equilibrarse, cuando el agua de la estela de una Gran Criatura Marina hace un remolino. Detén el agua y hará un remolino; déjala correr y hará un remolino. Hay nueve clases de remolinos. Yo tengo tres aquí, en mi Centro del Gran Líquido. Tráelo de nuevo.

Al amanecer del día siguiente regresaron. El chamán vagó por los alrededores arrastrando los pies y después, con aire de estar completamente perdido, echó a correr.

—Síguelo ahora, si aún lo deseas —dijo el maestro Jarra de Vino.

Lieh Tse lo siguió pero no pudo alcanzarlo. Al final volvió para comunicárselo al maestro Jarra de Vino:

—Se ha ido. No he podido alcanzarlo y ahora lo he perdido.

—Esta vez —dijo el maestro Jarra de Vino— le he mostrado a mi maestro ancestral antes de su propio origen. Le he mostrado la vacuidad reptando como una serpiente. Él no sabía quién o qué era mientras yo me inclinaba y oscilaba, ondeaba y me agitaba. Así que él y sus adivinaciones del futuro han huido.

Lieh Tse se dio cuenta de que aún no había empezado a aprender nada. Se fue a su casa y no salió de ella durante tres largos años. Realizó todos los quehaceres para su esposa y alimentó a los cerdos como si fueran personas. No dio muestras de interesarse por los asuntos mundanos y renunció a lo ostentoso por lo sencillo. Permaneció solo en su interior como un terrón de tierra. Y en medio de la agitación, de la confusión y la división, se convirtió en una unidad hasta agotar el hilo de su días.

No abras tu puerta a la fama. No te conviertas en una morada para las confabulaciones. No intentes sobrellevar los deberes del mundo. No tengas ningún maestro. Deja que tu cuerpo sea infinito. Sigue la senda de la no-posesión. Sé todo cuanto el cielo te ha dado. No persigas la ganancia. Manténte en la vacuidad, eso es todo. Aquel que ha llegado *allí* utiliza el corazón y la mente como un espejo y no va a despedir las cosas ni sale a recibirlas. Esa clase de ser responde, pero no atesora, y vence así las cosas sin sufrir daño alguno.

El emperador del Mar del Sur se llamaba Apresúrate, el emperador del Mar del Norte, De Repente, y el empera-

dor del Reino Intermedio, Desorden. Apresúrate y De Repente solían ir a menudo a las tierras de Desorden, donde éste los trataba muy bien. De modo que Apresúrate y De Repente quisieron corresponder a su bondad y decidieron: «Toda la gente tiene siete orificios para ver, oír, comer y respirar, pero Desorden no tiene ninguno. Quizá le ayudemos si le hacemos algunos agujeros». Así que cada día le hicieron uno nuevo y, al séptimo día, su amigo murió.

Los pies palmeados
[CAPÍTULO 8]

Aunque los pies palmeados o las manos con un dedo de más sean naturales, nada tienen que ver con el Poder de la Virtud. Aunque las verrugas y los tumores puedan colgar de nuestro cuerpo, nada tienen que ver con nuestra naturaleza. Hay muchas personas que convierten en un arte la «bondad» y la «rectitud» y llegan tan lejos como para reclamar un lugar para éstas entre los cinco órganos vitales, pero esto no es seguir con rectitud el Camino ni su Poder. Los pies palmeados sólo tienen una membrana de carne inútil. Las manos con un dedo de más sólo han generado un dedo inútil. Y el que quiera proclamar que los pies palmeados y las manos con un dedo de más forman parte de nuestros cinco órganos vitales es obsceno, depravado y vulgar.

Al practicar la «bondad» y la «rectitud», crean una multiplicidad de arteros métodos para *ver* y *escuchar*. Pero aquel cuya vista es muy aguda es confundido por los cinco colores y pervertido por la ingeniosa decoración y los vivos tonos verdeazulados y amarillos de los brillantes adornos de los brocados. ¿Me equivoco? Observa a Li Chu.

Y el que tiene un oído muy fino es confundido por las cinco notas y pervertido por los seis tonos y sonidos del metal, la piedra, la seda y el bambú de las elevadas canciones ceremoniales «Campana Amarilla» y «Ta Lu». ¿Me equivoco? Recuerda a Shih Kuang.

Aquel con el dedo de más de la «bondad» saca a relucir sus virtudes y destaca la naturaleza de éstas sólo para oír el sonido de su propio nombre, haciendo que todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo desfile al ritmo del pífano y del tambor del método que es precisamente el indebido. ¿Me equivoco? Observa a Tseng Tzu y Shih.

Y el que tiene los pies palmeados de la retórica se dedica sólo a apilar ladrillos y anudar argumentos deshilachados, divagando sobre lo «duro» y lo «blanco», lo «similar» y lo «distinto» sólo para poder ser famoso unos momentos. ¿Me equivoco? Como en el caso de Yang Chu y Mo Tzu. Todos ellos comparten Caminos que son sólo dedos de más y pies palmeados. Ninguno está a punto de enderezar todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo.

Aquel que desee enderezar las cosas no puede perder de vista la realidad de la naturaleza y del destino. Para alguien así, lo que está unido, no está palmeado; lo que destaca del resto, no está de más; lo que es largo, no es demasiado largo; y lo que es corto, no carece de suficiente estabilidad. Las patas del pato son cortas, pero si se las estiras, se angustiará. Las patas de la grulla son largas, pero si se las acortas, se entristecerá. Con la naturaleza ocurre lo mismo: lo largo no tiene por qué acortarse; lo corto no tiene por qué alargarse. No hay ninguna razón para apenarse.

Si la «bondad» y la «rectitud» no son una realidad humana, ¡cuánta más tristeza causarán los «hombres bondadosos»! Separar los pies palmeados provoca sollozos. Arranca aquel dedo de más y oirás alaridos. Quizá los pies palmeados te dejen con menos dedos y el dedo de más de la mano con demasiados, pero los cambios provocan un común sufrimiento.

En aquellos tiempos, la «gente bondadosa» se quedaba

plantada mirando con ojos vidriosos las desgracias de este mundo de sufrimiento; en cambio la que no era bondadosa eliminaba la realidad de la naturaleza y del destino e iba en busca de posición y riquezas. Por tanto, yo digo: la «bondad» y la «rectitud» no son realidades. Sin embargo, desde la época de las Tres Dinastías, ¡cuánto clamor, oh, cuánto clamor han provocado!

Aquel que espera que el arco, la regla, el compás y la escuadra enderecen las cosas, está recortando su propia naturaleza. Aquel que emplea cuerdas para atar y pegamento para pegar las cosas sólidamente, se está inmiscuyendo en el poder de su virtud. Aquel que se inclina y postra ante la música y los ritos ceremoniales y chacharea sobre la «bondad» y la «rectitud», esforzándose por satisfacer los corazones y mentes de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, pierde la constancia del fluir de las cosas.

Todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo tiene una constancia en su modo de fluir y, de acuerdo con esta constancia, lo curvo no se ha trazado con el instrumento de un artesano ni lo recto depende de la línea del carpintero; lo redondo no necesita el compás, ni lo cuadrado la escuadra. Las cosas que no están rotas no necesitan pegarse. Lo que se parte sin separarse no necesita atarse. Todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo nace ignorando lo que se crea y desarrolla en su interior. Asimismo, todas las cosas alcanzan lo que alcanzan, sin saber cómo ni de dónde lo logran. Respecto a esto, el viejo pasado y el presente no son dos cosas distintas. Nada se ha interrumpido. Nada falta.

Así que ¿cómo puede ser que la «bondad» y la «rectitud» sigan y sigan remendando y pegando, ocupadas en divagar sobre el Camino y su Poder, haciendo que cada corazón bajo el cielo se pregunte esto o aquello? Las pequeñas

dudas hacen cambiar los métodos. Las grandes dudas, la naturaleza. ¿Que cómo lo sé? Desde que el sabio Shun se aferró a la «bondad» y a la «rectitud» para enseñar a todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, el mundo entero se apresuró a perseguir la fama de la «bondad» y la «rectitud». ¿No es eso hacer cambiar la naturaleza de la «bondad» y la «rectitud»? Deja que te lo explique. A partir de la época de las Tres Dinastías hasta hoy día, todo el mundo ha dejado que las cosas cambien de naturaleza. Los malvados arriesgan sus cuerpos en busca de ganancia. Los caballeros, en busca de fama. Los grandes ministros arriesgan su cuerpo en beneficio de sus familias, el sabio por todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Quizá se diferencien todos ellos en lo que hacen y en la buena o en la mala fama que se ganan, pero todos coinciden en herir su naturaleza al arriesgar sus cuerpos.

Un experto pastor y una pastorcilla cuidaban cada uno un rebaño de ovejas. Ambos los perdieron. El experto ¿qué es lo que hacía cuando ocurrió? Estaba estudiando unos escritos que llevaba consigo. ¿Y la pastorcilla? Estaba jugando. Los dos hacían algo totalmente distino, pero fueron iguales en el sentido de que ambos extraviaron las ovejas.

Po Yi murió persiguiendo la fama al pie del Monte Shou-yang. Chih, el Ladrón, murió intentando alcanzar la cima de la Cumbre Oriental. Los dos murieron por distintas razones. Pero ambos desperdiciaron su vida e hirieron su naturaleza. ¿Cómo podemos alabar a Po Yi y culpar a Chih, el Ladrón? A todos cuantos pusieron sus vidas en peligro en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, si lo hicieron en pos de la «bondad» y la «rectitud», el vulgo les llama «caballeros». Y si las arriesgaron para obtener riqueza, les llaman «malvados». Pero todos arriesgaron lo mismo. Así que en este caso tenemos a caballeros y a malvados que

arriesgan su vida e hieren su naturaleza, a un Chih, el Ladrón, y a un Po Yi. Pero ¿cómo saber cuál es el caballero y cuál es el malvado?

Aquel que adiestra su naturaleza en la «bondad» y la «rectitud», aunque sea como Tseng Tzu y Shih, no se diferencia del experto pastor que he mencionado antes. Si tuerce su naturaleza ante los cinco sabores, aunque sea como el Gran Jefe Yu Erh, no es lo que yo llamo un experto. ¿Y si entrega su naturaleza a las Cinco Notas? Aunque sea como Shih Kuang, no conocerá lo que yo llamo *escuchar*. Si se entrega a los Cinco Colores, aunque llegue a ser como Li Chu, no aprenderá lo que yo llamo ver con claridad. La «experiencia» a la que me refiero no es la que los seguidores de la «bondad» y la «rectitud» creen que es. Mi experiencia yace en el Poder de la Virtud. Eso es todo. Lo que yo llamo un experto no es aquel a quien se califica de bondadoso y recto, sino aquel que sobrelleva la realidad de la naturaleza y el destino.

Lo que yo llamo escuchar no es lo que haces cuando escuchas con la oreja pegada a la puerta, sino escucharte a ti mismo. Lo que llamo ver con claridad no significa ver algo, sino sólo verte a ti mismo claramente. Aquel que es incapaz de verse a sí mismo y que sólo puede ver a los demás, no puede ganarse a sí mismo, sólo gana para los demás. Logra lo que otros necesitan y se olvida de sus propias necesidades. Aquel que siempre está al servicio de los demás nunca se pertenecerá a sí mismo, sino que será un esclavo. Y es éste el punto en el que Po Yi y Chih, el Ladrón, se parecen: los dos son obscenos, depravados y vulgares.

¿Y yo? Me temo que mi corazón esté muy falto del Tao y del Poder de la Virtud. En el mejor de los casos, no me atrevería a caer en las garras de la «bondad» y la «rectitud», y en el peor, a ser obsceno, depravado o vulgar.

Los cascos de los caballos

[CAPÍTULO 9]

Los cascos de los caballos les permiten ir por la escarcha y la nieve. La piel les protege de los fríos vientos. Se alimentan de hierba y beben agua. Con pies alados vuelan sobre las áridas tierras. Ésta es la naturaleza real del caballo. Aunque tuvieran grandes torres y bellos salones, de nada les serviría.

Pero un día se presenta Po Lo y dice: «Soy un buen domador de caballos». Los atormenta con el cepillo. Los marca con hierro candente y los doma. Los ata y manea cargándolos de arreos, y los encarcela dentro de un establo en compartimentos. A resultas de esto dos o tres de cada diez caballos mueren. Después los mantiene hambrientos y sedientos. Los obliga a trotar, a brincar y a correr en formación. Los usa como bestias de tiro uno al lado de otro. Los molesta poniéndoles bocados y cinchas, y los hostiga con la fusta o el látigo, hasta que mueren más de la mitad.

El alfarero exclama: «¡Soy muy hábil con el barro! Puedo redondearlo con el compás o con una escuadra al lado de otra». El carpintero exclama: «Soy muy hábil con la madera. Si la quiero curva, utilizo un arco; si la quiero recta, una línea». Pero por naturaleza, ¿qué les importa al barro y a la madera que les apliquen el compás o la escuadra, el arco o la línea?

Sin embargo, una generación tras otra honra a Po Lo diciendo: «Era un buen domador de caballos». Honran al alfarero y al carpintero afirmando: «Eran muy hábiles con

el barro y la madera». Y cometen el mismo error con relación a los que «gobiernan» todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Me plantaré aquí y cantaré desde el fondo de mi corazón: quienes son «buenos» gobernando todo-cuanto-hay-en-el-cielo no actúan correctamente.

La gente tiene una naturaleza constante. Teje para abrigarse y cultiva para comer. Esto se llama compartir el Poder de la Virtud, constituir una unidad sin formar clases. Antaño recibía el nombre de Mandato Celeste y se otorgaba libremente. Así pues, una generación que haya llegado hasta allí, al Poder de la Virtud, avanza realmente por la tierra y ve la verdad subyacente en el país. Actúa en concordancia con las estaciones; sus montañas ignoran los caminos y senderos ilegales; sus pantanos no conocen las barcas ni los puentes. Las diez mil cosas se reúnen y desarrollan, apoyándose unas a otras. Los pájaros y animales salvajes crecen sanos y saludables en sus bandadas y manadas. La hierba y los árboles alcanzan gran altura. Se puede llevar atado de una correa a un pájaro o a un animal salvaje y pasear por el campo. Doblar una rama y observar los nidos de la urraca o del cuervo.

De modo que una generación que haya alcanzado el Poder de la Virtud vive formando una unidad con los pájaros y los animales salvajes y convive en un clan con las diez mil cosas. ¿Qué sabrá de la distinción entre «caballero» y «plebeyo»? Forma una unidad con el no-conocimiento. El Poder de la Virtud es no separar. Los miembros de esa generación son uno, carecen de deseos. Esto se denomina la sencillez de la madera sin labrar. En la sencillez de la madera sin labrar reside la naturaleza de la gente.

Entonces llega un sabio cojeando con los pies tullidos tras su bondad y rectitud, y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo

empieza a conocer la duda. Y con las florituras de su música y el gesto de sus rituales, todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo empieza a dividirse. Si la sencillez de las cosas sin labrar se hubiera dejado intacta, ¿quién hubiera podido hacer vasijas para el sacrificio? Si el jade blanco se hubiera dejado sin desmenuzar, ¿quién hubiera podido fabricar pequeños adornos de jade para las ceremonias cortesanas? Si el Tao y su Poder no se hubieran arrojado, ¿cómo la bondad y la rectitud habrían encontrado lugar? Si lo natural y la realidad no se hubieran separado, ¿de qué servirían la música y el ritual? Si las Cinco Notas no se hubieran sumido en el caos, ¿quién necesitaría los Seis Tonos? La destrucción de la sencillez de lo que está sin labrar en beneficio de fabricar vasijas es el crimen del artesano. La destrucción del Tao y su poder en beneficio de la bondad y la rectitud es el error del sabio.

Ahora los caballos viven en el campo, comen hierba y beben agua. Cuando son felices, entrelazan sus cuellos y se refriegan el uno contra el otro. Cuando se enojan, se dan la espalda y se cocean. Esto es lo que los caballos conocen. Pero añade un yugo y una placa en forma de luna en la frente, y los caballos conocerán las fronteras y los límites, sabrán que están esclavizados. Entonces, astutamente, mirarán de lado y arquearán los cuellos para morder. Se revolcarán, intentando escupir el bocado y liberarse de las riendas. Ahora han aprendido, de sus capaces corazones, qué significa estar fuera de la ley. Éste es el crimen de Po Lo.

En la época de Ho Hsu, los humanos vivían sin «saber» qué era lo que hacían, y caminaban sin saber «adónde» se dirigían. Si tenían comida en sus bocas, ya eran felices, y se daban golpecitos en la tripa mientras vagaban. Esto era todo lo que la gente era capaz de hacer.

Pero después llegó algún sabio, retorciéndolo y doblegándolo todo con el ritual y la música con el pretexto de «reformar» la forma de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, y añadió los dedos de más de la bondad y la rectitud para intentar conmover los corazones y las mentes de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Desde entonces la gente empezó a pavonearse caminando de puntillas, adicta al «conocimiento», y a luchar por volver a casa y acostarse tras haber sacado ganancias. A partir de aquel momento fue imparable. Esto es también el crimen del sabio.

Las maletas se roban
[CAPÍTULO 10]

Si deseas protegerte de los ladrones que rajan equipajes, desvalijan bolsas y revientan cajas fuertes, es mejor usar una buena cuerda con fuertes nudos, y resistentes cerrojos y candados. Esto es lo que esta generación tiene la costumbre de llamar «conocimiento». Quizá sea cierto, pero en cuanto aparezca un jefe de ladrones corpulento y fuerte, levantará las cajas fuertes, se llevará las bolsas, se echará el equipaje a la espalda e huirá con el botín. Su única preocupación será que no hayas cerrado los cerrojos y candados o asegurado con firmeza las cuerdas. Así, aquel que se hizo famoso por «conocer», no ha hecho más que amasar bienes para el Gran Jefe.

Deja que te lo explique. Lo que el mundo llama una persona de conocimiento es simplemente alguien que amasa bienes para el Gran Jefe, ¿no es cierto? Y aquel a quien el mundo llama sabio es precisamente el guardia del Gran Jefe. ¿Qué cómo lo sé? Piensa en el antiguo estado de Ch'i. Desde él podían verse las ciudades vecinas. Estaban tan cerca que de pueblo a pueblo se podía oír el canto de los gallos y el ladrido de los perros. Entre sus cuatro fronteras se extendían terrenos para cazar con redes y trampas, y tierras de labranza para cavar y arar que medían más de dos mil *li* cuadrados. Desde los templos y altares ancestrales, hasta la tierra y el grano, y el gobierno de ciudades y pueblos, todo se gobernaba siguiendo el método del sabio. Era un lugar increíble, pero en un solo amanecer T'ien Ch'eng-tzu liqui-

dó al príncipe de Ch'i y se apoderó de todo el país. No sólo le robó las tierras ¡sino también los propios métodos de gobierno del sabio! Aunque T'ien Ch'eng-tzu tuviera fama de bandido ladrón, su propio cuerpo gozó de la misma paz que Yao y Shun. Ningún pequeño estado se atrevió a censurar su proceder, ni ningún gran estado osó acusarle. De modo que su progenie reinó en Ch'i durante generaciones. ¿Acaso no sólo se apoderó de Ch'i sino que robó al sabio sus propios métodos de conocimiento? ¡Y todo para proteger el cuerpo de un ladronzuelo!

Intentaré explicarlo. Entre los que hoy día el mundo conoce como «aquel que ha alcanzado el conocimiento», ¿hay siquiera uno solo que no esté amasando bienes para el Gran Jefe? Entre los llamados «aquel que ha alcanzado la sabiduría», ¿hay siquiera uno solo que no esté amasando bienes para el Gran Jefe? ¿Que cómo sé que es cierto? Antaño Lung-feng fue decapitado, Pi Kan destripado, Ch'ang Hung partido por la mitad y Tzu-hsu aplastado. Aunque estos cuatro maestros fueran importantes, no pudieron evitar que les cortaran las alas.

Cuando un secuaz de la banda de Chih, el Ladrón, le preguntó: ¿Los ladrones poseen el Tao?, Chih le contestó: «¿Cómo podrían progresar sin él?». La disparatada idea de lo que puede estar oculto en una habitación es la «sabiduría» del jefe. Ser el primero en entrar es su valor. Ser el último en salir es su acción correcta. Saber si puede llevar a cabo o no un trabajo es su conocimiento. Dividir el botín es su bondad. Todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo jamás ha visto un Gran Jefe que no haya dominado estas cinco cosas.

Ahora míralo de esta manera: una buena persona que no alcance el Tao de un sabio no puede establecerse a sí misma, ni tampoco puede un Chih que no alcance el Tao

del sabio. En todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo hay muy pocas personas buenas y muchas que no lo son. Así que el sabio beneficia poco y perjudica mucho a todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Por tanto se dice: «Sin la protección de los labios, los dientes se enfrían» y «Fue el vino aguado de Lu el que provocó que Han Tan fuera asediado». Las causas pueden ser claras u oscuras. Por eso cuando los sabios nacen, aparecen los grandes ladrones. Aporrea a los sabios y te olvidarás de los ladrones. En tal caso, todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo empezará a gobernarse. Del mismo modo que cuando los arroyos se secan sus lechos se vacían, y cuando las colinas se nivelan las charcas se llenan, cuando los sabios mueren los ladrones dejan de aparecer. Si en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo reina la igualdad y la paz, no hay ninguna razón para que existan sabios ni ladrones. Pero si los sabios no mueren, los grandes ladrones no se detendrán.

Cuanta más solvencia otorguemos al gobierno de un sabio, mayor ganancia daremos a Chih, el Ladrón. Cuando damos a la gente la medida del picotín y la fanega, le estamos enseñando a estafar con el picotín y la fanega. Cuando le damos las balanzas para pesar, le estamos enseñando a estafar con las balanzas. Cuando le damos contratos y sellos oficiales para firmar algo de buena fe, le estamos dando contratos y sellos que sirven para robar. Y cuando la obligamos a reformarse con la bondad y la rectitud, le estamos enseñando a robar con la bondad y la rectitud.

¿Qué cómo lo sé? El hombre que roba una hebilla es ahorcado y, en cambio, el que roba un reino se convierte en el señor feudal. Tras el umbral de los señores feudales, la bondad y la rectitud prosperan como un bebé. ¿Acaso no son la bondad y la rectitud robadas, y no son ellas el «conocimiento» del sabio? Así que los hombres corren tras los

Grandes Jefes intentando convertirse en señores. Roban la bondad y la rectitud, los picotines, las fanegas y las balanzas, los contratos y los sellos útiles. Los carruajes y las coronas no tienen poder para persuadirles, ni puede el hacha ni los obstáculos disuadirles. Simplemente añaden peso al botín de Chih, el Ladrón, y hacen que éste aún se sienta menos disuadible. Ese es el error, el exceso del sabio.

Se solía decir: «Los peces no deben abandonar la charca, los instrumentos útiles del estado no deben mostrarse a la gente». Ahora esas personas «sabias» no son instrumentos para la iluminación de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, sino tan sólo los instrumentos para el lucro del estado. Cuando te liberas de los sabios, te liberas de los grandes ladrones. ¡Arroja por la ventana el jade! ¡Aplasta las perlas!, y los pequeños ladrones no empezarán a robar. Quema tus contratos y rompe tus sellos, y la gente dejará de regatear. Derroca los métodos creados con el conocimiento del sabio, y empezarás a poder hablar con sentido común a los demás. Mezcla los Seis Tonos. Quema las flautas y los laúdes, tapona las orejas de Kuang, el Ciego, y la gente empezará a oír de nuevo. Destruye las decoraciones, mezcla los Cinco Colores, pega firmemente los ojos de Li Chu y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo empezará a ver la luz de nuevo. Destruye el arco y la línea, expulsa el compás y la escuadra, rompe los dedos de Ch'ui, el artesano, y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo empezará a conocer de nuevo sus propias habilidades.

Por tanto, se dice: «La mayor habilidad parece torpeza». Borra cualquier huella de Tseng Tzu y Shih, amordaza las bocas de Yang Chu y Mo Tzu, arroja por la ventana la bondad y la rectitud, y el poder de la virtud de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo surgirá del oscuro misterio, y volverá a ser como el cielo. Cuando la gente empiece a ver la luz,

todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo dejará de quemarse. Cuando la gente empiece a escuchar de nuevo, todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo dejará de estar limitado. Cuando la gente conozca de nuevo lo que sabe, todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo estará libre de duda. Cuando la gente empiece de nuevo a conocer el Poder de la Virtud, todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo dejará de ser depravado y vulgar. Tseng Tzu y Shih, Yang Chu y Mo Tse, el maestro Kuang, el artesano Ch'ui y Li Chu buscaron el Poder de la Virtud fuera de sí mismos, deslumbrando todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo en una ciega confusión. Sus métodos de nada sirvieron.

¿Eres el único que no conoce aquella vieja generación que alcanzó el Poder de la Virtud: Yung Ch'eng, Po Huang, Li Hsu, Fu Hsi y el resto? En aquellos días, los habitantes usaban cuerdas anudadas para conservar su pasado. Preparaban buenas comidas y confeccionaban bellos vestidos. La alegría era habitual en ellos. La paz florecía en sus antiguos umbrales, la tranquilidad moraba bajo sus techos. Aunque podían ver los países vecinos y oír de un pueblo a otro el canto de los gallos y el ladrido de los perros, esa gente envejeció y murió sin preocuparse de visitarlos. Una época parecida sí que puede llamarse bien gobernada.

Pero los tiempos actuales de algún modo hacen que la gente estire el cuello y suba los talones para ponerse de puntillas y gritar: «¡Mira, ahí hay un hombre digno de respeto!», y que empaquete sus provisiones y se apresure a ir tras él. Así, abandona lo cercano y querido y deja de lado sus deberes hacia el huésped. Las huellas de sus pasos conectan las fronteras de los señores feudales, sus carruajes viajan entrecruzando mil *li*. Ésta es la falta de los antes citados, el resultado de su adicción al «conocimiento». Cuando

se vuelven sinceramente adictos a esa clase de conocimiento, no pueden conocer el Tao. Y entonces todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo conoce el Gran Caos.

¿Que cómo sé que es así? El gran conocimiento, la tecnología del arco y la ballesta, la red, la flecha unida a una cuerda, y toda clase de ingeniosos artefactos, arroja a los pájaros del cielo en el caos. El gran conocimiento que permite a la gente fabricar ganchos, señuelos, redes y encañizadas, sume a los peces del agua en el caos. Vallas, trampas, cepos y jaulas surgen del gran conocimiento, y sumen a los animales salvajes en el caos. El conocimiento que crea la engañosa y venenosa ambigüedad, juguetea con las diferencias entre lo *duro* y lo *blanco*, y agita el polvo de lo similar y lo diferente, ¡qué gran conocimiento! A través de él la duda se convierte en un hábito para la gente.

El crimen es la adicción al conocimiento. Así pues, en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo sólo saben buscar lo que no conocen. Nadie sabe buscar lo que ya conoce. Todos saben llamar falsa cualquier cosa que no consideren buena, pero no saben llamar falsa aquella que consideran buena. Y ése es el Gran Caos: arriba, tapa la luz del sol y la luna; abajo, quema el espíritu vital de la colina y el arroyo; en medio, desvía la sucesión de las estaciones. Ni los insectos que se arrastran ni aquello que revolotea han perdido su verdadera naturaleza, el corazón con el que han nacido. Mientras que el poder de la adicción al conocimiento técnico arroja todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo en el caos. Desde las Tres Dinastías ha sido así. Se olvidan de la gente que siembra y multiplica y, en cambio, ascienden al lacayo adulador. La sencillez y el no hacer se han abandonado. Lo que el corazón atesora es la canción y la danza que alborota todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo.

Quedarse en casa, no poseer nada
[CAPÍTULO 11]

He oído decir que uno debe quedarse en casa y ser dueño de sí mismo en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, y no que uno deba «gobernar» todo cuanto hay bajo él. Si te quedas en casa, ¿necesitas temer que puedas corromper el corazón que tenía todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo al nacer? Si sólo eres dueño de ti mismo, ¿necesitas preocuparte de que el Poder de la Virtud de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo pueda escabullirse? Y si el corazón con que nació todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo se mantiene puro y el poder de su virtud no es reemplazado, ¿necesitará todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo que alguien lo posea y lo gobierne?

En la antigüedad, cuando el sabio Yao gobernaba, hizo que todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo fuera feliz. La gente se alegraba de la espontaneidad de su naturales corazones y éstos nunca permanecían callados. Pero cuando Chieh, el Tirano, gobernó, hizo que todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo enfermara mortalmente, de modo que la gente sólo era capaz de sentir hasta qué punto se endurecía el corazón con el que había nacido. Aquellos corazones no conocían la satisfacción sencilla. No conocer paz ni satisfacción es carecer del Poder de la Virtud, ¿y quién puede durar largo tiempo sin él? Cuando la gente era demasiado feliz, se inclinaba hacia el yang. Cuando estaba demasiado enojada, se inclinaba hacia el yin. Cuando había un exceso de yang y de yin, las estaciones perdían su orden natural, el calor y el

frío perdían la armonía, y el desorden resultante lastimaba a la forma humana. La gente dejó que la felicidad y la cólera les alejaran de sus metas y empezó a morar en la inconstancia, de modo que los tigres de la ansiedad se apropiaron de sus corazones y mentes. No podían conseguir lo que necesitaban. Siempre debían detenerse a medio camino y nunca podían alcanzar sus metas. Fue entonces cuando, por primera vez, empezaron a haber, en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, ideas que no eran simples, acciones que no eran sencillas. Y Chih, el Ladrón, Tseng Tzu y Shih aparecieron. Ahora, aunque todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo recompensara lo «bueno», ya no sería suficiente, y si castigara lo «malo», tampoco. A pesar de la grandeza de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, no bastaría para otorgar una recompensa o un castigo.

Sin embargo, desde el nacimiento de las Tres Dinastías, todo el mundo ha estado regateando y luchando únicamente por la recompensa y el castigo. En tal caso, ¿qué tiempo les quedará para la realidad de la naturaleza y el destino? Para esas personas, el goce de la visión significa hacer orgías sexuales; el goce del oído, organizar bacanales musicales. ¿Y gozar de la bondad? Arrojar el Poder de la Virtud al caos. ¿Y gozar de la rectitud? Pervertir el principio. ¿Y gozar de los ritos? Abrazar el artificio. ¿Y gozar de la música ceremonial? Atraer la depravación. ¿Y gozar de la sabiduría? Limitarse a las artes mágicas. ¿Y disfrutar del conocimiento? Coger liendres.

Cuando la gente está en paz con la realidad de la naturaleza y del destino, esas ocho situaciones pueden existir o perecer. Pero cuando la gente no está en paz, las ocho empiezan a retorcer y deformar a la gente, y provocan el caos en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, aunque parezcan

honrar y querer a todas esas cosas. Tal es el estado de duda de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. No sólo la gente se excede y se sale con la suya, sino que ayuna antes de hablar de sus excesos; se arrodilla sobre la esterilla y hace ofrendas; toca el tambor, baila y canta himnos. Y yo nada puedo hacer.

Si un príncipe no puede tener lo que desea y en lugar de ello le toca gobernar todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, no hay nada mejor que la no-acción. Al no actuar, puede estar en paz con la realidad de su naturaleza y su destino. Desde antaño, a aquel que valoraba su propio cuerpo por encima de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, se le podía confiar todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo; aquel que ama a su propio cuerpo más que dirigir todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, debe recibir su gobierno. Así pues, un príncipe que no abandona sus cinco órganos vitales, que evita separar su visión de su oído, será capaz de permanecer largo tiempo en su cuerpo con la visión de un dragón, silencioso como una fuente, con la voz de un trueno. Mientras su espíritu avanza, el cielo y la tierra le seguirán. Acomodaticio a la no-acción, las diez mil cosas se convertirán en su estela, como nubecillas de vapor. ¿Y qué tiempo le quedará para «gobernar»?

Ts'ui Chu preguntó a Lao Tan:

—Si no gobiernas todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, ¿cómo puedes perfeccionar el corazón y la mente de los humanos?

Lao Tan le contestó:

—No juguetees con el corazón y la mente. Puedes hacerlos bajar o subir, pero el arriba y el abajo es para ellos una prisión, una sentencia de muerte. Acomodaticios a lo suave, lo

dulce o lo duro, el corazón y la mente pueden cortar, tallar y pulir. Su calor puede encender un fuego; su frío, llegar a congelar. Son tan rápidos que en el espacio de un abrir y cerrar de ojos pueden ir y volver volando dos veces más allá de los cuatro mares circundantes. Su morada es el silencio del origen. Su movimiento, la urdimbre de constelaciones girando en el cielo. Son corceles de carreras imposibles de encadenar. El corazón y la mente de los humanos son todo esto.

»Antaño, el Emperador Amarillo fue el primero en usar la bondad y la rectitud para juguetear con los corazones y las mentes del género humano. Yao y Shun se esforzaron al máximo para alimentar las formas de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Hicieron sufrir sus órganos vitales en beneficio de la bondad y la rectitud, y agotaron su sangre y su *chi* estableciendo leyes y modelos. Sin embargo, fueron esos mismos elementos los que no lograron conquistar. Por tanto, Yao tuvo que enviar a Huan Tou al Monte Chung, desterrar a las tres tribus Miao a los Tres Precipicios, y obligar a Kung Kung, el ministro de obras públicas, a zarpar hacia la Ciudad de la Oscuridad. Yo no lo llamaría conquistar todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo.

»Más tarde llegó la época de los Tres Reyes, en la que todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo estaba sumido en el terror. Chih, tu Ladrón, ocupaba el lugar más bajo, y Tseng Tzu y Shih, el más alto. Después confucianos y moístas surgieron al mismo tiempo. Más adelante incluso la felicidad y la cólera se llenaron de dudas. Y después la ignorancia y el conocimiento compitieron en hacer estafas. Lo bueno y lo malo se acusaron entre sí de falsos. La verdad y la falsedad se calumniaron mútuamente, y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo se marchitó. El Poder de la Virtud dejó de unir todas las cosas en Una. La naturaleza y el destino se volvieron

blandos y llorosos y huyeron. Todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo se volvió adicto al conocimiento, y la gente se volvió cada vez más distraída. Apareció después el hacha del ejecutor y la sierra del amputador, para poner a la gente en orden; y más tarde la práctica de colgar y tatuar a los prisioneros para castigar el asesinato; y, por último, de manera contundente, aparecieron los martillos y taladros que abrieron siete aberturas en el Desorden. Todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo se convirtió en un espinoso caos. El crimen consistió en juguetear con el corazón y la mente de los demás. Así que la gente valiosa se escapó a vivir bajo las grandes cimas de las montañas, y los señores de los diez mil carruajes se escondieron temblando en sus propios templos ancestrales.

»Los muertos ejecutados de esta generación yacieron amontonados. Los esclavos de la prisión fueron uncidos todos en masa. Y los amputados se miraban constantemente entre sí mientras confucianos y moístas paseaban ufanos entre las masas de hombres esposados y encadenados.

»Mi corazón llora inconsolablemente ¿Cómo es posible? Desconocen el miedo. No escuchan a su corazón. Desconocen la vergüenza. Ésa es la realidad.

»Tampoco he visto aún un conocimiento del sabio que no fuera los pestillos del yugo, ni una bondad y rectitud que no fueran las cerraduras de las cadenas. Así es como descubrimos que Tseng Tzu y Shih no fueron más que las primeras silbantes flechas que anunciaron el ataque de Chieh, el Tirano, y de Chih, el Ladrón.

»Por tanto, yo digo: elimina al sabio. Rechaza su clase de conocimiento y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo será gobernado.

El Emperador Amarillo fue durante diecinueve años el Hijo del Cielo y estaba al mando de todo cuanto hay bajo él. Entonces oyó que Kuang Ch'eng-tzu vivía en la cima del Monte de la Vacía Unión y fue a visitarlo. Le dijo:

—He oído decir que has alcanzado el verdadero Tao. ¿Puedo preguntarte sobre su esencia? Deseo encontrar la esencia de poseer el cielo y la tierra, de alimentar los cinco cereales y a la gente. Y aprender a utilizar el yin y el yang para ayudar a todas las cosas vivas. ¿Cómo puedo lograrlo?

—Todo cuanto en realidad deseas saber —contestó Kuang Ch'eng-tzu— son las cualidades materiales de las cosas. Todo cuanto conseguirás será disolverlas. Ya que has venido para gobernar todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, el *chi* de las nubes cae como la lluvia antes de haberse acumulado por completo; las hojas de la hierba y de los árboles caen incluso antes de volverse amarillas; la luz del sol se derrama desperdiciándose. Eres un seductor con una aguda lengua. ¿Cómo podría ésta darte la base necesaria para poder hablar del verdadero Tao?

El Emperador Amarillo se retiró, renunció a todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, construyó una cabaña especial, adquirió una esterilla blanca y vivió solo durante tres meses. Después fue a ver a su maestro de nuevo. Cuando lo encontró, Kuang Ch'eng-tzu estaba echando una cabezadita, de cara al sur. El Emperador Amarillo entró sigilosa y humildemente, se postró ante él y le preguntó:

—Maestro, he oído decir que has alcanzado el verdadero Tao. ¿Puedo preguntarte cómo debo gobernar mi cuerpo para perdurar durante largos años?

—Es una buena pregunta —dijo Kuang Ch'eng-tzu levantándose de un salto—. Ven, te hablaré del verdadero Tao. Su esencia es el casto y profundo secreto de la miste-

riosa oscuridad. Los polos del verdadero Tao se ocultan en el oscuro silencio. No mires, no escuches. Envuelve tu espíritu con el silencio y tu forma se enderezará por sí misma. Debes silenciar tu corazón y tu mente hasta alcanzar la claridad. No fustigues tu cuerpo. No agites tu esencia. En tal caso vivirás muchos años. Cuando tus ojos nada vean, tus oídos nada oigan y tu corazón y tu mente nada conozcan, tu espíritu cuidará de tu forma y ésta vivirá largo tiempo. Sé precavido. Mantén en tu interior la pureza de tu corazón. Cierra las puertas al mundo exterior. Un gran conocimiento es una pérdida. Te conduciré hasta el Gran Brillo y te llevaré hasta la fuente del perfecto yang; te guiaré a través de la Puerta de la Secreta Oscuridad para conducirte hasta la fuente del perfecto yin. El cielo y la tierra tienen ya un director. El yin y el yang son los expertos. Cuida tu cuerpo con cautela y todas las cosas se fortalecerán. Yo observo esta unión para vivir en consonancia con ella. Por tanto, he conservado este cuerpo durante mil doscientos años y *mi* forma no ha decaído.

Postrándose ante él, el Emperador Amarillo dijo:

—¡El verdadero título de Kuang Ch'eng-tzu es el de «Cielo»!

—Acércate —dijo Kuang Ch'eng-tzu—, quiero decirte unas palabras. Las cosas nunca pueden agotarse y, sin embargo, el género humano insiste en que hay un final. Las cosas son inconmensurables y, sin embargo, el género humano afirma que tienen polos. Quienquiera que obtenga mi Tao será un emperador en lo alto y un rey aquí abajo. Todas las doctrinas de las cien escuelas que parlotean sobre la Iluminación han nacido del polvo y en polvo se convertirán. Pero cuando yo te abandone, me iré para cruzar la Puerta de lo Inagotable, para vagar por los agrestes parajes

más allá de cualquier polo. Me iré para unirme a, y por tanto, para constituir, la resplandeciente tríada alada del cielo, la tierra y el género humano, que brillan misteriosamente. El cielo, la tierra y yo somos una constante. ¿Acaso podría sufrir las cadenas del anochecer? Éste se halla muy lejos de mí. Toda la humanidad está condenada a morir. Sólo yo persistiré, el glorioso maestro niño.

El General Nube vagaba hacia el este. Cuando salía de debajo de las ramas del árbol Fu-yao, se topó con la Oca Boba Grandota, que, dándose golpecitos en la tripota, estaba a punto de echar a volar como un gorrión saltarín. Cuando el general la vio dudó por un momento y después se detuvo asombrado:

—Dime, antiguo animal —le preguntó—, ¿quién eres y qué estás haciendo?

La Oca Boba Grandota siguió dándose golpecitos en su tripota, batiendo las alas y saltando como un gorrión.

—Estoy paseando —le contestó.

—Quiero preguntarte algo —dijo el General Nube.

—¿De veras?

—El *chi* del cielo ha perdido la armonía —dijo el General Nube—, y el *chi* de la tierra está retorcido y anudado. Los Seis *Chi* están desentonados y las Cuatro Estaciones se han desordenado. Ahora quiero armonizar la esencia de los Seis *Chi* en beneficio de todas las cosas vivas. ¿Cómo puedo emprender tal cometido?

Dándose aún golpecitos en la tripota y rascándose la cabeza mientras saltaba por los alrededores como un gorrión, la Oca Boba Grandota respondió refunfuñando:

—No lo sé, no lo sé.

De modo que el General Nube se quedó sin respuesta.

Sin embargo, al cabo de tres años, mientras vagaba hacia el este, a los agrestes parajes en los que la gente era aún más silenciosa que en Sung, se topó de nuevo con la Oca Boba Grandota. El General Nube se sintió lleno de felicidad y se acercó a ella corriendo y gritando:

—¡Oh, Cielo! ¿Me has olvidado? —Se postró tocando el suelo con la cabeza y le suplicó otra audiencia.

—Vago y paseo sin saber lo que busco —dijo la Oca Boba Grandota—. Soy una demente, un perro real, no sé adónde voy. El trotamundos, imparable, no se deja engañar por lo que ve. ¿Qué más quieres?

—Yo también soy como un perro real loco —dijo el General Nube—. Pero toda la gente sigue mis pasos. No puedo conseguir lo que quiero para ella y por su bien te suplico que me digas una sola palabra.

—¿Qué es lo que arroja la urdimbre del cielo al caos? ¿Qué es lo que se rebela contra la realidad de las cosas? —contestó la Oca Boba Grandota—. ¿Qué es lo que puede impedir que el misterioso cielo alcance sus objetivos? ¿Qué es lo que dispersa a las manadas de animales salvajes, hace chillar a los pájaros por la noche y da mala suerte a los insectos? ¡Yo pienso que esto sucede cuando el género humano *gobierna* demasiado!

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo?

La Oca Boba Grandota dijo:

—Tengo una idea: veneno. O vete y vuela a casa.

—Me resulta difícil comprenderte —dijo el General Nube—. Dime alguna palabra más.

—¿Mi idea? —dijo la Oca Boba Grandota—. Alimenta tu corazón y tu mente. Manténte sereno y no hagas nada. Las

cosas cambiarán por sí solas. Abandona tu forma y tu cuerpo. Abandona el ver y el escuchar. Olvídate de las relaciones. Olvídate de las cosas. Encuentra la Gran Unidad en la acuosa inmensidad. Libérate del corazón y la mente. Despréndete del espíritu. Despójate del alma como si fueras un desierto. Y las diez mil cosas regresarán a sus raíces. Regresarán a sus raíces sin saberlo. Métete en el puro barro del Charco Revuelto. Agota el hilo de tus días allí mismo. No lo abandones nunca. Pero si eres un conocedor, lo estarás abandonando. Sin preguntar su nombre ni echar una mirada a la realidad, las cosas ya eran sólidas desde la antigüedad, por sí solas.

—El Cielo me ha entregado el Poder de la Virtud —dijo el General Nube— y me ha mostrado, en el oscuro silencio, el negro perro del misterio. Me he pasado toda la vida doblando e inclinando mi cuerpo para intentar capturarlo. Pero ahora lo he apresado. —Se inclinó una vez más y, despidiéndose cortésmente, se fue.

A la gente de esta generación suele gustarle lo que se parece a ella y disgustarle lo que es distinto. Quiere lo similar y desprecia lo diferente. Pero en el fondo del corazón desea destacar del montón. Ahora bien, quienquiera que lo desee, nunca destacará. Depender de los deseos de la multitud no es tan bueno como reunirla.

Aquel que planea gobernar un estado de otro piensa sólo en las glorias de los Tres Reyes y no en cómo su corazón y su mente se convertirán en meras dianas de la calamidad. Pondrá simplemente los reinos del género humano en manos de la suerte. ¿Cuántas posibilidades tendrá de no acabar destruyendo el reino? Ni uno de entre diez mil

logrará sobrevivir. Y cuando destruyes un solo reino, has destruido más de diez mil vidas. ¡Qué triste que los que poseen un reino lo ignoren!

Poseer un territorio es una «gran cosa». Aquel que posee una gran cosa no puede ser tratado como una simple cosa. Como él no es una cosa, puede tratar a las cosas como cosas. Aquel que ve claramente cómo deben «cosearse» las cosas, no es una simple cosa. En tal caso, ¿cómo podría gobernar a la gente común en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo? Entraría y saldría de las Seis Armonías y vagaría por las Nueve Tierras. Un único dueño ha alcanzado lo que se llama «ser miembro de la aristocracia».

Pero la doctrina del que es en verdad grande se manifiesta como la sombra de la forma, como el eco que regresa del sonido. Si una pregunta se ha adueñado de ti, él te responderá. Con todo lo que ama, es el compañero de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Mora más allá del eco y se mueve más allá de cualquier dirección. Te conducirá de la mano más allá del círculo de las tribulaciones, llevándote a pasear por el reino sin causa, a ir y venir sin dirección alguna, nonato y constante como el sol. Cuando él habla con cánticos de la forma y el cuerpo, los une en la Gran Unidad. En ella no hay un yo. Sin un yo, ¿cómo puedes poseer la posesión? El que fija la vista en la posesión, suele llamarse un príncipe. El que fija la vista en nada, es amigo del cielo y de la tierra.

Las cosas quizá sean bajas y malas, pero deben crecer. La gente quizá sea ruda, pero debe ser tu buena causa. Los asuntos estatales son difíciles, pero no deben dejarse sin resolver.

Los métodos quizá sean tan difíciles como encontrar las huellas de un animal salvaje entre la manada, pero deben seguirse. La rectitud es distante, pero debemos morar en ella; la bondad es una parcialidad que debemos ensanchar. El ritual debe conservarse completo, pero ser usado con moderación. El Poder de la Virtud es el centro de la diana y debe sostenerse alto. El Tao es Uno y no está exento de cambio. El cielo proviene del espíritu y debe ser la fuente de la acción.

Por tanto, el sabio contempla el cielo, pero no intenta ayudarlo. Encuentra el poder de su virtud, pero no está atado a él. Fluye con el Tao, pero no hace planes. Actúa con bondad, pero no centra su corazón en ella. Está lleno de rectitud, pero no la atesora. Acepta el ritual, pero no los tabús. Lleva a cabo los asuntos del estado y no se retira de él. Examina atentamente los métodos, pero no deja que se sumerjan en el caos. Pone su corazón en la gente y no se la toma a la ligera. Por consiguiente, forma parte de las cosas y no las abandona. Las cosas solas no bastan para realizarlo todo. Hay una labor que debe hacerse. Quienquiera que no vea el brillo del cielo, no será puro en el Poder de la Virtud. Quienquiera que no siga el Tao, no podrá llegar allí desde aquí. ¿Quienquiera que no vea el brillo del Tao?... Es una lástima, porque tiene un corazón falso.

¿Qué es lo que yo llamo el Tao? Hay el Tao del cielo. Hay el Tao del género humano. Actuar mediante el no hacer y ser honrado es el Tao del cielo. Actuar mediante el hacer y enredarse así en las cosas y atarse a ellas es el Tao de la humanidad. El Tao del cielo guía, en cambio el Tao de la humanidad sigue. El Tao del cielo y el Tao de la humanidad se encuentran muy alejados. Ahora bien, vale la pena reflexionar sobre todo ello.

El Cielo y la Tierra

[DEL CAPÍTULO 12]

Tzu-kung fue al sur de Ch'u y al regresar por el estado de Chin, mientras pasaba por la orilla sur del río Han, vio a un corpulento individuo cultivando un huerto de verduras de media hectárea.

Se dedicaba a bajar al fondo de un profundo pozo con una jarra y después a subir para echar el agua sobre las verduras. Parecía estar trabajando como un esclavo sin que sus esfuerzos le sirvieran de mucho.

Tzu-kung le dijo:

—Hay un mecanismo para esto; si lo usas, en un solo día podrías inundar cincuenta hectáreas. No exige demasiado esfuerzo y es muy productivo. ¿No te gustaría tener uno?

El hortelano se levantó y le preguntó mirándole:

—¿Cómo funciona?

—Es una máquina de madera, pesada por un extremo y ligera por el otro. Saca el agua como si fuera un cucharón, pero en gran cantidad, tanta que sale a borbotones como si estuviera hirviendo. Se llama un extractor para pozos.

El hortelano hizo una mueca de incredulidad y dijo echándose a reír:

—He oído a mi maestro decir: «Donde haya máquinas, habrá problemas mecánicos; donde haya problemas mecánicos, el corazón y la mente de la gente se mecanizarán;

cuando se mecanicen, lo puro y lo sencillo se echará a perder. Sin lo puro y lo sencillo, el espíritu no tiene reposo. Y cuando el espíritu no reposa, ni siquiera el Tao podrá mantenerte». No es que no conozca la máquina de la que me hablas, pero me sentiría avergonzado de usar tal artefacto.

Inundaciones otoñales

[CAPÍTULO 17]

Con la llegada de las inundaciones otoñales, todos los ríos vertieron sus aguas en el río Amarillo y éste creció tanto que desde una orilla no se podía distinguir si lo que había en la otra era un caballo o un buey. Entonces el Dios del Río, complacido consigo mismo, creyó ser el gran carnero del rebaño, la cosa más bella del mundo. De modo que se deslizó corriente abajo hasta llegar al Mar del Norte. Allí, de cara al este y asomando la nariz por encima de las olas, vio que el agua se extendía hasta el horizonte.

Con expresión de perplejidad, asintió con la cabeza, y después contemplando el Mar Jo del Norte, hacia donde estaba su dios, suspiró y dijo:

—Todos los del país dicen: «Alguien que haya oído hablar del Tao cien veces se piensa ya que es mejor que el vulgar José». Así me ha ocurrido a mí. He oído a mucha gente despreciar el conocimiento de Confucio y quitarle importancia a la rectitud de Po Yi, sin pensárselo dos veces. Pero ahora que he posado mis ojos en tu inagotable inmensidad, me doy cuenta de que si no hubiera venido a investigar a tu puerta, habría corrido el peligro de ser el hazmerreír de aquellos que son realmente sabios.

El Mar Jo del Norte dijo:

—Una rana en un pozo no puede decir gran cosa del mar. Está limitada por su propio espacio vacío. Un insecto veraniego no podrá decir gran cosa del hielo. Está atrapado en la cor-

ta duración de su vida. Un erudito enclaustrado no puede decir gran cosa del Tao, está absorto en su doctrina y su dogma. Ahora que has visto el gran mar y sabes de dónde procedes, has empezado ya a hablar del Gran Principio.

»De entre todas las aguas de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, ninguna es tan inmensa como el mar. Los diez mil arroyos retornan siempre a él, y a pesar de ello nunca se llena. En épocas de sequía se evapora en Wei Lu, pero jamás se vacía. No cambia ni en la primavera ni en el otoño. Y nunca se ha secado. Como es mucho mayor que el caudal del río Amarillo, su capacidad no puede medirse, pero nunca he dejado que esto me hiciera creer que soy el más "grande". Adquiero mi forma del cielo y la tierra, y mi *chi* del yin y del yang. Comparado con el cielo y la tierra, soy una roca diminuta o un arbusto en la ladera de una montaña. Si tan pequeño soy, ¿cómo podría considerarme importante?

»El lugar que ocupan los Cuatro Mares entre el cielo y la tierra, no es más grande que el de una pila de piedras del campo en el Gran Pantano. El lugar que ocupa el Reino Intermedio en los Cuatro Mares, no es mayor que el de una simple semilla en un granero. Cuando hablamos de todas las cosas, las llamamos "las diez mil cosas", y el género humano es tan sólo una de ellas. La gente abarrota las Nueve Provincias con sus cosechas, sus botes y sus carros yendo y viniendo del mercado, mas ¿acaso el género humano no ocupa sino un solo lugar entre las diez mil cosas?

»¿Qué es lo que los Cinco Emperadores transmitieron libremente? ¿Qué es lo que los Tres Reyes lucharon por conseguir? ¿Qué es aquello que la gente de bien tanto sufre para alcanzar y que los caballeros ilustrados trabajan para conseguir? Sólo una cosa. Po Yi la cambió por la fama; Confucio habló sobre ella para ganar fama de erudito.

Sencillamente creían ser importantes. ¿No es esto como creer que tú eres una gran extensión de agua?

—De acuerdo —convino el Dios del Río—, consideraré el cielo y la tierra grandes y la punta de un cabello, pequeño. ¿Está bien así?

—No —replicó el Mar Jo del Norte—. Las cosas no tienen límites, ni el tiempo se detiene, ni la constante se interrumpe, ni los finales y principios tienen una causa. El Gran Conocimiento abraza tanto lo lejano como lo cercano, no desprecia lo pequeño ni valora lo grande. Examina tanto el presente como el pasado, observándolo todo profundamente y sin pesar, sin ponerse de puntillas para coger lo que está a mano, porque sabe que el tiempo no se detiene. Contempla atentamente tanto la plenitud como la vacuidad. Al ganar, no conoce la felicidad; al perder, no conoce el dolor. Sabe que la porción asignada no es una constante. La duración de una vida no puede compararse con el espacio de tiempo antes de nacer. Intentar cruzar los confines de la cosa más grande usando lo más pequeño como nave ¿no te hará extraviar tanto que incluso llegarás a perderte a ti mismo? Míralo de ese modo: ¿cómo puedes tener la certeza de que la punta de un cabello basta para medir lo pequeño o que el cielo y la tierra bastan para medir lo grande?

El Dios del Río respondió:

—Hoy en día los disputadores están de acuerdo en que la cosa más pequeña no tiene forma y que la más grande no puede contenerse con nada. ¿Lo crees tú así?

—Cuando observas lo grande desde el punto de vista de lo pequeño —contestó el Mar Jo del Norte—, no puedes captarlo por completo. Cuando observas lo pequeño desde el punto de vista de lo grande, no puedes hacerte una idea de ello. La cosa más pequeña es la más pequeña de lo pequeño;

la más grande, la más grande de lo grande. Son distintas, y es conveniente tenerlo en cuenta, pero también es una mera circunstancia de la existencia. Si queremos llamar a las cosas sutiles o burdas, primero deben tener una forma. Sin ella, no puedes dividirlas en grandes y en más grandes, o en pequeñas y en más pequeñas. Si no puedes contenerlas, tampoco puedes medirlas. Puedes hablar de lo burdo y pensar sobre lo sutil, pero lo que las palabras no pueden expresar ni las ideas ahondar, eso no tiene nada que ver con lo sutil o lo burdo.

»Así pues, la gente importante no lastima a los demás, pero tampoco se preocupa demasiado por la bondad o la misericordia. No está motivada por la ganancia, pero deja buenas propinas. No compite por la propiedad ni la riqueza, pero tampoco hace gala de no importarle. No contrata ayudantes para su trabajo, pero tampoco presume de independiente. No desprecia al malvado ni al codicioso, pero aunque no tenga estos malos hábitos, no alardea de su diferencia. No destaca de la multitud ni menosprecia a sus insustanciales y aduladores líderes. Los rangos y las recompensas del mundo no le conmueven. El castigo y los reproches del mundo no le avergüenzan. Sabe que lo "correcto" y lo "incorrecto" no es tan fácil de separar, al igual que lo "grande" y lo "pequeño". He oído decir que no se oye hablar de aquellos que realmente poseen el Tao; que alcanzar el Poder de la Virtud significa no "alcanzar". La gente importante no tiene un yo propio, sino que encuentra su papel en la vida. Eso sí es realmente llegar *allí*.

El Dios del Río preguntó:

—Aunque inicies tu camino fuera de las cosas o en su interior, ¿dónde debes llegar para poder discernir lo noble de lo malvado, lo grande de lo pequeño?

—Desde el punto de vista del Tao, nada hay que sea noble ni malvado. Desde el punto de vista de las *cosas*, cada una se

ve a sí misma como noble y todo lo demás, como malvado. Desde el punto de vista común, lo noble y lo malvado no son inherentes al individuo, sino sólo productos de su opinión. Desde el punto de vista de la diferencia, si consideramos algo grande porque de algún modo es grande, en tal caso no habrá ni una entre las diez mil cosas que no lo sea. Y si consideramos algo pequeño porque de algún modo es pequeño, en tal caso no habrá ni una entre las diez mil cosas que no lo sea. Cuando ves el cielo y la tierra como semillas de cereales y de hierba, cuando sabes que la punta de un cabello es un túmulo o una montaña, conoces entonces algo sobre la diferencia y la medida. En cuanto a su valor, las cosas son valiosas de acuerdo a lo que son, y de las diez mil existentes, no hay una sola que no lo sea. O, si no existen, no hay una sola que no valga nada. Asimismo, sabes que el este y el oeste, aunque se opongan mutuamente, no sería nada uno si el otro no fuera algo. Así es como se establecen los valores compartidos. Cuando miramos las cosas desde el punto de vista de nuestro propio interés, lo que es correcto, es correcto, y no hay ni una de las diez mil cosas que no lo sea; y lo que no es correcto, no lo es, y no hay ni una de las diez mil cosas que lo sea. Cuando sabes que tanto Yao, el Sabio, como Chieh, el Tirano, creyeron actuar correctamente y que el otro estaba equivocado, entonces lo comprenderás todo sobre el escoger y el elegir.

»Desde antaño —continuó el Mar Jo del Norte— Yao entregó la sucesión a Shun, que gobernó como emperador; pero cuando K'uai se rindió ante Tzu Chih, Chi pereció; T'ang y Wu lucharon para ser reyes y cada uno gobernó; Po Kung luchó y fue destruido. En ello puedes ver que ceder algo a alguien y luchar por ello son tan sólo rituales, la conducta de un Yao o de un Chieh, del noble y del malvado. Cada cosa tiene su tiempo. Ninguna ha sido una constante.

»Puedes usar una viga o una columna como ariete para derribar la muralla de una ciudad, pero no se puede tapar un pequeño agujero con ellas. Lo cual viene a decir que hay una diferencia en cuanto a las herramientas. Los sementales de Ch'i-chi y Hua-liu podían correr mil *li* en un solo día, pero cazando ratas no eran tan eficientes como una comadreja o un gato. Lo cual viene a decir que hay una diferencia en las aptitudes. El búho cornudo puede cazar una pulga a medianoche y distinguir la punta de un cabello, pero al amanecer está tan ciego que no puede distinguir una montaña de un túmulo funerario. Todo esto significa que las cosas son diferentes por naturaleza.

»Por tanto, cuando ellos dicen: "¡Hagamos de lo Correcto nuestro maestro y eliminemos lo Incorrecto! ¡Hagamos de la Norma nuestra maestra y abandonemos el Caos!", significa que todavía no han visto con claridad el principio que ilumina el cielo y la tierra, ni tampoco la realidad de las diez mil cosas. Es como decir que el cielo es tu maestro, pero la tierra no; o que el yin lo es, pero el yang no. Aunque no hay ninguna posibilidad de que ese modo de pensar conduzca a nadie a la luz, siguen hablando de esa forma. Son estúpidos o piensan que lo somos.

»Los gobernadores imperiales eligen a sus sucesores sin tener en cuenta a sus propios familiares. En las Tres Dinastías, las líneas familiares eran la base de la sucesión. En aquella época quien no respetaba la costumbre era llamado un usurpador. Y quien la seguía, el correcto sucesor. ¡Manténte silencioso, Dios del Río! Manténte silencioso. Ya que ¿cómo podrías saber en qué puerta estudiar lo "noble" y lo "malvado", o en qué escuela aprender lo "grande" de lo "pequeño"?

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó el Dios del Río—. ¿Y qué es lo que no debo hacer? ¿A qué debo renun-

ciar o qué es lo que debo aceptar, conservar o desprenderme de ello? ¿Cómo debo vivir los días que me quedan?

—Desde el punto de vista del Tao —respondió el Mar Jo del Norte—, ¿qué es «noble» y qué «malvado»? Tan sólo son como la inundación y la estela. No ates con una correa tu corazón de caballero o cojearás al avanzar por el elevado Camino. ¿Qué es lo mucho y qué es lo poco? Son la generosidad del patrón o las limosnas a los mendigos. Si vas más allá del Uno, te excederás y quedarás corto en el Tao. Sé tan imponente como el príncipe del país, que no mantiene en la discreción el poder de su virtud, tan gentil como el dios de la cosecha, que nunca oculta la abundancia. Tan vasto como las infinitas Cuatro Direcciones, que carecen de fronteras. Abraza con tu corazón cada una de las diez mil cosas. Ya que ¿acaso hay alguna de ellas que merezca ser más que otra? Esto se llama ser imparcial. Las diez mil cosas son una y todas ellas son iguales. ¿Cuál es corta? ¿Cuál es larga? El Tao no tiene principio ni final, mas las cosas viven y mueren. No se puede depender de su devenir. Una es vacía. Otra es llena. No podemos apoyarnos en sus formas. El transcurrir de los años no puede frenarse ni el paso de las estaciones detenerse. Lo que crece y disminuye, lo que se llena y lo que se vacía, agotan el hilo de su vida y vuelven a nacer. Por eso, al hablar de la Verdadera Rectitud, debemos primero hallar aquello que la conecta con el principio de las diez mil cosas. La vida de las cosas es como el correr de los caballos en la carrera, no un movimiento que no represente un cambio. No hay un momento sin movimiento. En tal caso, ¿qué hacer? ¿Y qué no hacer? Manténte simplemente firme en no apegarte a nada.

—Entonces, en el Tao ¿qué es noble?

—Aquel que conoce el Tao debe alcanzar el principio. El que lo alcance se alzará iluminado con el poder de la virtud.

A aquel que se ilumine con el Poder de la Virtud, las cosas no le lastimarán. Aquel que alcance el Poder de la Virtud, no podrá ser quemado por el fuego ni ahogado por el agua. Ni tampoco el frío ni el calor podrán lastimarle, ni los animales salvajes dañarle. Esto no significa que se tome todas estas cosas a la ligera, sino que es capaz de distinguir el *hogar* del *precipicio*. Está en paz con la buena y la mala suerte, y es cuidadoso en cuanto a dónde irá o de dónde viene. Por tanto, nada puede dañarle. Así que se dice: «El cielo está en el interior, el género humano en el exterior». El Poder de la Virtud es el cielo. Aquel que conoce los movimientos del cielo y del género humano, se arraiga en el cielo y descubre que está en posición de adquirir el Poder de la Virtud. Por tanto, aunque te entretengas o te apresures, te dobles o estires, siempre regresarás a lo necesario. En esto reside lo supremo.

—¿Qué quieres dar a entender por cielo y por género humano? —quiso saber el Dios del Río.

—Los caballos y los bueyes tienen cuatro patas, eso es el cielo —contestó el Mar Jo del Norte—. Cabestrar al caballo o agujerear el hocico del buey, eso es el género humano. Por tanto, se dice: «¡No permitas que el género humano destruya el cielo! No permitas que los "por lo tanto" interfieran con el destino. No dejes que el deseo de ganancia te descarríe hacia la fama. ¡Ten cuidado! Protege tu corazón, no lo pierdas». Esto se llama recuperar la verdad.

El Kuei de una sola pata envidia al Hsien de numerosas patas. El Hsien envidia a la serpiente. La serpiente envidia al viento, y el viento envidia al ojo. Al ojo, si pudiera, le gustaría ser tan rápido como el corazón y la mente.

El Kuei de una sola pata dijo al Hsien de numerosas patas:

—Me muevo saltando sobre mi única pata y no lo hago tan mal, pero tú usas diez mil. ¿Cómo puedes controlarlas?

—Yo no las controlo —le contestó el Hsien—. ¿No has visto nunca escupir a alguien? ¡Gschup! Y por todas partes caen grandes gotas perladas y gotitas como la bruma. Salen volando toda clase de babas en grandes cantidades. En cuanto a mí, me limito a dar una sacudida a mi mecanismo celestial. No sé cómo hace lo que hace, pero lo hace.

Luego el Hsien dijo a la serpiente:

—Puedo moverme ágilmente con mis numerosas patas, pero aunque tú no tengas ninguna, te mueves con mayor rapidez que yo. ¿Cómo lo logras?

—Me mueve mi mecanismo celestial —contestó la serpiente—. ¿Por qué querría cambiarlo? ¿Para qué quiero yo pies?

La serpiente dijo al viento:

—Para moverme ondulo mi columna dorsal y mis costillas, yo al menos tengo un cuerpo físico. Pero tú te deslizas girando del Mar del Norte hasta el Mar del Sur sin tener cuerpo alguno. ¿Cómo lo consigues?

—Tal como lo ves —dijo el viento—. Salgo girando del Mar del Norte hasta llegar al Mar del Sur; sin embargo, si levantas un dedo, me siento abrumado. La carpa que asoma sus labios a la superficie de las aguas otoñales para tomar una bocanada de aire me intimida. Y a pesar de ello, quiebro grandes árboles y derribo bellas casas solariegas. ¡Yo solo! De mis pequeñas derrotas, hago una gran victoria. ¡Y este tipo de victorias sólo un sabio puede vencerlas!

Mientras Confucio estaba en K'uang llegaron las tropas de Sung y le rodearon como si fueran los pliegues de un turbante; sin embargo, él siguió tocando el laúd y cantando.

Tzu-lu fue a verle y le preguntó:

—Maestro, ¿cómo puedes ser tan feliz?

—Ven, te lo explicaré. Durante mucho tiempo me he esforzado por intentar evitar —dijo Confucio— esta situación extrema, pero no lo he logrado. Es el destino. Durante mucho tiempo he intentado transmitir mi mensaje con claridad, pero de nada me ha servido. Son los tiempos. En la época de Yao y Shun, ninguno de ellos llegó a esta situación, y no sucedió porque lo supieran todo. En la época de Chieh y Chou, nadie captó su mensaje, pero no fue porque lo ignoraran. El tiempo y la situación del país hace que las cosas sean como son.

»Cruzar las aguas —prosiguió Confucio— sin asustarse de los animales marinos ni del dragón es el valor del pescador; cruzar el país sin asustarse del rinoceronte ni del tigre, el del cazador. Contemplar la muerte como si fuera la vida cuando te atraviesan con desnudos filos es el valor del guerrero que ha hecho un juramento. Saber que las situaciones extremas son obra del destino así como el haberlas de sufrir, afrontar una gran dificultad sin miedo, es el valor del sabio. Mi destino está trazado. Ningún mecanismo hay que pueda salvarme.

Entonces se acercó un soldado con armadura y dijo:

—Le hemos confundido con Yang, el Tigre, por eso le hemos rodeado. Ahora vemos que no lo es. Le ruego que nos disculpe. Nos iremos ahora mismo.

Kung-sun Lung-tzu dijo al Príncipe Mou de Wei:

—Cuando era niño estudié el Camino de los Antiguos

Reyes y a medida que fui creciendo comprendí que debía seguir una conducta buena y recta. Armonicé las diferencias, separé lo duro y lo blanco, el *es así* del *no es así*, lo posible de lo imposible, menosprecié el «conocimiento» de las cien escuelas y silencié la boca de las masas de discutidores. Creí haber llegado *allí*. Pero ahora que he oído las palabras de Chuang Tse me he quedado absorto en ellas y he trascendido mis deseos de armonizarlo todo. No sé si es porque no puedo llegar a su nivel de razonamiento o porque realmente no sé todo lo que él sabe. Ya no habrá nada que pueda hacerme abrir el pico nunca más. Me gustaría preguntarte sobre su método.

El príncipe Mou se apoyó en el brazo de la silla y suspiró. Levantó la mirada hacia los cielos y se echó a reír con ganas.

—¿Acaso eres el único que nunca ha oído la historia de la rana que vivía en el pozo medio derrumbado? —le preguntó con cierto asombro—. Ésta dijo a la Tortuga del Mar del Este: «¡Oh, qué felicidad! Puedo salir y saltar por el borde del pozo o entrar en él y descansar en las agrietadas losas de la pared. Cuando me meto en el agua, me llega hasta los sobacos y me sostiene la barbilla. Cuando me adentro en el barro y sumerjo en él los pies, me cubre las patas. ¡Ni las larvas de los mosquitos, ni los cangrejos de río, ni los renacuajos pueden rivalizar conmigo! ¡Toda el agua del pozo es mía, toda mía! Esto es realmente estar *allí*. ¿Por qué no entras alguna vez y disfrutas del panorama?».

»La Tortuga del Mar del Este lo intentó —continuó el Príncipe Mou—. Pero antes de que llegara a sumergir la pata izquierda, la derecha ya se le había quedado atascada. Mientras se debatía para conseguir retroceder, le explicó a la rana cómo era el mar: "Mil *li* no bastan para medir su extensión, ni mil brazas para establecer su profundidad. En la épo-

ca de Yu, cuando nueve de cada diez años había inundaciones, no por ello se llenó más. En la época del Rey T'ang, cuando siete de cada ocho años había sequías, sus orillas no dieron señales de bajar de nivel. El gran placer del Mar del Este es que nada puede perturbarle, ni a largo ni a corto plazo; y que no avanza ni retrocede ante el exceso o la carencia".

»Al oír esto la rana se quedó muy sorprendida y, como si acabara de ver a su maestro acercándose, fue a ocultarse. ¡Y tú, cuyo conocimiento ni siquiera llega a las fronteras de lo correcto y lo incorrecto, quieres examinar las palabras de Chuang Tse! ¡Quieres que un mosquito cargue con una montaña! ¡Que un gusano-caballo cruce galopando el río Amarillo! Tú también querrías realizar una hazaña parecida. Tu conocimiento no está a la altura de discutir sus palabras, tan sutiles. Y, sin embargo, quieres aprovechar el momento para adquirir el correcto estudio. ¿Acaso no eres la rana en el pozo medio derruido? ¿Y que hay de Chuang Tse? En este momento se pasea por los Manantiales Amarillos, o ha subido al empíreo azul marino; o... sin ir al Norte ni al Sur, se ha liberado de las Cuatro Direcciones y flota en el infinito. Sin el este ni el oeste, ha nacido de la Misteriosa Oscuridad y regresa al Gran Logro.

»Y tú, a pesar de saber que has encontrado a tu maestro, quieres atraparle, examinarle y amarrarle con un razonamiento. Eso es realmente como mirar el cielo por un tubo o explorar la tierra con un punzón. Eres insignificante. Demasiado insignificante. Vete. ¿No has oído la historia de los chicos de la escuela Shao-ling que quisieron estudiar los movimientos Hantan? Antes de acabar de aprenderlos habían olvidado ya su anterior estilo. Tuvieron que regresar a su casa arrastrándose sobre sus manos y rodillas. Si no lo impides, olvidarás tus antiguos conocimientos y perderás tu profesión.

La boca de Kung-sun Lung-tzu quedó abierta de par en par y se negaba a cerrarse. La lengua le quedó colgando resistiéndose a esconderse. Decidió no insistir más y se marchó.

Mientras Chuang Tse estaba pescando a orillas del Arroyo Esclavo, se acercaron dos embajadores del Rey de Chu:

—Nuestro maestro desea entregarte la responsabilidad de gobernar su reino —dijeron.

Chuang Tse siguió sosteniendo la caña y sin mirar atrás contestó:

—He oído decir que Ch'u tiene el espíritu de una tortuga que murió hace tres mil años y que la ha envuelto en sedas y guardado en un precioso relicario en la sagrada sala del templo ancestral. ¿Creéis que esa tortuga habría preferido morir para que sus huesos fueran canonizados o seguir viviendo arrastrando su cola por el barro?

—¡Vaya! Habría preferido vivir arrastrando su cola por el barro —admitieron los embajadores.

—Marchaos a casa —dijo Chaung-tse—. Estoy arrastrando mi cola por el barro.

Cuando Hui Tzu era el primer ministro de Liang, Chuang Tse fue a visitarle. Alguien dijo a Hui Tzu: «Viene para suplantarte en tu puesto». Asustado, Hui Tzu le buscó por todo el reino durante tres días y tres noches.

Cuando Chuang Tse apareció por fin, dijo:

—En el sur hay un pájaro llamado Yuan-ch'u. Ya has oído hablar de él. Se eleva del Mar del Sur y vuela hasta el Mar del Norte sin posarse jamás excepto en el árbol Wu-t'ung, sin comer nada que no sea el fruto exótico Lien, y tan sólo bebe de dulces manantiales. Una vez, un búho que había atrapado una rata podrida, en el momento que el Yuan-ch'u pasaba por allí levantó la cabeza y chilló alarmado: «¡Eh! ¡Vete!». Ahora que has obtenido tu reino de Liang, ¿me estás chillando «¡Eh!» a mí?

Mientras Chuang Tse y Hui Tzu paseaban por el dique que había encima del río Guerrero, aquél dijo:

—Observa cómo los pececillos nadan rápidamente y vagan por donde les place. Ésa es su felicidad.

—Si no eres un pez —dijo Hui Tzu—, ¿cómo sabes qué es lo que les gusta a los peces?

—Si tú no eres yo —contestó Chuang Tse— ¿cómo puedes saber que yo no sé qué es lo que les gusta a los peces?

—Como yo no soy tú, es evidente que no puedo saber qué es lo que tú sabes. Pero tampoco tú eres un pez, o sea que mi proposición acerca de que tú no sabes qué es lo que les gusta a los peces no ha sido refutada.

—Oh, por favor, volvamos a la pregunta original —dijo Chuang Tse—. Lo que tú me has preguntado ha sido: «¿Cómo sabes qué es lo que les gusta a los peces?». O sea que cuando me lo has preguntado ya sabías que yo lo sabía. Lo sé mientras paseo por encima del Guerrero.

La dicha perfecta
[Capítulo 18]

En todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, ¿puede o no existir la dicha perfecta? ¿Es posible incluso mantener el cuerpo vivo, o no lo es? Hoy día, ¿qué debe hacerse y de qué se puede depender? ¿Qué debe evitarse y en qué debemos morar? ¿A qué debemos acercarnos y qué debemos abandonar? ¿De qué debemos gozar y qué debemos despreciar?

Lo que todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo valora es la riqueza y una buena posición, una larga vida y una buena reputación. Lo que anhela es disfrutar de la seguridad del cuerpo, los buenos sabores, la ropa bonita, los colores vivos y la música. Lo que desprecia es la pobreza, una posición baja, una vida corta y una mala reputación. Lo que considera una desgracia es un cuerpo enfermo o no estar seguro en casa, que la boca no pueda disfrutar de los buenos sabores ni el oído escuchar música. Si la gente se encuentra privada de estas cosas, se entristece e incluso se asusta. Sólo se preocupa por la forma exterior. ¿No es una estupidez?

Los ricos se amargan la vida trabajando incesantemente, amasando grandes cantidades de objetos que nunca podrán usar. Todo lo que intentan hacer por sus formas es, en realidad, externo incluso a sí mismas. Los ambiciosos que persiguen títulos de nobleza trabajan día y noche, con los tigres de la ansiedad siempre vagando por las tierras de su corazón y su mente. Lo que hacen por las formas en realidad los aleja mucho de ellas. El género humano y el sufri-

miento han nacido juntos. El longevo sólo aprende, en la confusión de la senilidad, a vivir con un incesante miedo a la muerte. ¡Qué amargo! ¡Cuán lejos se encuentra de hacer algo por su forma! ¿Y qué hay del caballero ilustrado y apasionado que ha jurado ofrecer su vida por los demás? El mundo lo tiene en gran «estima», pero ésta no basta para mantener su cuerpo vivo. Me pregunto si la gran «estima» es realmente tan buena después de todo. Si lo es, en tal caso no es suficiente para mantener un cuerpo vivo. Pero si no lo es, al menos es lo bastante buena como para proteger la vida de otras personas.

Así pues, se dice: «Cuando sea desoído un consejo leal, retrocede y no luches». Cuando Tzu-hsu se opuso a su soberano, fue mutilado. Pero si no hubiera luchado por lo que consideraba correcto, no se habría vuelto famoso ni se habría ganado la buena estima. ¿Pero ésta en realidad le benefició? ¿O no?

No puedo decir si lo que las personas de hoy día hacen para encontrar la dicha les acaba dando realmente ese fruto. Lo único que veo es que la manera actual en que buscan conseguirla, es como la estampida de una manada, como el lanzarse de cabeza a algo temiendo casi perder la propia vida. Y, sin embargo, lo llaman dicha. Me pregunto si realmente lo es. Tal vez no lo sea.

En mi opinión la verdadera felicidad se halla en el no hacer. Pero normalmente hay la costumbre de considerar esto último como algo amargo. Por tanto digo: en la perfecta dicha, no hay dicha; en la perfecta alabanza, no hay alabanza. En todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo nadie se pone de acuerdo sobre cuál es el fruto de lo correcto y lo incorrecto. Pero aunque así sea, el no hacer puede fácilmente conocer qué es lo correcto y lo incorrecto, alcanzar sin esfuerzo

la dicha y mantener vivo el cuerpo. El bebé crece precisamente al no hacer nada.

Deja que te lo explique con otras palabras. El no hacer del cielo lo mantiene puro. El no hacer de la tierra la mantiene en calma. Ambos se armonizan con la unión de estos dos no haceres mientras todas las diez mil cosas cambian. Vastos e imperceptibles, no proceden de ningún lugar. Imperceptibles y vastos, son la perfecta imagen del no-ser, y toda la gran variedad de las diez mil cosas nacen de su no hacer. Por eso siempre se ha dicho: «El cielo y la tierra nada hacen, y nada queda por hacer». ¡Oh, género humano! ¿Dónde estará el hombre capaz de alcanzar este no hacer?

La esposa de Chuang Tse murió, y cuando Hui Tzu llegó para ofrecerle sus condolencias encontró a Chuang Tse agachado, golpeando una olla como si fuera un tambor y cantando.

Hui Tzu dijo:

—Has vivido con esta mujer, habéis criado a vuestros hijos y envejecido juntos. ¡No llorar su muerte ya me parece mal! Pero ¿tocar el tambor y cantar no lo encuentras excesivo?

—No —contestó Chuang Tse—. Así es como son las cosas. Al morir ella, ¿cómo podría yo no haber sentido pesar? Pero he pensado en ello con mayor detenimiento y he comprendido que antes de que ella naciera, no tenía vida. No sólo no la tenía, sino que carecía de forma. No sólo carecía de forma, sino que ni tan sólo tenía *chi*. Pero en alguna parte del vasto e imperceptible mundo hubo un cambio y ella adquirió el *chi*; después éste cambió y ella

adquirió una forma; después ésta cambió y ella obtuvo la vida. Ahora ha habido otro cambio y ella está muerta. Es como el mutuo ciclo de las Cuatro Estaciones. Ahora mi esposa descansa silenciosamente en la Gran Cámara. Si tuviera que correr tras ella llorando sería sin duda demostrar que no comprendo lo que está predestinado. Así que he dejado de hacerlo.

El Tío Un Solo Pie y el Tío Tullido se dirigieron al Túmulo Funerario del Oscuro Señor, situado en los agrestes parajes de Kun-lun, el lugar donde el Emperador Amarillo solía descansar. De pronto, al Tío Tullido le salió en el codo izquierdo un furúnculo del tamaño de un sauce. Movió un poco los pies y lo miró aparentemente disgustado.

—¿No lo odias cuando sale? —dijo el Tío Un Solo Pie.

—¡En absoluto! ¿Por qué habría de odiarlo? —contestó el Tío Tullido—. La vida es un préstamo y los vivos somos los prestatarios. La vida es un montón de basura. La muerte amanecerá una vez haya transcurrido esta noche. Tú y yo hemos venido aquí para meditar sobre el cambio. A mí me acaba de llegar en este lugar. ¿Por qué tendría ello que disgustarme?

Cuando Chuang Tse estaba en Ch'u vio una calavera vacía que se parecía a la huesuda cara de Yao, el Sabio. Dándole unos golpecitos con su fusta de montar preguntó:

—Señor, ¿ansiaba tanto la vida que actuó con tanta insensatez y por eso finalizó así? ¿Perdió un reino y cayó

bajo el hacha del verdugo y por eso acabó así? ¿Actuó mal siendo la vergüenza de su padre, su madre, su esposa e hijos y por eso tuvo ese fin? ¿Se ha helado o muerto de hambre? ¿O ha sido tan sólo el paso de sus primaveras y otoños, unos tras otros, lo que le ha conducido a ese final?

Después de hablar, Chuang Tse cogió la calavera y se puso a dormir usándola como almohada. En medio de la noche la calavera se le apareció en sueños y le dijo:

—Hablas como uno de esos discutidores. He oído tus palabras. Ten ahora en cuenta las mías: de todas las ataduras de la vida humana que has mencionado, la muerte no tiene ni una sola. ¿Deseas oírme hablar de la muerte?

—Sí, te lo ruego.

—En la muerte —contestó la calavera— no hay por encima un señor ni un esclavo por debajo. Ni ninguna de las tareas ni deberes de las Cuatro Estaciones. Nuestra primavera y nuestro otoño es la eternidad del cielo y la tierra. El gozo del rey sentado en su trono de cara al brillante sol no puede compararse al nuestro.

Chuang Tse no creyó nada de cuanto le decía.

—Si hiciera que el Oficial Encargado del Destino te devolviera la vida —le preguntó—, que restituyera tu carne sobre los huesos y te devolviera a tu padre y a tu madre, a tu esposa e hijos y a todos los viejos amigos que tienes en casa, ¿lo desearías?

La calavera frunció el ceño intensamente como si estuvieran a punto de amputarle un pie y contestó:

—¿Cómo podría renunciar al gozo del rey sentado de cara al sur y cargar de nuevo con el sufrimiento de la humanidad?

Cuando Yen Hui se fue hacia el este, a Ch'i, Confucio parecía preocupado. Tzu Kung se levantó de su esterilla y acercándose a él le dijo:

—Tu discípulo osa preguntarte sobre el viaje que Yen Hui ha emprendido hacia el este, a Ch'i. ¿Por qué estás tan triste?

—Es bueno que me lo hayas preguntado —contestó Confucio—. Pienso que las antiguas palabras de Kuan Tzu son muy acertadas: «Una bolsa pequeña no puede sostener algo muy grande. Una cuerda corta no sirve para sacar agua de un profundo pozo». Es cierto. La suerte está predestinada y las formas se adaptan a las funciones que les han sido asignadas. No hay nada que pueda añadirse o sustraerse. Temo que Hui empiece a hablar al Marqués de Ch'i acerca del Tao de Yao y Shun, y del Emperador Amarillo, o incluso de Sui Jen y Shen Nung. Entonces ese «señor» buscará dentro de sí mismo y al no encontrar nada que se le parezca vagamente empezará a dudar. Y cuando los príncipes dudan, la muerte anda cerca.

»¿No has oído hablar del ave marina que se posó hace mucho tiempo en el interior de las murallas de Lu? —prosiguió Confucio—. El marqués de Lu la recibió con gran ceremonial y le ofreció libaciones en el templo ancestral. Ordenó que tocaran para ella la gran música del Chiu Shao y le hizo una gran ofrenda de comida sacrificando un buey, una oveja y un cerdo. El ave parecía desconcertada y triste. No tomó ni un bocado ni bebió una sola copa. Al cabo de tres días murió. El marqués no la había tratado como a un pájaro, sino como a él mismo le hubiera gustado ser tratado.

»Para tratar a un pájaro como un pájaro, debes dejarlo en lo profundo de un bosquecillo y permitirle vagar sobre arenosos islotes y flotar sobre ríos y lagos. Debes alimentarlo

con anguilas y peccillos y dejar que se una a una bandada en formación hasta que se canse. Después has de dejarlo libre para que elija el lugar donde quiere descansar. Los pájaros desprecian el simple sonido de las voces humanas, ¿cómo aquella ave marina podía haber soportado todo aquel barullo? Si la imponente música de Hsien Ch'ih y Chiu Shao hubiera sido interpretada en el agreste paraje del lago Tung-t'ing, las aves habrían escapado volando, los animales salvajes habrían huido y los peces se habrían ocultado en el fondo del agua. En cambio los hombres, al oírla, se habrían reunido a su alrededor para escuchar boquiabiertos. Los peces viven en el agua. La gente muere en ella. Están juntos, pero aman y odian distintas cosas. Por tanto, son diferentes. Por eso los sabios de antaño no pensaban que hubiera una única clase de talento. No creían que todos los problemas fueran los mismos. Dejaban que el nombre se adaptara a la realidad y llamaban *rectitud* sólo a aquello que se ajustaba a dicho nombre. Esto era conocido como «estar preparado para recibir las bendiciones y ser capaz de asimilarlas».

Mientras Lieh Tse merendaba junto al camino, vio una calavera de cien años. Levántandola de entre la maleza la señaló con un dedo diciéndole: —Sólo tú y yo conocemos cómo es no estar muerto aún ni vivo. ¿Estás realmente apenado? ¿Soy yo feliz?

El «mecanismo» se encuentra en toda clases de semillas. Sólo es necesario regarlas y se convertirán en algo.

A orillas del agua quizá crezcan hasta llegar a convertirse en liquen; si brotan en una cuesta, se transformarán en llantén; en una tierra rica se convertirán en ranúnculos; las raíces de los ranúnculos se transformarán en gusanos y las hojas en una especie de mariposas que se convertirán en cierta clase de insectos que viven bajo las cocinas. Éstos tienen el aspecto de un caracol en época de muda y se llaman *ch'u-t'o*. Al cabo de mil días se convierten en un pájaro llamado Huesos Secos Residuales. El espíritu de Huesos Secos Residuales se transforma en un insecto ssu-mi, y el ssu-mi se convierte en un Come Vinagre. Los yi-loes nacen de los Come Vinagres.

El Kuang Amarillo nace del insecto chiu-yu. El chiu-yu procede del mou-jui, el cual nace de los Gusanos de la Carne Podrida, que surgen del Novio de la Oveja.

Cuando los carneros logran aparearse con el Bambú Sin Retoños, nace la Tranquilidad de la Verde Primavera. La Tranquilidad de la Verde Primavera conduce a los viajes, y los viajes producen caballos. Los caballos generan seres humanos. Y los seres humanos al final dan una vuelta completa y regresan al «mecanismo». Todas las cosas provienen de este mecanismo y retornan a él.

Aprendiendo a vivir
[CAPÍTULO 19]

Cualquiera que haya comprendido la realidad de la vida, no intentará que la vida haga lo que no puede hacer. Cualquiera que haya comprendido la realidad del destino, no intentará que el «conocimiento» cambie lo que no puede cambiarse. Para alimentar la forma física, primero es necesario tener *cosas*. Pero hay quienes, a pesar de tenerlas de sobra, no son capaces de cuidar sus formas. Para tener vida es necesario no estar separado de la propia forma. Y, sin embargo, hay quienes han conservado sus formas, pero han olvidado la vida.

Cuando la vida llega no puedes rechazarla. Ni tampoco detenerla cuando se va. Es triste, pero cierto. En este mundo hay quienes piensan que para nutrir al perpetuo bebé de la vida basta con alimentar sólo la forma, pero el fruto de esta clase de nutrición no es la vida. En tal caso, ¿qué es lo que bastará? Aunque no puedan hacer lo suficiente, tampoco son capaces de no hacer nada. No pueden evitar hacer algo.

Para los que rechacen el hacer en beneficio únicamente de la forma, lo mejor es rechazar el mundo. Recházalo y te liberarás. Libre, podrás ser recto y estar en paz. Recto y en paz, estarás más vivo y más vivo seguirás.

¿Cómo es que basta con abandonar los asuntos mundanos y contentarse con la herencia de la propia vida? Abandona los asuntos mundanos y tu forma se liberará de

las ataduras. Conténtate con la vida y su esencia nunca disminuirá. Cuando tu forma sea completa y tu esencia sea eternamente como lo fue en un principio, te habrás convertido en una unidad con el cielo. El cielo y la tierra son el padre y la madre de todas las cosas; su reunión crea el cuerpo; su separación provoca el nacimiento. Cuando forma y esencia no se identifican, esto se llama ser capaces de progresar. Con una esencia más allá de la esencia, te vuelves como el cielo.

El maestro Lieh Tse dijo a Kuan Yin, el Guardián del Paso Fronterizo:

—La gente que ha «llegado allí» puede ir por debajo del agua sin ahogarse y andar sobre el fuego sin quemarse. Puede elevarse por encima de las diez mil cosas sin sentir miedo. Me gustaría preguntarte cómo logra llegar a ese punto.

—Lo hace conservando su *chi* puro —contestó Kuan Yin—. Pero no es algo que pueda aprenderse, como una habilidad, ni el resultado de la audacia. Quédate un momento y te lo explicaré.

»Todo lo que tenga una apariencia o un aspecto, todo cuanto produzca sonido o posea color, son *cosas*. Un cosa no puede ser demasiado distinta de otra. ¿Cuál tiene prioridad? Todas ellas son vivas apariencias.

»Pero aquel que crea las cosas no tiene forma y permanece en la quietud de lo inmutable. Ahora bien, a cualquiera que lo alcance y more únicamente en él, las cosas no podrán retenerle ni detenerle. Dicha persona podrá vivir en un lugar carente de excesos, ocultarse en un espacio ilimitado y pasear libre y tranquilamente desde el final hasta

el principio de las diez mil cosas. Será una unidad con el corazón con el que ha nacido, alimentará su *chi*, armonizará el poder de su virtud y *alcanzará* a aquel que crea las cosas. Sustenta y completa en su interior lo que ha nacido del cielo y nunca rechaza lo que pertenece al espíritu. ¿Cómo unas meras cosas podrían llegar a confundirle?

»De igual modo, un hombre borracho al caer de su carro quizá sufra contusiones, pero nunca llega a matarse. Sus huesos son como los de cualquiera, pero su caída es distinta, porque su espíritu se conserva entero: no es consciente de estar conduciendo un carro ni de caerse de él. El temor a la muerte no puede penetrar en su pecho, de modo que afronta las cosas sin ser presa del miedo. Si puede encontrarse tal plenitud en el vino, ¡cuánta más podrá uno extraer del cielo! El sabio reside en el cielo; allí nada puede lastimarle. Una persona así, aunque esté empeñada en vengarse, no descarga su ira en el arma de su enemigo, al igual que el hombre más irritable al ser golpeado por una teja no la culpará. Una persona así hará que la igualdad reine en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo y abolirá las sentencias de muerte o mutilación. Así actúa el Tao.

»No empieces con el cielo que uno pueda conocer, sino con el cielo del cielo. Empieza con este cielo y el Poder de la Virtud cobrará vida. Si empiezas con el cielo concebido por los hombres, aparecerán los ladrones. No oprimas al cielo ni desprecies al género humano, y la gente llegará a conocer lo que es verdadero.

Mientras Confucio salía de un bosquecillo que había en Ch'u, vio a un jorobado atrapando cigarras con la punta de

un bastoncillo con tanta soltura como si estuviera recogiendo moras.

—¡Un artista! —exclamó Confucio—. ¿Hay un Tao en ello?

—Yo poseo el Tao —contestó el jorobado—. Me he pasado cinco o seis meses sosteniendo dos bolitas de barro en la punta de mi bastón hasta lograr que no se cayeran. Al final sólo se me escapaban las cigarras más diminutas. Cuando conseguí sostener tres bolitas a la vez, sólo una entre diez podía huir. Después practiqué con cinco bolitas hasta conseguir que no se cayera ninguna. Al llegar a este punto fue como recoger moras. Ahora mi cuerpo se eleva como el tronco de un árbol muerto, el brazo extendido no es más que una de sus ramas. Aunque el cielo y la tierra sean grandes y las diez mil cosas sean muchas, todo cuanto conozco son las alas de las cigarras. ¿Cómo podría no atraparlas?

Confució, volviéndose hacia sus seguidores, dijo:

—«Usad el corazón indiviso del caballero. Y ahí cuajará el espíritu.» Este antiguo proverbio sin duda es aplicable a este caballero jorobado.

Entonces Yen Hui dijo a Confucio:

—Mientras cruzaba en Ch'ang-shen las violentas y peligrosas aguas, el barquero conducía la barca como un espíritu. Así que le pregunté: «¿Es posible aprender a manejar una barca de ese modo?». Y él contestó: «Sí, lo es. Muchos buenos nadadores poseen esta habilidad. Y también los buceadores. Pueden incluso hacerlo antes de haber visto una barca». Le pedí que fuera más explícito, pero no quiso. ¿Podrías tú explicármelo?

Confucio respondió:

—Muchos buenos nadadores pueden hacerlo porque se han olvidado del agua. En cuanto a los buceadores capa-

ces de conducir una barca incluso sin haberla visto nunca, ven las violentas y peligrosas profundidades del mismo modo que tú verías un camino de carro de las tierras altas. Y una barca volcada es para ellos lo mismo que para ti un carro encallado. Encallado o volcado, cuando es algo que has visto ya miles de veces, no te impresiona. De modo que puedes seguir avanzando sin tener miedo.

»Cuando un arquero dispara porque sí —continuó Confucio—, puede hacer gala de una gran habilidad; pero si dispara para ganar una hebilla de bronce, intentará no ponerse nervioso y apuntar bien. Y si el premio consiste en el atractivo oro amarillo, se cegará. Su habilidad es la misma, pero a medida que su atención se va fijando más en el premio, se inmiscuye lo exterior. Cuando lo exterior se inmiscuye, lo interior puede perturbarse.

Cuando T'ien K'ai-chih obtuvo una audiencia con el duque Wei de Chou, el duque dijo:

—He oído que Chu Hsien ha hecho del vivir un estudio. Tú que has estado al tanto de lo que pasa en su casa, ¿qué has oído?

—Me he dedicado a poco más que a coger la escoba para barrer su patio. ¿Qué puedo haber aprendido de él?

—No seas tan humilde —le dijo el duque Wei pinchándole para que hablara—. Soy todo oídos.

K'ai-chih respondió:

—He oído al maestro decir: «Saber vivir bien es como ser un buen pastor que se mantiene atento a las ovejas rezagadas y las azuza para que regresen al rebaño».

—¿Qué significa? —preguntó el duque Wei.

—En Lu —dijo K'ai-chih— había una persona llamada Shan Pao que vivía bajo un saliente de las montañas y no bebía más que agua. No mantenía ningún trato social con la gente. A los setenta años seguía teniendo el cutis de un bebé. Por desgracia, un tigre hambriento dio con él y lo devoró.

»También estaba allí Chang Yi. No había ninguna mansión o humilde cabaña que diera una fiesta a la que él no asistiera. A los cuarenta años sufrió una violenta fiebre y murió.

»Shan Pao sólo se interesaba por las cosas interiores y un tigre se comió su exterior. Chan Yi sólo se interesaba por las cosas exteriores y una violenta fiebre consumió su interior. De estos dos maestros podría decirse con razón: "Él no azuzó a sus ovejas rezagadas".

»Confucio dijo: "¿Esconder lo que hay en el interior como si fuera un tesoro, intentar destacar como el brillante sol, o permanecer justo en medio de los dos extremos, sobre las dos piernas, sólido como un árbol, aquí-y-ahora? El tercer proceder te conducirá sin duda a tener fama de extremista".

»Ahora bien, cuando la gente se prepara para viajar por un peligroso país del que se dice que un hombre de cada diez puede ser atacado, los padres y los hijos, los hermanos mayores y los pequeños, empuñarán la espada y la alabarda y reunirán a un grupo de hombres armados antes de salir. ¿No es eso un proceder inteligente? Pero lo que la gente debería también reconocer como peligroso son cosas como tumbarse en sus esterillas, comer o beber. Y, sin embargo, al realizarlas, la gente se olvida de armarse con el conocimiento. Y ahí está el error.

El Sacerdote del Sacrificio Ancestral se puso el sombrero negro de corte cuadrado y las túnicas de su oficio, se dirigió a la pocilga y dijo a los cerdos:

—No tengáis miedo de la muerte. Os alimentaré con granos selectos durante tres meses, yo mismo ayunaré rigurosamente durante diez días y os velaré con esmero durante tres. Luego extenderé las esterillas blancas y ofreceré vuestros jamones y paletillas sobre el pedestal delicadamente tallado de los sacrificios. Os lo habréis pasado muy bien, ¿no os parece?

Ahora bien, si considerases la cuestión desde el punto de vista de los cerdos, dirías: «Prefiero comer paja y salvado y vivir en la pocilga». Pero si lo miras desde tu punto de vista quizá pienses: «Si puedo tener en la vida una noble posición y ser condecorado en mi funeral, qué más quiero», ¿no es cierto? Lo que no le aconsejarías a un cerdo lo elegirías para ti. ¿En qué te diferencias de él?

Mientras el duque Huan se dirigía en su carruaje a una partida de caza junto a los pantanos, con Kuan Chung como cochero, vio un fantasma. Cogiendo la mano de Kuan Chung, gritó:

—¡Padre Chung! ¿Ves algo?

—Tu sirviente no ve nada.

El duque regresó a su palacio parloteando como un desaforado durante todo el viaje. Cayó enfermo y permaneció en sus cámaras durante varios días.

Entre los caballeros ilustrados de Ch'i, se encontraba cierto Huang-tzu, el Audaz Hablador. Éste dijo:

—Señor, te estás lastimando a ti mismo. ¿Acaso un fan-

tasma tiene poder para hacer daño a un duque? Cuando el almacén de *chi* se agota, se dispersa y no se renueva, uno no tiene ya fuerzas para nada. Si el *chi* asciende y no vuelve a descender, uno tenderá a encolerizarse. Si desciende y no vuelve a subir, olvidará las cosas. Pero cuando no asciende ni desciende y se queda justo en el centro del cuerpo, el *chi* controla el corazón y la mente, y es entonces cuando se enferma.

—Pero ¿estas cosas son como fantasmas? —inquirió el duque Huan.

—Lo son. El *li* vive en la tierra. La cocina tiene su *chi*. En el montón de cosas abarrotadas que hay en el interior de la entrada reside el *lei-t'ing*. Por allá abajo, en el rincón del noreste, se pasean el *pei-a* y el *kuei-lung*, y en el noroeste vive el *yi-yang*. En el agua encontrarás *kang-siangs*; en las colinas, *hsins*; en las montañas, el *k'uei*; en los agrestes parajes, el *p'ang-huang*; y en los pantanos, los *wei-t'os*.

El duque preguntó:

—¿Qué aspecto tiene un *wei-t'o*?

—Es tan grande como el cubo de las ruedas de un carro —dijo Huang-tzu— y tan alto como su eje. Lleva túnicas púrpura y un sombrero rojo. Detesta oír el estruendo de los carruajes. Cuando los oye, se tapa los oídos con las manos y se yergue. Quienquiera que lo vea está destinado a convertirse en el cacique.

Encantado, el duque Huan sonrió abiertamente y dijo:

—¡Eso fue lo que vi!

Arreglándose la túnica y el sombrero, se incorporó sobre la esterilla que había junto a Huang-tzu. Antes de acabar el día, sin siquiera darse él cuenta, su enfermedad había desaparecido.

Chi Hsing-tzu estaba entrenando un gallo de pelea para el rey. Al cabo de diez días el rey le preguntó si estaba ya preparado para combatir:

—Todavía no —dijo Chi Hsing-tzu—. Aún es muy vanidoso y confía en su propio *chi*.

Diez días más tarde, se lo volvió a preguntar.

—Todavía no. Aún se enfurece cuando oye o ve a otra ave.

Al cabo de diez días se lo preguntó de nuevo.

—Todavía no. Aún tiene esa mirada iracunda y rebosa de *chi*.

Diez días más tarde le formuló la misma pregunta.

—Ahora ya está casi listo. Cuando canta otro gallo, sus ojos ni siquiera parpadean. Se mantiene tan inmóvil que parece de madera. Cuando el poder de su virtud esté completo, ningún oponente se atreverá a combatir con él. Todos echarán a correr.

Confucio estaba contemplando las cataratas de Lu-Liang, sus aguas se precipitaban desde cerca de unos cien metros de altura sobre unos espumosos rápidos de unos cuarenta *li* de largo. Ni siquiera los peces, las tortugas o cualquier otro animal acuático podían nadar allí, de modo que cuando Confucio vio a un hombre nadando, supuso que estaba intentando acabar con su amarga vida. Envió a sus discípulos río abajo para que intentaran rescatarlo, pero no habían dado ni siquiera cien pasos, cuando el hombre salió del agua, con el pelo goteando, y se dirigió a la orilla cantando.

Confucio lo alcanzó y le dijo:

—Te había tomado por un espíritu, pero ahora veo que eres un hombre. ¿Puedo preguntarte si hay un Tao en tu forma de fluir con el agua?

—Me pierdo en ella —dijo—. No poseo Tao alguno. Nací para ello. Esta facultad creció en mí hasta convertirse en mi naturaleza y ahora es mi destino. Entro en el remolino y salgo de él. Sigo el Tao del agua, sin hacer nada por mí mismo. Así es como fluyo con el agua.

—¿A qué te refieres al decir: «Nací para ello. Esta facultad creció en mí hasta convertirse en mi naturaleza y ahora es mi destino»? —preguntó Confucio.

—Nací en la tierra y me crié conociendo la seguridad que me proporcionaba. Así es como nací para ello. Crecí en el agua y aprendí a sentirme seguro en ella, ésa es mi naturaleza. No sé cómo puedo hacer lo que hago, pero puedo hacerlo. Ése es mi destino.

Ch'ing, el artesano tallista, se dedicaba a tallar soportes de campanas con maderas preciosas. Cuando terminaba uno, todos cuantos veían su obra quedaban asombrados, como si hubieran visto un fastasma o un espíritu.

El marqués de Lu vio uno de ellos y le preguntó:

—¿Qué artes mágicas has empleado para hacer esta talla?

—Tu sirviente no es más que un artesano —contestó Ch'ing—. ¿Qué artes podría tener? Pero aun así, mientras hago las tallas, unifico mi corazón. Cuando voy a hacer un soporte de campana, no dejo que empiece a roer mi *chi*. Ayuno para clarificar mi corazón y mi mente. Después de tres días de ayuno, me he olvidado ya de los halagos o las

recompensas. A los cinco días, dejo de pensar en los honores o las críticas, en la habilidad o en la torpeza. Al cabo de siete días, he olvidado que tengo cuatro extremidades y una forma corporal. En ese momento todo pensamiento acerca de ti, noble señor, y de la corte se ha desvanecido. Mi arte es todo lo que queda. Nada hay que me distraiga. Entonces me dirijo al bosquecillo de la montaña y contemplo la naturaleza celestial... y aparece la forma perfecta; después veo el soporte de la campana, y es precisamente en ese instante cuando empiezo a poner manos a la obra. Y si no surge la forma deseada, no surge. Me limito a armonizar la naturaleza con la naturaleza. Por eso la gente sospecha la presencia de un espíritu.

Tung-ye Chi hacía gala de su destreza como auriga del duque Chuang. Al avanzar y retroceder, se movía en una línea tan recta que parecía que la hubiera trazado con la regla de un carpintero. Al girar a la izquierda o a la derecha, sus curvas eran tan suaves como si se hubieran trazado con un compás. El duque creía que superaba incluso al legendario Tsao Fu, y ordenó que después de terminar los cien circuitos de la carrera acudiera al palacio.

Yen Ho vio a Tung-ye Chi dando vueltas y entró para solicitar una audiencia con el marqués.

—Los caballos de Chi están a punto de reventar —declaró.

El duque se reservó su opinión y no contestó. Pero mientras Yen Ho seguía aún con él, apareció Chi para comunicar que sus caballos se habían desplomado.

El duque, volviéndose hacia Yen Ho, le preguntó:

—¿Cómo lo sabías?

—Los caballos estaban agotados, pero él seguía obligándolos a correr. Por eso dije que reventarían.

Ch'ui, el artesano, podía trazar una línea tan recta como la de un cordel tenso y dibujar un círculo tan perfecto como el del compás porque dejaba que su mano cambiara con el cambio de las *cosas* y no permitía que su corazón y su mente se distrajeran. Mantenía la morada de su espíritu unida, pero sin restringirla.

Si el zapato se adapta, uno se olvida de sus pies. Si el cinturón se adapta, uno se olvida de su estómago. Cuando el corazón y la mente se adaptan, el conocimiento puede olvidarse de lo correcto y lo incorrecto. Si lo que hay en tu interior no puede hacerte cambiar, ni lo que hay en el exterior obligarte a perseguir nada, en tal caso eres apto para la tarea. Empieza por lo que se adapta, nunca dejes que no se adapte, y podrás olvidarte de la adaptación.

Sun Hsiu se plantó ante la puerta del maestro Pien Ch'ing-tzu y gritó:

—Cuando vivía en el pueblo nadie dijo nunca que no fuera un laborioso agricultor; en época de guerra nadie dijo nunca que no fuera valiente. Sin embargo, cuando cultivé las tierras jamás conocí a un buen agricultor, y cuando serví a mi príncipe jamás obtuve un ascenso. Ahora todo el pueblo me desprecia y las autoridades de la región me han echado. ¿Qué he hecho para merecerlo? ¿Cómo he podido sufrir este destino?

—¿Nunca has oído cómo viven los que «llegan *allí*»? —le preguntó el maestro Pien—. Olvidan que tienen un hígado y una vejiga. Dejan atrás sus ojos y oídos. Vagando como si estuvieran perdidos en una selva más allá del polvo de este mundo, se pasean sin ningún deber. Esto se conoce como «actuar sin enorgullecerse, nutrirse hasta madurar, pero sin poseer nada». Pero tú luces tu conocimiento a modo de diadema para impresionar al ignorante y te cultivas para parecer iluminado ante los malvados... brillando como si llevaras en tus manos el sol y la luna.

»A ti aún no te falta nada —continuó—. Tu forma es completa y tiene los nueve orificios necesarios. Has progresado en el camino sin toparte con ningún tipo de sordera, ceguera, cojera ni deformidad. Comparado con la mayoría de los humanos eres una persona afortunada. ¿Qué ganas quejándote de tu destino? ¡Vete!

Sun Hsiu se fue y el maestro Pien entró en su casa. Después de quedarse sentado un rato, miró hacia los cielos y suspiró.

Sus discípulos le preguntaron:

—¿Por qué suspira nuestro maestro?

Pien contestó:

—Acaba de venir Hsiu y le he hablado del Poder de la Virtud de los que han llegado *allí*. Ahora tengo miedo de haberle sumido en la confusión.

—¡No es posible! ¿Acaso Sun Hsiu tenía razón? ¿Acaso lo que nuestro maestro dijo no era correcto? Lo incorrecto no puede confundir a lo correcto. Y si lo que Sun Hsiu dijo era incorrecto y lo que nuestro maestro ha dicho era correcto, en tal caso ya estaba confundido y tú no tienes la culpa.

—No es así —replicó el maestro Pien—. En la antigüedad había un pájaro que se posó en el interior de las murallas de la ciudad de Lu. El príncipe de Lu lo recibió ofreciéndole un gran sacrificio y ordenó interpretar la música del Chiu Shao para alegrarle. Pero el ave se fue entristeciendo, se le apagaron los ojos y se negó a comer y a beber. Esto es lo que se llama tratar a un ave como a uno mismo le gustaría ser tratado. Si quieres tratar a un pájaro como a un pájaro, déjalo anidar en un bosquecillo o flotar sobre un río o un lago y comer serpientes si lo desea. Ofrécele un lugar seguro y se sentirá satisfecho.

»Este Hsiu es un hombre de palabras honestas pero de poca experiencia. Y ahora le he hablado del Poder de la Virtud de los que han llegado *allí*. Es como agasajar a un ratón paseándolo en carroza o como ofrecer a una codorniz que vive en la selva el sonido sagrado de campanas y tambores. ¿Cómo podría él no haberse asustado?

El árbol de la montaña
[CAPÍTULO 20]

Mientras Chuang Tse viajaba por las montañas vio un árbol enorme de exuberantes ramas y frondosas hojas. Cuando un leñador, después de contemplarlo detenidamente, decidió no cortarlo, Chuang Tse le preguntó por qué.

—Su madera no es buena.

—Este árbol —dijo entonces Chuang Tse—, gracias a que su madera no sirve para nada, vivirá todos los años de su vida.

Al salir de las montañas el maestro se detuvo en una cabaña de un viejo amigo. Encantado, éste ordenó a un sirviente sacrificar y cocinar un ganso.

—Hay un ganso que cacarea —dijo el sirviente— y otro que no. ¿Cuál sacrifico?

—Sacrifica al que no cacarea —contestó el anfitrión.

Al día siguiente los discípulos de Chuang Tse le preguntaron:

—El árbol de ayer de aquella montaña vivirá todos sus años de vida porque es inútil. Pero al ganso de nuestro anfitrión lo cocinaron porque no servía para nada. ¿Qué opinas de ello, maestro?

Chuang Tse rompió a reír.

—¿Debería mantenerme en un punto medio entre la utilidad y la inutilidad? Aunque parezca ésta la respuesta adecuada no lo es, porque «allí» no podrás evitar llamar la atención. Pero eso no ocurrirá si posees el carruaje del Tao

y el poder de su virtud. De ser así caminarás sin rumbo o vagarás por donde no hay alabanza ni culpa. Sé un dragón. Sé un gusano. Cambia con cada estación. No necesitas especializarte en nada. Aunque te eleves o desciendas, la armonía será tu medida. Podrás caminar sin rumbo o vagar con el ancestro de las diez mil cosas, siendo una entre ellas, sin tratarlas como meras cosas. Si es así, ¿cómo podrás atraer la atención? Moverse como el agua es el método de Shen Nung y del Emperador Amarillo. De nada te sirve ponerte nervioso tratando las cosas como si estuvieran fuera de ti mismo o esforzarte en encontrar códigos de conducta. Si eliges ese camino, la unión sólo te conducirá a la separación; la culminación, a la destrucción; lo útil, a la complicidad, y lo inútil, al engaño. Después de todo, ¿qué es lo que vale la pena conseguir? ¿Qué dejarías que te destrozara el corazón? ¿Acaso hay algo a lo que aferrarse? Es triste, pero si no lo tenéis aún en vuestros corazones, mis jóvenes caballeros, construid allí el hogar del Tao y el poder de su virtud.

Cuando I-liao, de Shih-nan, obtuvo una audiencia del príncipe de Lu, notó que tenía una expresión desdichada:

—Príncipe, te veo apesadumbrado, ¿qué te ocurre?

—He estudiado el Tao de los antiguos monarcas —respondió el príncipe— y cultivado el camino de los príncipes de antaño. He mostrado respeto por los espíritus de los antepasados y honrado a los hombres valiosos. Los he seguido como si fueran mis propios padres y nunca he vivido separado de ellos. Aun así, por lo visto no puedo evitar la desgracia. Por eso me siento tan desdichado.

—Las artes que mi señor practica para evitar la desgracia son muy superficiales —le contestó el maestro Shihnan—. El zorro cubierto de pelaje y el leopardo con manchas viven en los bosquecillos de la montaña o se ocultan en la cuevas de los precipicios. Permanecen inmóviles, se mueven por la noche y durante el día se quedan en la madriguera. Incluso cuando están hambrientos y sedientos se mueven furtivamente, deslizándose sólo por senderos ocultos junto a ríos y lagos para cazar a sus presas. Sin embargo, a pesar de ello, no pueden evitar la desgracia de caer en una red o una trampa. ¿Y qué culpa tienen? Son sus hermosas pieles las causantes de su desgracia.

»¿Y no es cierto que ahora —prosiguió— el estado de Lu es el pelaje de mi príncipe? Quiero que te desprendas de él, que limpies cualquier deseo de tu corazón y vagues por la selva donde no haya nadie. Al sur de Yueh hay una ciudad llamada el Reino de la Virtud Inquebrantable. Sus habitantes son ignorantes y sencillos, nada egoístas y carecen de deseos. Saben producir, pero no acaparar; dar, pero no recibir. Ignoran dónde encaja la "rectitud". Desconocen la utilidad del ritual. Avanzan como hombres locos y mujeres salvajes transitando por el Gran Sendero. Los nacimientos les causan felicidad. Entierran a sus muertos. Quiero que abandones este país, que te liberes de sus costumbres. Toma el camino que conduce hasta "allí" y síguelo.

—Ese camino es largo y peligroso —dijo el príncipe—. Está lleno de montañas y ríos y no poseo un carruaje ni una barca.

—Si dejas de morar en la altivez —dijo el maestro Shihnan— y abandonas la artificialidad, eso solo ya te servirá como medio de transporte.

—Pero en el oscuro bosque no hay nadie. ¿Quién será mi vecino? ¿Dónde podré adquirir provisiones? ¿Cómo podré comer? ¿Cómo lograré incluso *llegar allí*?

—Si reduces tus gastos —contestó el maestro Shih-nan— y disminuyes tus deseos, no necesitarás ni siquiera provisiones. Puedes vadear a pie los ríos y vagar sin rumbo hasta ser capaz de mirar las aguas sin ver nunca la otra orilla. No te detengas, sigue avanzando y nunca verás el final. Los que vengan a despedirte quizá dejen la orilla y se apresuren a regresar a su casa, pero mi señor en realidad llegará muy lejos. Aquel que es dueño de la gente está atado; aquel que pertenece a alguien es desgraciado. Por tanto, Yao, el Sabio, no poseía hombre alguno ni era posesión de nadie. Sólo deseo que no tengas ataduras, que te liberes de la infelicidad, para poder vagar con el Tao hacia la Gran Vacuidad.

»Si estás cruzando el río en una canoa y un bote vacío choca con ella, por muy irritable que seas, no te enfadarás. Pero si en el bote hay alguien y le gritas para que se aparte y esa persona no te oye, volverás a gritarle. Y si no te hace caso, le gritarás por tercera vez y empezarás a maldecir. En el primer caso no te habrías enfadado, pero ahora sí. Antes el bote estaba vacío. Ahora está lleno. Si mi señor se vacía antes de pasear por el mundo, ¿quién podrá hacerle daño?

Confucio fue cercado en la frontera entre Ch'en y Ts'ai, y durante siete días se quedó sin leña para cocinar. T'ai-kung Jen fue a consolarle:

—Poco te ha faltado para morir, ¿no es cierto?

—Así es.

—Odias la muerte, ¿no?

—Así es —repitió Confucio.

—Déjame intentar decirte cómo evitar morir —dijo Jen—. En el Mar del Este hay un ave llamada Pájarobobo que no parece un ave. Siempre está con las plumas erizadas y mudando, y por lo visto no tiene ninguna aptitud. Este tipo de aves deben ayudarse unas a otras incluso para volar y, al posarse, sostenerse entre ellas. Ninguna se atreve a encabezar la bandada cuando se desplazan ni a quedarse rezagada al cambiar de lugar. Cuando comen, ninguna quiere ser la primera, todas prefieren las sobras. Como ninguna se separa de la bandada, nadie puede hacerles daño. Así es como eluden la desgracia.

»Como dicen —continuó—, "el árbol derecho es el primero en ser talado, el pozo de agua dulce, el primero en ser vaciado". Tu intención ha sido lucir tu sabiduría como una diadema para impresionar al ignorante y cultivarte para que los demás crean que estás iluminado. Brillas y destellas como si llevaras el sol y la luna en las manos. Por eso no puedes evitar los problemas.

»Hace mucho tiempo escuché a un hombre realizado decir: "Enorgullecerse de sí mismo no tiene valor alguno. Cuando se alcanza el éxito, empieza a decaer; una vez se obtiene la fama, comienza a disminuir". ¿Quién puede liberarse del éxito y la fama y regresar a la masa común de los hombres? Este tipo de persona fluye con el Tao sin ser vista. Llega a su destino sin convertir la fama en su hogar. Sencilla y constante, casi como un loco, borra sus huellas y barre su influencia. No persigue el éxito ni la fama. Y, por tanto, no culpa a los demás ni los demás le culpan. Nunca se oye hablar de aquel que ha llegado *allí*. ¿Por qué quieres entonces ser famoso?

—¡No es tan bueno como creía! —exclamó Confucio.

Tras despedirse de sus compañeros de viaje, mandó a sus discípulos a casa y se dirigió al Gran Pantano. Una vez allí se cubrió con pieles, ató su cabello con una tira de tela y se alimentó de bellotas y castañas. Cuando vagaba entre los animales, las manadas no huian, cuando paseaba entre las aves, las bandadas no echaban a volar. Si ni los pájaros ni los animales salvajes lo despreciaban, ¿podría acaso hacerlo la gente?

Confucio preguntó al maestro Sang-hu:

—Me han echado de Lu por segunda vez. En Sung intentaron aplastarme derribando un árbol. Cuando me fui de Wei tuve que borrar mi rastro. En Shan y Chou viví en la mayor miseria. En la frontera entre Ch'en y Ts'ai fui cercado. Desde que he sufrido estas desgracias pienso que no estoy tan bien relacionado como creía. Mis amigos y discípulos se están desperdigando. ¿Por qué me ocurre todo esto?

—¿Eres el único —preguntó el maestro Sang-hu— que no ha oído la historia de Lin Hui? Cuando huyó al caer la ciudad estado de Chia, tiró el precioso sello de jade que representaba su rango y valía mil monedas de oro, y se echó a la espalda a su hijo pequeño. Alguien dijo: «Si tenemos en cuenta el valor económico, un niño pequeño ni siquiera vale un rollo de tejido y además da mucho más trabajo, pero tú arrojaste el jade y te llevaste a tu hijo. ¿Por qué?». Lin Hui respondió: «El sello y yo estábamos unidos sólo por la ganancia, en cambio mi hijo y yo estamos unidos por el cielo. Las cosas unidas por la ganancia, cuando se topan con la pobreza, la desgracia, las calamidades o con la amenaza de un daño físico, se abandonan una a otra. Pero lo que el «cielo» ha unido, al sufrir la pobreza, la desgracia,

las calamidades o la amanaza de un daño físico, se unirán más aún. Abandonarse una a otra o unirse son en verdad dos cosas muy distintas.

»La amistad de un caballero —continuó el maestro Sang-hu— es como el agua fresca; la amistad de un hombre trivial es como el vino dulce. La conversación de un caballero produce un fuerte afecto, en cambio, la dulzura del hombre trivial es empalagosa y se vuelve cada vez más separadora. Quienes se unan sin una buena razón, se separarán por lo mismo.

—Acepto respetuosamente tus instrucciones —dijo Confucio, y con paso vivo y ligero y actitud serena se fue a casa. Abandonó sus estudios y regaló sus libros. Sus discípulos dejaron de inclinarse ante él, pero el afecto que les inspiraba aumentó.

Otro día el maestro Sang-hu dijo:

—Cuando Shun estaba a punto de morir, aconsejó a Yu: «Sé cauteloso. En cuanto a la forma, déjala seguirte, y en cuanto a los sentimientos, déjalos ir a donde sean llevados. Lo que sigue no se deja atrás, y lo que va hacia donde es llevado no es fustigado. Si no te quedas atrás ni eres fustigado, no dependerás del estudio para sostener tu forma, y cuando no dependas de él para sostener tu forma, no dependerás sin duda de las cosas.

Chuang Tse remendó su viejo abrigo con algunos pedazos de tela basta, se ató las sandalias con un cordel de cáñamo y fue a ver al rey de Wei.

—El viejo maestro vive en una gran aflicción, ¿no es cierto? —le dijo el rey.

—Es pobre, pero no está afligido —contestó Chuang Tse—. Cuando alguien posee el Tao y el poder de su virtud pero no lo practica, de esa persona puede decirse que padece aflicción. Pero cuando tu ropa está gastada y tus zapatos rotos, no significa estar agotado, sino sólo ser pobre. Es simplemente lo que yo llamo «no haber encontrado aún el momento propicio». ¿Es el rey el único que nunca ha visto a un mono trepar alto? Cuando éste se encuentra en un gran cedro, una catalpa o en el árbol del alcanfor, saltará de rama en rama, dominándolo todo con la mirada, y ni siquiera un famoso arquero como Yi o P'eng Meng podría acertar en su cuerpo. Pero si sólo puede encaramarse a una zarza o a una espinosa morera, se moverá con tanta cautela como un hombre por un precipicio, mirando a un lado y a otro, y temblando de miedo. No es que sus músculos y huesos se hayan tensado de ansiedad, sino que el terreno no es el adecuado. No tiene suficiente base para demostrar aquello que es capaz de hacer.

»Ahora bien, si un hombre habitara en un lugar en el que sus superiores vivieran en la confusión y fuera atendido por turbulentos traidores, aunque quisiera no mostrarse afligido, ¿cómo podría? ¿No es cierto? Eso fue lo que provocó que a Pi Kan le arrancaron el corazón.

Cuando Confucio se vio obligado a vivir en la más extrema pobreza en la frontera entre Ch'en y Ts'ai, pasando siete días sin ni siquiera tener leña para cocinar, se apoyó con su mano izquierda en un árbol que se estaba pudriendo, y golpeando con su mano derecha una rama seca, llevando el ritmo cantó «El Señor de Piao». Aunque no pudiera afinar su instrumento y la voz no alcanzara ninguno de los modos clásicos

prescritos, el sonido de la madera y su voz, como si fuera el sonido de un arado removiendo la tierra, penetraron directamente en el corazón de sus discípulos.

Yen Hui, rodeándose el pecho con los brazos, se volvió hacia él para escrutar su expresión. Confucio se preocupó pensando que Hui pudiera admirarle demasiado y se hiciera daño a sí mismo.

—Hui —le dijo—, es fácil evitar ser lastimado por el cielo, pero difícil evitar ser favorecido por el género humano. No hay un comienzo sin un final. El género humano y el cielo son uno. ¿Quién ha sido pues, ahora, el que ha estado tocando?

—Me gustaría preguntarte —dijo Hui— qué significa «es fácil evitar ser lastimado por el cielo».

—El hambre, la sed, el frío y el calor, vivir en la pobreza y tener el camino cerrado son obra del cielo y la tierra. Es precisamente el fluir de las cosas. Cuando decimos «todo pasa», nos estamos refiriendo a ellas. Un ministro del estado no abandona a su señor. Si es así, ¡cuánto más fieles deberán ser los sirvientes del cielo!

Entonces Hui preguntó:

—¿Qué significa «es difícil evitar no ser favorecido por el género humano»?

—Cuando tienes un empleo, todo te llega. El rango y la riqueza vienen juntos como si fueran inagotables. Es la cosecha de las cosas, pero no tiene nada que ver con el yo. El destino real de una persona está más allá de ello. Un caballero no es un bandido. Un hombre valioso no es un ladrón soplón. Pero si deseo cosas, ¿qué soy yo?

»Por tanto, se dice: "No hay pájaro más sabio que la golondrina". Sus ojos no se posarán dos veces en un lugar inapropiado. Aunque caiga allí el fruto del que se alimenta,

se irá abandonando el lugar. Teme a la gente, pero anida entre ella al encontrar la seguridad en los aleros, y la comida en los altares dedicados a la tierra y a las cosechas.

Hui preguntó:

—¿Qué significa «no hay un comienzo sin un final?»

—Las diez mil cosas cambian —dijo Confucio—, pero ignoramos qué es lo que las hace cambiar. Si es así, ¿cómo podemos saber cómo acabarán? ¿De dónde surgen? Simplemente sé recto y espéralas. Eso es todo.

—Pero ¿qué significa «el género humano y el cielo son uno»?

Confucio respondió:

—El género humano existe porque hay un cielo. Y el cielo existe porque hay un cielo. Que los humanos no podamos poseer el cielo es simplemente nuestra naturaleza. El sabio deja serenamente que su cuerpo vaya cambiando hasta agotar el hilo de su vida. Eso es todo.

Mientras Chuang Tse paseaba en Tiao-ling por el parque de un noble, vio a un extraño arrendajo llegando del sur. Sus alas medían dos metros de largo y sus ojos tenían el tamaño de una mano. Estuvo a punto de chocar contra Chuang Tse y le rozó la frente antes de posarse en un castañar.

—¿Qué clase de pájaro es ése? —gritó Chuang Tse—. ¡Tiene unas alas gigantescas pero se mueve con torpeza; tiene unos ojos enormes pero apenas puede ver! —Sé remangó la túnica, se apartó y, levantando la ballesta, apuntó.

Justo en aquel momento advirtió que una cigarra había encontrado un lugar sombreado y agradable en el que descansar. Cerca de allí, una mantis religiosa levantaba sus pin-

zas para atrapar a la cigarra. Al concentrarse en su presa la mantis religiosa se había olvidado de sí misma. El extraño arrendajo observaba la situación para aprovecharse de ella, pero había olvidado su propia situación.

—¡Aiiee! —exclamó Chuang Tse— ¡Qué unidas van las cosas! Todos estos diferentes seres están unidos en esto.

Cuando ya había bajado la ballesta y estaba dándose la vuelta para irse, uno de los guardas forestales del noble llegó corriendo hacia él para reprenderle.

Tras volver a su casa, Chuang Tse se negó durante tres largos meses a salir al patio a conversar con sus estudiantes. Lin Chu entró y le preguntó:

—¿Por qué no quieres recibirnos más en el patio?

—Queriendo beneficiar mi propia forma, casi llego a olvidarme de mí mismo —contestó Chuang Tse—. Al contemplar aguas fangosas, he creído ver una transparente charca. He oído a Lao Tse decir: «Cuando vayas donde los hombres corrientes van, compórtate como ellos». Hace precisamente un momento, mientras paseaba por Tiao-ling, he llegado a olvidarme de mí mismo. Cuando el extraño arrendajo pasó rozando mi frente, vagaba por el castañar habiendo olvidado esas verdades. El guarda forestal del castañar me tomó por un cazador furtivo y estuvo a punto de cortarme las alas. Por eso no salgo a dar enseñanzas.

Cuando Yang Chu estaba viajando por Sung, pasó la noche en una posada. El posadero tenía dos concubinas, una era bella, y la otra, fea. La fea era su favorita; la bella no contaba con su apoyo. Yang Chu preguntó a un sirviente por qué era así y éste le contestó:

—La bella es consciente de su belleza, pero nosotros no la observamos en ella. La fea acepta su fealdad, pero nosotros no vemos en ella nada feo.

—¡Discípulos, tomad nota! —declaró Yang Chu—. Sed valiosos, pero abandonad el pensamiento de que lo sois. Porque si os conducís así, ¿en qué lugar no os amarán?

El conocimiento vagó hacia el norte
[DEL CAPÍTULO 22]

El conocimiento vagó hacia el norte por las misteriosas aguas oscuras y trepó hasta la loma de las Cumbres Ocultas, y allí se encontró con No-Hagas-Nada No-Digas-Nada y le dijo:

—Hay algunas cosas que me gustaría preguntarte. Antes de aprehender el Tao, ¿en qué piensa la mente y sobre qué se preocupa? ¿Dónde, bajo qué forma puedo encontrar la paz en el Tao? ¿Qué camino he de seguir para alcanzarlo?

No-Hagas-Nada No-Digas-Nada no respondió a sus tres preguntas. No sólo no respondió, sino que ni siquiera las conocía.

Al no obtener respuesta, el Conocimiento regresó al sur de las rutilantes Aguasblancas y ascendió hasta el Pico Fin de la Duda. Allí se encontró con Boca Loca y le preguntó lo mismo.

—¡Oh! Tengo la respuesta —exclamó Boca Loca—. Pero siempre que empiezo a decirla, ¡olvido lo que iba a decir!

Al no recibir respuesta alguna fue al Palacio Imperial y tras obtener una audiencia con el Emperador Amarillo, le hizo las mismas preguntas.

—¡No pienses en nada! —le respondió el Emperador Amarillo—. No te preocupes por nada. Y empezarás a conocer el Tao. No vivas en ningún lugar, no te aferres

a forma alguna, y descansarás en el Tao. Cuando no sigas camino alguno ni sepas nada, empezarás a alcanzarlo.

El Conocimiento respondió:

—Tú y yo sabemos esto, pero los otros dos no lo sabían. ¿Quién está en lo cierto y quién no lo está?

El Emperador Amarillo replicó:

—¡No-Hagas-Nada No-Digas-Nada tenía razón! Boca Loca parecía estar en lo cierto. En cuanto a nosotros, ni siquiera estamos cerca de la verdad. Aquel que sabe no habla, aquel que habla no sabe. Por eso los sabios de antaño enseñaban sin palabras. El Tao no puede obtenerse. El Poder de la Virtud no puede obtenerse. La bondad puede perdurar, pero la rectitud es un error y el ritual un mutuo engaño. Por eso se dice: «Cuando se pierde el Tao, se venera el Poder de la Virtud; cuando se pierde el Poder de la Virtud, surge la bondad; después de la bondad, sólo queda la rectitud; y cuando ésta desaparece, aparecen los ritos, la flor que cae del Tao, el rostro del caos». Y también se dice: «Al practicar el Tao, pierdes algo cada día. Perdiéndolo día a día, llegas a no hacer nada. Y entonces nada queda por hacer». Una vez convertidos en cosas, ¿cómo podrá ser difícil regresar a casa, al origen? A aquel que es grande, quizá le resulte fácil.

»La vida sigue a la muerte —continuó—. La muerte engendra la vida. ¿Quién sabe de dónde surge el origen del yo? La vida humana es una acumulación de *chi*. Reúne el *chi*, y eso es la vida. Dispérsalo, y eso es la muerte. La vida y la muerte son como discípulos. Se siguen una a la otra. ¿Acaso puede alguna llamarse una desgracia? Las diez mil cosas son una en esto. Lo grande y lo bonito es llamado maravilloso, y lo feo, despreciable. Pero las cosas despreciables se transforman en maravillas, y las maravillas se vuelven despreciables en un momento dado. Por consi-

guiente, se dice: "Compréndelo: todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo constituye un *chi*. Así, el sabio ensarta todas las cosas como si formaran un collar de conchas".

El Conocimiento preguntó al Emperador Amarillo:

—Cuando se lo pregunté a No-Hagas-Nada No-Digas-Nada, no me respondió. Se quedó callado, ni siquiera conocía la respuesta. Y cuando se lo pregunté a Boca Loca, empezó a decírmelo pero no pudo terminar. No es que no me lo dijera, pero en medio de la conversación, se olvidó de lo que iba a decirme. Pero cuando te lo he preguntado a ti, sabías la respuesta. ¿Cómo puedes decir que «ni siquiera estamos cerca de la verdad»?

El Emperador Amarillo contestó:

—Aquel que no la sabe está en lo cierto. Aquel que la ha olvidado está muy cerca de la verdad. Tú y yo no estamos ni siquiera cerca porque tenemos las respuestas.

Cuando Boca Loca oyó esto dijo:

—¡El Emperador Amarillo sabe realmente acerca de las palabras!

El cielo y la tierra poseen grandeza y belleza, pero no usan palabras. Las Cuatro Estaciones poseen el Método Brillante, pero no discuten sobre él. Las diez mil cosas poseen los principios perfectos, pero no hablan de ellos. El sabio empieza obteniendo de la belleza del cielo y la tierra el principio de las diez mil cosas, por eso aquel que ha *llegado allí* no actúa y el sabio no hace nada. Se limitan a observar lo que el cielo y la tierra tienen que decir.

Nieh Ch'ueh fue a ver a P'i-i para ser instruido en el Tao.

—Si enderezas el cuerpo y concentras la mirada —dijo P'i-i—, alcanzarás la armonía celestial. Si frenas tu conocimiento y te concentras en una buena idea, el espíritu descenderá para morar en ti. El Poder de la Virtud te embellecerá. Vivirás en el Tao y tu mirada será tan fresca como la de un ternero recién nacido. Ahora sí que mirarás por una buena razón.

Pero antes de terminar de hablar, Nieh Ch'ueh ya se había quedado dormido. P'i-i se quedó encantado y se marchó cantando:

Su cuerpo es como un tocón podrido
y su corazón, como cenizas;
la Verdad es el fruto de su conocimiento,
y a él le trae sin cuidado el porqué.
Sombrío como el casamentero,
con la oscuridad por madre.
¡Sin mente! ¿Quién puede compararse a él?
¿Quién es este tipo?

Shun le preguntó a Ch'eng:

—¿Se puede alcanzar el Tao y poseerlo?

—Si ni siquiera posees tu propio cuerpo —se echó a reír Ch'eng—, ¿cómo podrías poseer el Tao?

—Si yo no poseo mi propio cuerpo, ¿de quién es?

—Es una forma que el cielo y la tierra te han prestado. La vida no te pertenece. Es la armonía que existe entre el cielo y la tierra la que te la ha prestado. Tampoco posees el corazón con el que naciste ni tu destino, sino que es un curso que el cielo y la tierra te han dejado seguir. Tus hijos y

tus nietos no te pertenecen. Son pieles mudadas de insectos que el cielo y la tierra te han prestado. Por tanto, sigue andando, sin saber adónde vas. O continúa sin saber el porqué. Come sin apegarte a los sabores. El *chi* del yang en el cielo y la tierra es fuerte, pero ni siquiera esto puedes «alcanzar» ni «poseer».

Confucio preguntó a Lao Tse:

—Ya que estás hoy sentado aquí tranquilamente en tu casa bajo la luz del sol, ¿puedo preguntarte cómo se alcanza el Tao?

—Ayuna. Manténte en vigilia. Realiza abluciones y ofrendas propiciatorias. Lávate el corazón y la mente en la nieve y despréndete de tu «conocimiento». Ahora bien, el Tao es profundo y oscuro. Cegador. Es difícil encontrar palabras para describirlo, pero intentaré explicarte cuáles son sus orillas y sus límites.

»Lo brillante ha nacido de la oscuridad; lo constante, de lo sin forma; la semilla, del espíritu del Tao. La forma ha nacido de esta semilla, y las diez mil cosas, de esta forma. Las cosas con nueve orificios han nacido de una matriz. Las cosas con ocho, de huevos. Ambas llegan sin dejar huellas y, al irse, van más alla de cualquier orilla y límite. Sin puerta ni estancia, son suyos los Cuatro Aposentos e iluminan su dominio. Quienquiera que entable amistad con ellos gozará de miembros fuertes, será franco, tendrá una mente amplia y serena, y podrá ver y oír con claridad. No fustigará ni su corazón ni su mente. Responderá a las cosas con espontaneidad. El cielo no puede evitar estar elevado. La tierra no puede evitar ser extensa, el sol y la luna no pueden evitar

seguir brillando. Y las diez mil cosas no pueden evitar guiar a esa clase de personas. Así es el Tao.

»El más erudito quizá no lo sepa, el lógico tal vez no encuentre su dulce solución. Por tanto, el sabio renuncia al estudio y a la lógica. ¿Qué es lo que puede verterse sin nunca rebosar? ¿Qué es lo que puede extraerse sin nunca agotarse? A esto es a lo que el sabio se aferra. Su origen es tan, tan profundo como el mar y elevado como las montañas. Cuando el hilo de su vida se agota, vuelve a nacer para empezar de nuevo. Mueve todas las diez mil cosas sin nunca fallar. El camino del caballero que sigues está muy alejado de ello. Lo que las diez mil cosas buscan para sustentarse, y nunca dejan de desear, es lo que el Tao es.

»Aquí, en el Reino Intermedio, hay humanos, no del todo yin ni yang, que viven en un lugar entre el cielo y la tierra. Como son humanos, regresarán a su antepasado original. Lejos de donde empezaron, verás que el sonido de la vida es como el de un bebé llorando, «bua-bua», o riendo alegremente, "ji-ji". Y si algunas personas viven mucho y en cambio otras mueren jóvenes, ¿qué diferencia hay? Con un solo momento para gozar, ¿cómo puede haber tiempo para decidir si Yao o Chieh tenían razón o estaban equivocados?

»Tanto los frutos como las trepadoras del melón siguen sus propias normas —continuó Lao Tse—. Las de los grupos humanos, aunque cuesten de percibir, también pueden conocerse. El sabio las cumple, no se opone a ellas. Va más allá y no las conserva. Armonizar en respuesta, eso es el Poder de la Virtud. Responder en el instante de conocer algo por primera vez, eso es el Tao. Así es como los emperadores ascienden y como los reyes empiezan. La vida humana entre el cielo y la tierra es como un caballo blanco visto a través de un agujero en la pared, un fugaz momento que

hace desfallecer el corazón y que después se desvanece. No hay nadie que durante el parto no haya nacido inundado de agua. Decayendo y desapareciendo, nada hay que no vuelva a la tierra. Surge un cambio y vives. Surge un cambio y mueres. Cada ser vivo sufre con ello. El género humano lo niega y lo lamenta con un rito. Pero sólo es deshacer el lazo que sujeta la funda celeste, limpiar la bolsa del libro del cielo. ¿Hay un poco de polvo? ¿Algunas migajas? Son las almas formándose, y después el cuerpo, y luego la gran llegada a casa. La forma que surge de la sin-forma, la sin-forma que surge de la forma, todos saben que es lo mismo. Los que llegan *allí* no se lo toman como un deber. El vulgo lo tergiversa con sus palabras, pero los que llegan *allí* dejan de hablar de ello. Y los que hablan de ello, aún no han llegado *allí*. Las palabras inteligentes no valen tanto como el silencio. El Tao verdadero no puede ser oído. Es mejor taparse los oídos que escuchar. Eso es lo que se llama "La Gran Llegada".

Tung-kuo Tzu le preguntó a Chuang Tse:

—¿Dónde se encuentra el Tao?

—No hay lugar alguno donde no se encuentre.

—Si no eres más concreto no puedo aceptar esa respuesta.

—Está en la hormiga.

—¿Está en algún ser más inferior?

—En la maleza de los campos.

—¿Y en algún otro lugar más inferior?

—En los fragmentos de loza y en las tejas.

—¿Y aún más?

—En la orina y el excremento —dijo Chuang Tse.

Cuando Tung-kuo Tzu no supo qué responder, Chuang Tse prosiguió—: El problema está en que tu pregunta no es relevante. Es como las preguntas de los inspectores de cerdos que comprueban el peso de éstos palpándolos cada vez más abajo con la teoría de que, cuanto más abajo palpen, más fácil será ver lo bien alimentados que están. No puedes insistir en «no puede ser» o «tiene que ser». Así nunca te liberarás de las cosas. Si el Tao pudiera alcanzarse de ese modo, también podría alcanzarse con otras grandes palabras. Las palabras «ciclos», «en todas partes» y «unidos» son distintos vocablos que designan la misma realidad. Todos apuntan al Uno.

»Ven conmigo al palacio del nada poseer. Podemos hablar y hablar de la talidad y de la unión, pero es mejor no hacer nada. Nos mantendremos serenos y callados, vacíos como un desierto, claros como el agua, sintonizados y libres. El único deseo de nuestro corazón será extender las alas, vagar sin rumbo fijo, sin saber dónde acabaremos, yendo y viniendo sin saber dónde iremos a parar. Ya hemos estado allí y hemos vuelto, pero aún no conocemos el final del hilo. Los dos, yendo a donde nos plazca, seremos los emperadores de la ilimitada vastedad. El Gran Conocimiento también vendrá. Siempre se acaba por alcanzar.

»Aquello que crea las cosas no establece un límite entre sí mismo y ellas. Si éstas tienen límites, son los que las palabras han impuesto. Pero el límite de lo ilimitado no es un límite. Podemos hablar de llenar y vaciar, de florecer y declinar, pero lo que llena y vacía no se vacía ni se llena. Lo que hace florecer y declinar, no florece ni declina. Lo que hace enraizarse y ramificar, no se enraiza ni ramifica. Lo que causa que las cosas se acumulen y dispersen, no se acumula ni dispersa.

La-Luminosa-Luz-de-las-Estrellas-Bajo-el-Sol preguntó a la No-Existencia:

—Maestra, ¿posees la existencia o no la posees?

Como la No-Existencia no respondió, La-Luminosa-Luz se dispuso a observar su rostro; allí sólo había una cegadora, profunda y oscura vacuidad. Estuvo todo el día observándola, pero no vio nada. Escuchó, pero no oyó nada. Intentó tocarla, pero no asió nada.

Entonces La-Luminosa-Luz exclamó:

—¡Ahí está! ¿Quién podría alcanzarlo? Incluso yo, que he conseguido no poseer nada, no puedo no poseer el no poseer nada. Pero ella ha alcanzado la ausencia de la nada. ¿Quién puede lograrlo?

Jan Ch'iu preguntó a Confucio:

—¿Podemos conocer qué había antes del cielo y la tierra?

—¡Podemos! —dijo Confucio—. El pasado aún está presente

Jan Ch'iu, sin saber qué responder, se retiró. Al día siguiente regresó y dijo:

—Ayer te pregunté si podíamos conocer qué había antes de la existencia del cielo y la tierra, y me respondiste: «Podemos. El pasado aún está presente». Ayer lo veía claro, pero hoy me resulta confuso. ¿Puedo preguntarte qué quisiste decir?

Confucio le respondió:

—Ayer lo veías claro porque tu espíritu acababa de escucharlo. Pero hoy estás confundido porque lo buscas fuera del espíritu. Sin pasado. Sin presente. Sin un princi-

pio ni un final. ¿Hijos y nietos sin hijos y nietos? ¿Cómo puede ser?

Como Jan Ch'iu no respondió, Confucio prosiguió:

—¡Eso es! Ninguna respuesta. No dejar que la vida engendre la muerte. No dejar que la muerte ponga fin a la vida. ¿La vida y la muerte dependen de algo? ¿Son Uno en algún cuerpo? Lo que ha nacido antes que el cielo, ¿es una cosa? Aquello que crea las cosas de las cosas es una no-cosa. La primera cosa no se originó de una cosa. Y, sin embargo, originó cosas que reposan en la no-cosa. El amor del sabio por el género humano es el amor de la no-cosa. *Aquello* procede de *esto*.

Los reinos del caracol

[DEL CAPÍTULO 25]

El rey Ying de Wei firmó un tratado con el señor T'ien Mou del estado de Ch'i. Cuando el señor T'ien Mou no respetó el tratado, el rey Ying se enfureció. Mientras estaba a punto de enviar un asesino a Ch'i, su ministro del ejército, al oír su plan, se apresuró a acudir, con la cara roja de vergüenza, y dijo:

—Su Majestad es el Señor de los Diez Mil Carruajes y, sin embargo, encarga a un hombre vulgar y corriente que lleve a cabo su venganza. Le pido que me conceda veinte mil hombres armados para atacar a T'ien Mou en su nombre. Caeré salvajemente sobre su pueblo, apresaré su ganado y sus caballos, hasta conseguir provocarle tanta rabia que se le llene la espalda de forúnculos. Después saquearé la capital y cuando su general Chi huya ¡le golpearé la espalda y le romperé la columna!

Al oírle hablar, Chi Tzu entró corriendo y, con el rostro enrojecido de vergüenza, dijo:

—Estamos construyendo la muralla de la ciudad gracias a su tratado, ya hemos terminado la séptima parte. Si la derribamos, los que han trabajado para establecer la paz se sentirán muy decepcionados. Ya hace siete años que Su Majestad no ha puesto en pie de guerra al ejército. La muralla de su reino se basa en ello. El ministro es un instrumento del caos. No debe escucharle.

Cuando Hua Tzu les oyó, injurió a los dos diciendo:

—Aquel que afirma que atacar Ch'i es buena idea, es un agente del caos. Pero aquel que afirma que no atacar es buena idea, también lo es.

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó el rey.

—Su Majestad debe buscar el Tao, eso es todo.

Tras oír esto, Hui Tzu invitó a Tai Chin-jen a mantener una audiencia con él. Tai Chin-jen dijo:

—Hay un animal llamado caracol. ¿Ha oído Su Majestad hablar de él?

—Así es —contestó el rey.

—En la antena izquierda del caracol hay un país llamado Sangre Derramada y, en la derecha, otro llamado Aniquilar. De vez en cuando se enfrentan para combatir en beneficio de su territorio y provocan varias decenas de miles de muertos en algún campo de batalla y persiguen y exterminan lo que queda de las fuerzas del otro durante una semana antes de regresar a casa.

—¡Qué estupidez! —exclamó el rey— ¿Qué significa esta sarta de tonterías?

—¿Me permite Su Majestad que se lo explique? ¿Cree que el espacio, las Cuatro Direcciones y el arriba y abajo tienen un límite?

—No.

—Bien, en tal caso sabrá que cuando su corazón y su mente han estado vagando por lo ilimitado, y al final regresa a esas tierras a las que se puede llegar por medio de un transporte, le cuesta creer que puedan existir. ¿No es así?

—Así es.

—Entre las tierras a las que se puede llegar por medio de un transporte hay un reino llamado Wei. En el reino de Wei está la ciudad de Liang, y en la ciudad de Liang hay un rey. Pero ¿ese rey se diferencia del rey de Sangre Derramada?

—No hay ninguna diferencia —contestó el rey, y cuando Tai Chin-jen salió, el rey se sentó sintiéndose inseguro, con el corazón y la mente vacilando entre la ganancia y la pérdida.

Tras salir Tai, Hui Tzu entró para tener una audiencia con el soberano.

—Es un gran hombre —dijo el rey—. ¡Ni siquiera un sabio está en posición de oponerse a él!

—Si uno sopla por una flauta, obtendrá una nota aguda y bella —dijo Hui Tzu—. Y si sopla en la empuñadura de su espada, obtiene el sonido de su respiración. La gente cree ciegamente en Yao y Shun, y habla de ellos delante de Tai Chin-jen, pero todo cuanto uno oirá será el sonido de su propia respiración.

Las cosas exteriores
[CAPÍTULO 26]

No puedes permitir que las cosas exteriores penetren en tu corazón. Por ello Lung-feng fue ejecutado, Pi Kan recibió una sentencia de muerte, el príncipe Chi se volvió loco, E Lai murió y tanto Chieh como a Chou fueron destronados.

No hay señor que no quiera que el corazón de sus oficiales se centre en la lealtad. Pero un corazón leal puede equivocarse y ser atravesado hasta su centro. Así fue como Wu Yun fue arrojado al Yang-tsé y Ch'ang Hung murió en Ssuchuan, aunque éste fuera tan puro que cuando su cuerpo estuvo en la tierra durante tres años, su sangre se transmutó en jade verde.

No hay ningún padre que no desee que su hijo le profese amor filial, pero una conducta filial no garantiza que el corazón del hijo no vaya a ser traspasado por el deseo de amor paternal. Así fue como Hsiao-chi se quedó sin amor, e incluso como el corazón de Tseng Shen nunca conoció la plenitud.

Si frotas una madera con otra madera, obtendrás fuego, así es de simple. Si el metal está demasiado tiempo en el fuego, se funde. Cuando el yin y el yang pierden el equilibrio, el cielo y la tierra se dividen, el trueno retumba, hay fuego en el agua, e incluso éste quema el gran árbol espíritu. Cuando los seres humanos se quedan atrapados entre los polos de la pérdida y la ganancia, sin poder huir a ninguna otra parte, quizá se mantengan como en un capullo, incapaces de completar su transformación, con el corazón

colgando entre el cielo y la tierra, ansiosos y afligidos. Cuando la ganancia y la pérdida se frotan mutuamente, se produce un gran calor. Es el fuego que consumirá grandes masas humanas. Ni siquiera la constante quietud de la luna del corazón y la mente puede vencer esas llamas, entonces la gente que está cerca de las cosas que valora quizá vea cómo el Tao se consume.

Cuando la familia de Chuang Tse acabó hasta el último céntimo, fue al marqués de Chien-ho a pedirle prestado un poco de grano.

—¡Muy bien! —declaró el marqués—. Estoy a punto de recibir el tributo del grano. Cuando lo obtenga os enviaré grano por valor de cien monedas de oro, ¿de acuerdo?

Reflejando en su enrojecido rostro la ira de su corazón, Chuang Tse respondió:

—Ayer cuando venía hacia aquí oí un grito proveniente del medio del camino y cuando me volví vi que era una perca dentro de un charco formado con la rodera de un carro. Exclamé: «¡Una perca! ¿Qué haces aquí?». Y la perca contestó: «Soy el ministro de las Olas del Mar del Este. Si pudieras conseguirme un cucharón o aunque fuera una taza de agua me salvarías la vida». Contesté: «¡Muy bien! precisamente ahora me dirigía hacia el sur a visitar a los reyes de Wu y de Yueh. Modificaré el curso del río del Oeste y haré que pase por aquí. ¿De acuerdo?». La ira que la perca sintió en su corazón se reflejó en el color de su rostro y contestó: «Estoy fuera de mi elemento. No puedo continuar aquí. Si logro conseguir un cucharón o una taza de agua para humedecer mi lengua, quizá sobreviva. Pero si todo cuanto

obtengo es esa clase de respuesta, la próxima vez que me veas será en la tienda de pescados secos».

Kung-tzu Jen cebó un gigantesco anzuelo con cincuenta bueyes, se agachó en la cima del Monte K'uai-chi y arrojó el sedal al Mar del Este. Día tras día, al amanecer, pescaba allí, y durante un año entero no pescó nada. Pero al final picó un gran pez y, arrastrado por el gigantesco anzuelo, salió a la superficie. Sorprendido, asomó la cabeza y revolvió el agua, brincando e intentando liberarse del anzuelo. Se elevaron olas coronadas de espuma tan grandes como montañas, las aguas del mar se convirtieron en una masa espumosa y se oyeron unos aullidos fantasmales y demoníacos que aterraron a todo cuanto había en mil *li*.

Cuando Kung-tzu Jen sacó al pez del agua, lo cortó y lo secó, y desde el río Chih del este hasta Ts'ang-wu del norte, nadie se quedó sin comer hasta la saciedad. Desde entonces incluso los cuentistas más mediocres se asombran unos a otros narrando de nuevo este cuento.

Ahora bien, si él se hubiera echado la caña a la espalda y apresurado a ir a la acequia más cercana para pescar pececitos y percas, habría sido imposible sacar del agua un pez tan enorme. El que anuda pequeñas teorías para pescar distinguidos cargos, habrá también andado mucho sin llegar demasiado lejos. Si no has oído siquiera hablar de cómo Kung-tzu Jen solía actuar, te falta aún mucho para poder establecer líneas para el mundo.

Una banda de esos cobardes confucianos estaba saqueando una tumba cavando la tierra con las fundas de madera usadas para sujetar las páginas de su *Memorial de los ritos*, su *Shih Ching* y su clásico *El libro de la música*. El cobarde jefe les llamó la atención con este verso:

Ya empieza a clarear.
¿Habéis encontrado algo?

Los cobardes secuaces contestaron:

—Aún no hemos podido sacarle las mortajas, pero dentro de su boca hay una perla y como dice *El libro de la música*:

Verde, verde es el grano
que crece sobre el túmulo funerario.
Mientras vivía, no dio nada;
y ahora que ha muerto, ¿por qué su boca
sostiene una perla?

Y entonces, sujetándole por las patillas, le estiraron la barba, y abriendo su mandíbula de par en par clavándole en la barbilla una varilla de metal, extrajeron la perla sin dañarla.

Un discípulo de Lao Lai Tse que estaba en el exterior de la casa recogiendo leña se encontró con Confucio. Regresó y se lo comunicó a su maestro diciendo:

—Afuera hay un hombre larguirucho y paticorto, con una ligera joroba y las orejas casi pegadas al cogote. Está mirando detenidamente todo lo que hay a su alrededor

como si fuera el soberano de los Cuatro Mares. No sé a qué familia debe pertenecer.

—¡Es Confucio! Hazle pasar —exclamó Lao Lai Tse. Cuando Confucio hubo entrado le dijo—: Si consigues borrar esa mirada oficiosa y esa expresión tuya de sabelotodo quizá te conviertas en un verdadero caballero.

Confucio se inclinó, dio un paso hacia atrás y después, tras cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro y recuperar la compostura preguntó:

—¿Puedo exponer los asuntos que me han traído hasta aquí?

—Aunque puedas soportar los flagelos de tu época —dijo Lao Lai Tse—, te olvidas de tu desenfrenada carrera sobre las diez mil generaciones futuras. ¿Acaso tu objetivo es tan vulgar o simplemente has perdido la capacidad de ver las consecuencias? Buscas desenfrenadamente beneficiar a los hombres, pero tu vida entera es una vergüenza. Ésta es la conducta, el «progreso» de los hombres mediocres que se reúnen por mezquinos secretos y se encuentran para alabar a Yao y culpar a Chieh. Es mejor olvidarse de los dos, eliminar las alabanzas. Lo que va en contra de las cosas siempre acaba por lastimarse. Cada cosa que se mueve acaba mal. El sabio arrastra los pies y espera, avergonzado, en el principio de las cosas, para que todo pueda participar y acumular el mérito para el logro. Pero todo cuanto haces está lleno de arrogancia y afectación.

En medio de la noche, el señor Yuan de Sung soñó que un hombre con una larga y suelta cabellera se asomaba por el borde de la puerta de la estancia y le decía:

—Vengo de donde el Arroyo de Tsai-lu brota de la tierra. Me dirigía con una embajada de las claras aguas del Yang-tsé al Señor del Río Amarillo, pero un pescador llamado Yu Chu me ha apresado.

Cuando el señor Yuan se despertó, ordenó llamar a su intérprete de sueños.

—Es el espíritu de una tortuga —dijo el adivino.

—¿Hay algún pescador que se llame Yu Chu?

—Así es —respondieron sus cortesanos.

—Traédmelo a la corte.

Al día siguiente Yu Chu se presentó en la corte.

—¿Qué has capturado, pescador? —le preguntó el señor.

—En la red había una tortuga blanca cuyo caparazón medía un metro y medio de contorno.

—Tráela a mi presencia —ordenó el señor.

Cuando el pescador le ofreció la tortuga, su intención fue la de sacrificarla, pero también quería dejarla vivir. Para deshacerse de sus dudas ordenó hacer una adivinación y la respuesta fue: «Sacrifica la tortuga y usa su caparazón para la adivinación. Será auspicioso».

Así que a la tortuga le quitaron la concha, y de las setenta y dos adivinaciones hechas perforando y calentando su caparazón, ni una sola dio un pronóstico falso.

Confucio dijo:

—El espíritu de la tortuga fue capaz de obtener una audiencia en el sueño del señor Yuan, pero no pudo evitar la red de Yu Chun. Su caparazón sabía lo suficiente para contestar apropiadamente las setenta y dos adivinaciones, pero no lo bastante para evitar la desgracia de ser destripada. Por tanto, el conocimiento tiene sus problemas, e incluso el espíritu, sus limitaciones. Incluso el conocimiento per-

fecto puede fracasar ante diez mil conspiraciones. Los peces no saben lo suficiente para temer a una red, pero huyen del pelícano. Echa al pequeño conocimiento, y el gran conocimiento te iluminará. Libérate de la bondad y serás bueno. Cada niño aprende a hablar sin necesidad de tener un talentoso maestro, puesto que vive con gente que puede hablar.

Hui Tzu dijo a Chuang Tse:

—Tus palabras no tienen ninguna utilidad.

Chuang Tse replicó:

—Sólo cuando aprecias aquello que no tiene utilidad puedes empezar a hablar acerca de aquello que sí la tiene. La tierra es amplia y vasta, pero todo el espacio que una persona necesita es un lugar en el que apoyar los dos pies. Pero si extrajeras toda la tierra que hay a su alrededor, excepto la que hay bajo sus pies, hasta llegar a los Manantiales Amarillos, la parte útil que has dejado ya no serviría de nada, ¿no es cierto?

—Sí, así es —asintió Hui Tzu.

—Esto demuestra —concluyó Chuang Tse— que acabo de aclarar la necesidad de lo que no tiene utilidad.

Chuang Tse dijo:

—Si una persona puede pasear libre y tranquilamente, lo hará. La que no puede, no lo hará. Pero aquel que desea ocultar su corazón de caballero y no dejar huellas, os digo que esa clase de hombre rechaza las obligaciones del verdadero conocimiento y el pleno Poder de la Virtud. Tropieza

y cae sin mirar atrás o avanza como un fuego abrasador, sin mirar jamás a su alrededor.

»La gente quizá se relacione y trabaje junta como señor y oficial, pero eso puede ser sólo producto de una época. Tal vez, en otra, no tengan las mismas distinciones. Esto es lo que quiere decir el antiguo proverbio: "Aquel que ha llegado *allí* no deja huellas".

»Admirar el pasado y despreciar el presente es una afectación de los eruditos. Aunque incluso alguien de la altura de Hsi-wei, al observar la época actual, apenas podría evitar turbarse. Sólo aquel que realmente ha llegado *allí* puede pasear libre y tranquilamente en este mundo sin hundirse en lo despreciable, puede seguir incluso a los hombres vulgares sin perderse a sí mismo. Pero los eruditos no pueden comprender las enseñanzas de tales personas, ni se parecen a las que ellos enseñan.

Unos buenos ojos ven con claridad; unos buenos oídos oyen con agudeza; una buena nariz distingue los olores; una buena boca, los sabores. Un corazón y una mente agudos conocen. El buen conocimiento es todo cuanto hay en el Poder de la Virtud. Al hablar de todo ello, podemos decir que no debe obstruirse, ya que lo que se obstruye se ahoga, y lo que no puede evitar ahogarse se vuelve rígido. La rigidez, en general, es nociva para la vida.

Todos los seres vivos necesitan respirar. Cuando no obtienen suficiente aire, no es por culpa del cielo. El cielo les ha dado orificios y el día y la noche los provee de aire, pero la gente obstruye los conductos. Nuestra carne rodea multitud de cavidades, y el corazón palpita entre ellas.

Donde no hay salas espaciosas, las esposas y las suegras se sacan de quicio unas a otras. Si el corazón no puede palpitar, los sentidos entablarán batalla. Bosques y bosquecillos, montañas y colinas son para la gente de bien porque en ellos el espíritu se mueve libremente. Pero el poder del espacio abierto se pierde si nos limitamos a correr en busca de fama. La fama se va agotando en la violencia. La obstinación pasa por la determinación. Y el «conocimiento» se muestra en la lucha de espadas. Entonces la maleza crece en los campos que han ido más allá de estar en barbecho, y es guardada celosamente. Pero la tarea del gobierno ¿se cumple debidamente con ello?

Con la lluvia y el sol primaverales la hierba y los árboles crecen desenfrenadamente, casi podría decirse con furia. Es entonces cuando empezamos a preparar las hoces y las azadas, ¿no es cierto? Sin embargo, la mitad de lo que desherbamos vuelve a crecer, y no sabemos por qué es así.

La inmovilidad cura la enfermedad. Las friegas hacen que los ancianos se sientan mejor. Serenar el corazón y la mente puede poner fin a la agitación. Pero aunque así sea, sólo las personas enfermas y cansadas necesitan estos remedios. Cualquier persona que se encuentre a gusto consigo misma no querrá ni siquiera oír hablar de ellos. Un espíritu no necesita preguntar qué metodos utiliza el sabio para hacer que la gente vaya por buen camino. Un sabio no necesita preguntar a ninguna ilustre autoridad cómo hace temblar de miedo a los demás. Una ilustre autoridad no necesita preguntar a ningún miembro de la aristocracia cómo hace para imponer sus órdenes sobre los demás. Un

«caballero» no se preocupa de preguntar a los demás cómo les va la vida.

En la entrada de Yen había un portero que, al morir sus padres, se convirtió en un plañidero tan experto que, a raíz de las mortificaciones realizadas durante las exequias, fue recompensado con una sinecura oficial por su modélico comportamiento. En vista de lo cual, la mitad de sus vecinos se entregaron hasta tal punto a las austeridades del duelo que se consumieron a causa de las mortificaciones y murieron.

Cuando Yao quiso entregar todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo a Hsu Yu, éste huyó. Cuando T'ang quiso ofrecérselo a Wu Kuang, sólo logró enfurecerle, y Ch'i T'ou, tan sólo con oír hablar de ello, se marchó con todos sus discípulos al río K'uan, y allí permanecieron durante tres años, a pesar de todo cuanto los señores de la tierra hicieron para consolarles. Shen-t'u Ti, al oír el indignante insulto de tal oferta, se fue derecho al río Amarillo y se arrojó a él.

El propósito de una trampa para peces es pescar peces. Una vez capturados, uno ya puede olvidarse de la trampa. El propósito de un cepo para conejos es cazar conejos. Una vez cazados, uno ya puede olvidarse del cepo. El propósito de las palabras es el significado de la canción que produce en tu corazón. Una vez captado el significado, uno ya puede olvidarse de las palabras. ¿Dónde puedo yo encontrar a alguien que haya olvidado las palabras, para hablar un poco con él?

Chih, el Ladrón

[DEL CAPÍTULO 29]

Confucio tenía un amigo que se llamaba Liu-hsia Chi y cuyo hermano pequeño era llamado Chi, el Ladrón. Cuando éste andaba por todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, iban tras él nueve mil seguidores que invadían y saqueaban las tierras de los señores feudales, perforaban las paredes, rompían las puertas, robaban el ganado y los caballos y se llevaban a las esposas e hijas. En su intenso deseo de amasar bienes, se olvidó de su familia y nunca pensaba ni en sus padres ni en su hermano, incluso se negaba a hacer sacrificios a los ancestros. Por dondequiera que fuese, en los grandes estados los guardias vigilaban las murallas de la ciudad, y en los pequeños la gente se escondía en las fortalezas. Toda la gente corriente sufría.

Confucio dijo a Liu-hsia Chi:

—Un padre debe ser capaz de mandar a un hijo suyo. Un hermano mayor debe ser capaz de educar a su hermano pequeño. Si no es así, la familia de nada sirve. Ahora bien, usted, señor, es uno de los caballeros ilustrados más talentosos de este siglo, pero ha sido incapaz de educar a Chih, el Ladrón, su hermano pequeño, que hostiga todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Me avergüenzo de usted y le ruego que me permita ir a hablar con su hermano en su nombre.

Liu-hsia Chi contestó:

—Usted, señor, dice que un padre debería ser capaz de educar a un hijo suyo, que un hermano mayor debería edu-

car a su hermano pequeño; pero si éste no le escucha, aunque aquél sea tan persuasivo como usted, nada puede hacer. Chih es de esa clase de personas. Su corazón y su mente son como un géiser; su voluntad, como un torbellino. Es lo suficientemente fuerte como para oponerse a cualquier hombre, y lo suficientemente ingenioso para hacer un ornamento de cada uno de sus defectos. Si usted está de acuerdo con él, no le sucederá nada, pero si se le ocurre llevarle la contraria, se enfurecerá fácilmente y lo maldecirá con dureza. Será mejor que no vaya a verle.

Pero Confucio no le escuchó. Con Yen Hui conduciendo el carruaje y T'zu-kung a su derecha, Confucio partió para entrevistarse con Chih, el Ladrón.

Mientras Chih, el Ladrón, estaba recuperando fuerzas en la ladera soleada del Monte T'ai y picaba un hígado humano para su desayuno, Confució llegó y apeándose del carruaje se presentó a sí mismo ante el criado con dos inclinaciones:

—Soy del clan K'ung del estado de Lu. He oído que el general es un hombre de elevada rectitud.

Cuando el criado transmitió el mensaje, Chih, el Ladrón, frunció el ceño, los ojos se le iluminaron como estrellas y el cabello se le erizó tanto que podría haber levantado el sombrero de su cabeza.

—¡Ése es K'ung Ch'iu, Confucio! El astuto gandul de Lu, ¿no es cierto? Dile de mi parte: «¡Tú, que andas soltando siempre lemas y grandes palabras, chachareando sobre el rey Wen y el rey Wu, luciendo uno de esos sombreros tuyos que parecen un árbol ramificado, ceñido con un cinturón de costillas de buey, con tu gran diversidad de frases y tu estrangulador enredo de teorías equivocadas! Comes sin cultivar. No tejes, pero vas vestido. ¡Ondeas los

labios, mueves la lengua y de ella surgen toda clase de correctos e incorrectos para engañar a los señores de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo! Eres el causante de que los caballeros ilustrados de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo den la espalda a lo esencial, al establecer insensatamente el principio de la "piedad filial" como una táctica para ganarte el favor de los señores feudales, la riqueza y los títulos nobiliarios. Tus crímenes son numerosos y grandes. ¡Muévete rápido! ¡Regresa de donde has venido antes de que añada tu hígado a mi almuerzo!».

Pero Confucio hizo transmitir esta respuesta:

—Tengo la suerte de conocer a Chi, su hermano, y le ruego que me conceda el honor de entrar en su tienda.

Cuando el criado le comunicó el segundo mensaje, Chih, el Ladrón, contestó:

—Tráelo a mi presencia.

Confucio se apresuró a entrar, rehusó la esterilla que le ofrecían, dio un paso hacia atrás y se inclinó dos veces.

Chih, el Ladrón, estaba hecho una furia. Plantado, con los pies separados y la mano sobre la empuñadura de la espada, miró ferozmente a Confucio antes de decir en un tono de voz que más bien parecía el gruñido de una tigresa protegiendo a sus cachorros:

—¡Tú, acércate! Sea lo que sea lo que tengas que decirme, si estoy de acuerdo con ello vivirás; si no, morirás.

—He oído —dijo Confucio— que en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo hay tres virtudes primordiales: nacer y crecer corpulento y alto, con un atractivo sin par, para que jóvenes y ancianos, nobles y malvados, sientan placer al contemplarlo a uno, se llama la Virtud más Elevada. Comprender el Tejer del Cielo y la Tierra, tener la habilidad para actuar y la elocuencia para hablar de cualquier

cosa, se denomina la Virtud Mediana. Y ser audaz, fiero, determinado y atrevido, y reunir y dirigir una multitud de guerreros, se llama la Virtud Inferior. Quien tenga el poder de una sola de estas virtudes, puede ya sentarse en el Trono que mira al Sur y recibir el título de Impar, el único emperador.

»Ahora bien, el general —prosiguió— encarna las tres virtudes. Mide dos metros de alto, su rostro y sus ojos están llenos de luz. Tiene los labios rojos como el cinabrio y los dientes blancos y regulares como un collar de conchas. Su voz suena como la legendaria Campana Amarilla. Y, no obstante, su único título es el de "Chih, el Ladrón". Me siento muy avergonzado por ello y le ruego que me permita obtener uno mejor.

»Si al general le resulta placentero —prosiguió Confucio— escuchar a su sirviente, éste le ruega que le envíe como embajador al sur, a las tierras de Wu y Yueh; al norte, a los reinos de Ch'i y Lu; al este, a los estados de Sung y Wei; y al oeste, a Ch'in y Ch'u para que ordene construir una muralla de varios centenares de *li* para establecer en su interior una capital con varias docenas de miles de personas, donde pueda ser respetado como uno de los señores feudales. Usted hará renacer todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, desarmando y disolviendo sus tropas, reuniendo y alimentando a sus hermanos y familiares, y llevando a cabo con ellos los debidos sacrificios a sus ancestros, los antepasados del fundador del estado. Ésta será una conducta digna y caballerosa, la respuesta a los sueños de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo.

—Acércate, *Ch'iu* —gruñó el Ladrón Chih—. Aquellos que no se dejan seducir por la idea de obtener ganancias o ser reformados por medio de amonestaciones, son los que

yo llamaría gente baja, cruel e ignorante. El hecho de ser corpulento y atractivo, de que los demás suspiren en su corazón al verme, lo he heredado directamente de mi madre y mi padre. Pero tú no me lo has dicho. ¿Crees que no lo sabía? Además he oído decir que la gente aficionada a alabarte delante de ti te destrozará tan pronto vuelvas la espalda. Ahora bien, tú, *Ch'iu*, me ofreces una ciudad rodeada por una gran muralla y llena de habitantes pensando que puedes manipularme con la idea de ganancias como si fuera un vulgar estúpido. ¿Durante cuánto tiempo podría sostener ese lugar? Por más grande que fuera la ciudad, no hay ciudad que pueda compararse con todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Yao y Shun poseyeron todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, pero sus hijos y nietos no tuvieron ni un palmo de tierra donde clavar un punzón. T'ang y Wu se alzaron como el Hijo del Cielo, pero sus descendientes fueron totalmente aniquilados. ¿Acaso no les sucedió por ser demasiado ambiciosos?

»He oído que antaño —continuó Chih, el Ladrón—, cuando abundaban los animales salvajes y había muy poca gente, los humanos vivían en los nidos de los árboles para huir de ellos. Comían bellotas y castañas durante el día y dormían colgados de los árboles por la noche. Por eso los llamaban los Nidificadores. Ni siquiera se cubrían con ropajes. En verano recogían leña para calentarse en invierno. Se les llamaba Los Que Saben Cómo Vivir. En la época de Shen Nung, que inventó la agricultura, la gente se dormía fácilmente al acostarse y se despejaba enseguida al levantarse. Conocía a sus madres pero no a sus padres. Vivía con manadas de alces y ciervos, cultivaba para comer, tejía para vestirse y no pensaba en lastimar a nadie. Y así fue, hasta la época del Emperador Amarillo, el cual no

logró *llegar allí*, al Poder de la Virtud. Cuando hizo la guerra contra Ch'ih Yu en los agrestes parajes de Cho-lu, la sangre fluyó en cien *li*. Más tarde Yao y Shun lo estropearon todo estableciendo un montón de ministros. T'ang desterró a Chieh, su maestro. Y el rey Wu asesinó a Chou, su soberano, el último rey de la dinastía Shang. Y a partir de entonces los fuertes han abusado de los débiles, y los muchos han acosado a los pocos. Desde la era de T'ang y de Wu, todo se halla entre las huestes del caos.

»Ahora bien, tú vienes aquí predicando el "Tao" de Wen y de Wu, manipulando todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo con tu túnica hecha a mano y tu estrecho cinturón, con tus bonitos discursos y falsos métodos, para engañar y confundir a quienes gobiernan todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo, esperando hacerte rico y poderoso. ¡No hay mayor ladrón que tú! ¿Cómo es posible que en todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo no te den el título de "Ch'iu, el Ladrón" y en cambio a mí me llamen el Ladrón Chih? Tú y tus dulces frases hicisteis que Tzu-lu te siguiera y abandonara su yelmo y su larga espada para seguir tus enseñanzas. Y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo declaró: "¡Ese K'ung Ch'iu! ¡No puede detener la violencia ni prohibir las fechorías!". Pero eso le mató. Cuando Tzu-lu intentó liquidar a aquel príncipe de Wei y fracasó, colgaron su escabechado cadáver en lo alto de la puerta oriental de Wei. Ahí es donde tus enseñanzas te conducirán. ¿Cómo te calificas a ti mismo, de caballero ilustrado con talento o de sabio? Ya te echaron dos veces de Lu. Tuviste que borrar tu rastro cuando te fuiste de Wei. En Ch'i estuviste en una situación desesperada y en la frontera entre Ch'en y Ts'ai te cercaron. Ya no eres bien recibido en ninguna parte de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Le enseñaste a Tzu-lu cómo conseguir que le escabecharan.

Esa doblez tuya, la mayor de tus desgracias, en el mejor de los casos no te ayudará para nada, y en el peor, no ayudará a nadie. ¿De qué sirve venerar ese "Tao" que sigues?

»De entre todos los seres elevados del mundo, no hay nadie como el Emperador Amarillo y, sin embargo, no logró alcanzar el Poder de la Virtud. Declaró la guerra a Cho-lu y la tierra se cubrió de sangre en cien *li*. Yao no se preocupó de sus hijos. Shun no cumplió con sus deberes filiales. Yu tenía su lado oscuro. T'ang desterró a su propio señor. El rey Wu asesinó a Chou. El rey Wen acabó siendo encarcelado en Yu-li. Todos esos hombres son apreciados y el mundo los tiene en gran estima, pero ¿quién puede reflexionar sobre ello sin ver que lo que en realidad hicieron fue arrojar la "verdad" en la duda e ir en contra de su propia naturaleza? Y todo por querer sacar provecho.

»El mundo ¿a quién llama "caballeros dignos"? A Po Yi y a Shu Ch'i, pero éstos renunciaron a su señorío de Ku-chu y prefirieron morir de hambre en el Monte Shouyang. Su carne y sus huesos quedaron insepultos.

»Pao Chiao hizo de la buena conducta su único adorno —prosiguió Chih, el Ladrón—, pero cuando descubrió que incluso las bellotas que comía "pertenecían" a algún señor del mundo, se quedó abrazado a un árbol hasta morir de inanición. Cuando Shen-t'u Ti amonestó a los demás y nadie quiso escucharle, metió una roca en su bolsa y se arrojó al río para alimentar a los peces y tortugas. Chieh Tzu-t'ui, que fue la lealtad en persona, se cortó el muslo para ofrecérselo al duque Wen. Pero cuando el duque le volvió la espalda, en un ataque de rabia, se abrazó a un árbol mientras el bosque ardía a su alrededor. Cuando Wei Sheng prometió a una joven que se encontrarían bajo el puente pero ésta no acudió y el agua subió y vino en su

lugar, no faltó a la cita y murió allí, abrazado a una columna del puente. Estos cuatro caballeros no se diferencian de los perros aplastados, muertos en los caminos, ni de los cerdos que huyen del matadero o de los mendigos con las calabazas de pedir. Todos estaban tan obsesionados por la fama que se tomaron la vida a la ligera y olvidaron que ante todo debían alimentar su cuerpo si querían vivir muchos años.

»El mundo ¿a quién llama leal? Nadie puede compararse con el príncipe Pi-kan ni con Wu Tzu-hsu. A Wu lo arrojaron al río para que se ahogara. A Pi-kan le cortaron la cabeza. Aunque los llamaran "leales ministros", en realidad deberían haberles llamado los hazmerreír de todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo. Desde el más elevado hasta Wu Tzu-hsu y Pi-kan, no hay nadie que valga un collar de conchas. Si quieres contarme cuentos de fantasmas no conozco ninguno, pero si pretendes contarme cuentos sobre los asuntos mundanos —y no piensas decirme nada más— ya los he oído y me los sé todos. Ahora te diré qué es lo que sienten los humanos. Sus ojos quieren ver colores. Sus oídos quieren oír sonidos. Sus bocas, gustar sabores. Quieren llenarse con lo que su *chi* y su corazón desea. La gente vive como máximo cien años. Pero espera vivir hasta los ochenta o, al menos, hasta los sesenta. Ahora bien, descuenta el tiempo que uno ha pasado enfermo y recuperándose, cuidando a un moribundo o llorando la muerte de un ser amado, o el tiempo que uno ha pasado preocupándose por una cosa u otra, y los momentos que quedan, en los que puedas realmente abrir la boca y reír con ganas, y en un mes tan sólo tendrás cinco o seis días de éstos. El cielo y la tierra son infinitos, pero el género humano sólo vive una sola estación. Qué estupidez confundir el instrumento para el trabajo de una temporada con una tarea eterna... cuando la

vida transcurre más deprisa que el instante que tarda un caballo galopando en cruzar la grieta de un muro. Si no puedes salirte con la tuya y vivir los años que el destino te depara, significa que desconoces el Tao. Rechazo todas tus palabras, *Ch'iu*. Vete. Regresa al lugar de donde has venido. No digas nada más. Tu "Tao" es la banalidad de la insensatez, es artificial, astuto, taimado y vacío. No contiene verdad alguna. Ni siquiera vale la pena meditar en él.

Confucio se inclinó dos veces y se apresuró a salir. Al subir al carruaje se le cayeron las riendas tres veces. Estaba cegado y no podía ver nada. Su rostro aparecía pálido mientras apoyado en el travesaño bajaba la cabeza, incapaz de reunir un poco de *chi*.

Al regresar a la puerta oriental de la muralla de la ciudad de Lu, fue corriendo a ver a Liu-hsia Chi, el cual le dijo:

—Hacía días que no te veía. Tu carruaje y tus caballos tienen el color del polvo del camino. Por lo que veo has ido a ver a Chih, ¿no es cierto?

Confucio levantó la mirada hacia los cielos y suspiró:

—Así es.

—¿Y ha rechazado tu opinión como yo sugerí que podía ocurrir?

—Así es. Incluso podría decir que el viejo Ch'iu ha quemado la moxa medicinal en su propia carne sin siquiera esperar a estar enfermo, o que ha sido temerario querer partir como un rayo para acariciar la cabeza del tigre y trenzar sus bigotes. ¿Cómo he podido salvarme de sus garras?

Hablando de espadas
[CAPÍTULO 30]

En la antigüedad, al rey Wen de Chao le encantaban las luchas de espadas. Los espadachines se hacinaban alrededor de sus puertas y tenía más de tres mil como sirvientes. Día y noche se presentaban ante él para enfrentarse unos a otros, y cada año la cosecha de muertos y heridos superaba el centenar. Pero él disfrutaba implacablemente con estos enfrentamientos. En tres años el país entero había caído en la decadencia, y los señores feudales de los dominios vecinos empezaron a tramar una conspiración contra él.

El príncipe heredero, viendo la desgracia que se avecinaba, mandó llamar a su séquito y les dijo:

—Ofreceré mil monedas de oro a quien pueda convencer al rey de abandonar esos torneos de espadas.

Los sirvientes respondieron:

—¡Chuang Tse puede hacerlo!

El príncipe heredero envió a uno de sus hombres a que entregara mil monedas de oro a Chuang Tse. El maestro declinó el ofrecimiento, pero regresó con el mensajero para mantener una audiencia con el príncipe.

—¿Qué es lo que quieres de mí para recompensarme con mil monedas de oro?

—He oído que eres un sabio iluminado, y yo, tu humilde seguidor, humildemente te he enviado el oro para que puedas sostener a tu séquito. Si no quieres aceptarlo, ¿cómo puedo hablar más del tema?

—He oído que el príncipe heredero desea utilizarme —dijo Chuang Tse— para que haga desaparecer el placer que siente el rey por los combates de espadas y su adicción, pero si me envías ante el rey para que hable con él y le ofendo, habré fallado y este cuerpo será castigado hasta morir. ¿De qué me servirá entonces el oro? Y si consigo el objetivo deseado conversando con el rey, ¿qué podré pedir del país de Chao que no me sea concedido?

—Así es —dijo el príncipe heredero—. Pero nuestro rey sólo recibe a espadachines.

—No hay ningún problema —dijo Chuang Tse—. Soy un buen espadachín.

—Muy bien. Pero todos los espadachines que obtienen una audiencia con el rey tienen el cabello enzarzado y la barba hirsuta —dijo el príncipe—. Llevan amplias gorras de las que cuelgan toscas tiras y túnicas acortadas por detrás. Miran ferozmente y cuentan historias de batallas, al rey eso le encanta. Si acudes a la audiencia vestido como uno de esos cobardes confucianos, no conseguirás sino ofenderle.

—Si esto place a Su Majestad, me vestiré para matar.

Durante los días siguientes Chuang Tse se «vistió para matar», como un espadachín, y después fue a ver al príncipe heredero. Éste le consiguió una audiencia con el rey. El rey desenfundó el blanco filo de su espada mientras los esperaba. Chuang Tse cruzó la puerta del palacio pausadamente, y al ver al rey, no se inclinó.

El soberano le preguntó:

—¿Qué has venido a enseñarme ahora que has conseguido que el príncipe heredero abogue en tu favor?

—Como he oído que el Gran Rey tiene gran afición a la lucha de espadas, he traído comigo la mía a la audiencia.

—¿Y qué poderes especiales tiene?

—¿Mi espada? Si Su Majestad pone ante mí y mi espada un hombre cada diez pasos, yo los atravesaré a todos a través de mil *li* sin hacer ninguna pausa.

El rey se quedó impresionado:

—¡En todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo no hay nadie que pueda comparársete!

—Para utilizar la espada —dijo Chuang Tse— primero hay que hacer una finta para engañar al adversario. Después relajar al oponente dándole una clara ventaja y luego atacar y llegar allí el primero. Pero permite que te lo demuestre.

—Ve a descansar a tus aposentos —respondió el rey—. Espera mi orden. Cuando la demostración esté preparada, te haré llamar.

Durante siete días el rey estuvo combatiendo. Cerca de sesenta espadachines murieron o quedaron heridos. Finalmente eligió a cinco o seis para que se presentaran con sus espadas a la prueba ante la corte. Después mandó llamar a Chuang Tse:

—Hoy les demostraremos a estos caballeros la honrada destreza en el manejo de la espada —sonrió.

—He estado esperando este momento —dijo Chuang Tse.

—Qué prefieres, ¿una espada larga o una corta? —preguntó el rey.

—Cualquiera de ellas me servirá —sonrió Chuang Tse—. En realidad he traído tres que quizá le vayan bien a un rey. Si a Su Majestad no le importa, hablaré de ellas antes de someter a los espadachines a la prueba. Tengo la Espada del Hijo del Cielo, la Espada del Señor Feudal y la espada del hombre vulgar.

—¿Cómo es la Espada del Hijo del Cielo? —preguntó el rey.

—La Espada del Hijo del Cielo tiene el valle y la gran muralla de piedra del estado de Yen por punta; por hoja, los reinos de Ch'i y Tai; su punto fuerte y débil son las tierras de Chin y Way. Los estados de Chou y Sung son su empuñadura y los de Han y Wei su pomo. Está seguramente guardada por las cuatro tribus bárbaras y atada con la cuerda de las Cuatro Estaciones. Su vaina es el Mar de Po y su cinturón la Montaña del Corazón Duradero. Recibe órdenes de los Cinco Elementos y el ejemplo del Poder de la Virtud guía sus juicios. El yin y el yang desenvainan su hoja. La primavera y el verano la sostienen. Se vale del otoño y el invierno. Si ataca, nada podrá contenerla; si esquiva un golpe alto, nada pasará por encima de ella; si esquiva un golpe bajo, nada pasará por debajo; si esquiva un golpe de lado, nada entrará por los flancos. Arriba, rebana nubes flotantes; abajo, atraviesa la dura tierra. Si usas esta espada una sola vez, los señores feudales te reconocerán como maestro suyo y todo-cuanto-hay-bajo-el-cielo se te someterá. Así es la Espada del Hijo del Cielo.

El rey Wen se veía confundido, como si hubiera perdido una prueba consigo mismo.

—¿Y la Espada del Señor Feudal? —preguntó—. ¿Cómo es?

—La Espada del Señor Feudal tiene caballeros experimentados y valerosos por punta; por hoja, caballeros castos y puros; por punto fuerte y débil, caballeros dignos y excelentes; por empuñadura, caballeros leales y sabios; por pomo, guerreros audaces y bravos. Si atacas con ella, nada podrá contenerla; si esquivas un golpe alto, nada pasará por encima de ella; si esquivas un golpe bajo, nada pasará debajo; si esquivas un golpe de lado, nada entrará por los flancos. Guiada por

las órdenes del sol, la luna y las estrellas, puede llegar hasta la órbita de los cielos. Siguiendo las Cuatro Estaciones, puede llegar hasta el centro de la Tierra. En el medio, armoniza con su canción los corazones de la gente, llevando la paz a cada pueblo. Si se usa esta espada una sola vez, no habrá nadie que no se rinda a escuchar y seguir las órdenes del señor como estremecido por un rayo. Así es la Espada del Señor Feudal.

—¿Y cómo es la espada del hombre vulgar? —preguntó el rey Wen.

—¿Las espadas de los hombres vulgares de enzarzados cabellos y barbas hirsutas? ¿Con amplias gorras de las que cuelgan toscas tiras y túnicas acortadas por detrás? ¿La de los hombres que miran fieramente y disfrutan contando historias de batallas? Esa espada, al asestar un golpe, topa con otra espada. Al esquivar un golpe alto, deja entrar una estocada que separa la cabeza del cuello. Al esquivar un golpe bajo, deja entrar una estocada que atraviese el hígado o el pulmón. Los que atacan con la espada de un hombre vulgar, no son más que gallos de pelea. Un amanecer cacarean. Con una palabra suya, cantan. Pero para el reino de Su Majestad de nada sirven. Ahora bien, el Gran Rey, a pesar de estar en una posición que le permite convertirse en el Hijo del Cielo, sigue con su adicción a las espadas de los hombres vulgares. Su sirviente osa sugerirle que esto es indigno de Su Majestad.

El rey, cogiéndole de la mano, acompañó a Chuang Tse hasta el Salón Real. El jefe de cocina preparó una comida, pero el rey no hacía más que dar vueltas alrededor de la mesa.

—Oh, Gran Rey —le rogó Chuang Tse—, siéntate. Serena tu *chi*. El asunto de las espadas ya ha terminado.

Durante tres meses el rey no salió del palacio. Los espadachines se rindieron en sus aposentos a sus propias espadas.

El viejo pescador
[CAPÍTULO 31]

Confucio fue a dar un paseo por el bosquecillo de la Cortina Negra. Al llegar a la loma llamada Altar del Albaricoque, se sentó a descansar. Sus discípulos desenfundaron sus libros mientras él pulsaba las cuerdas de su laúd y empezaba a cantar. Cuando aún no había interpretado la mitad de la canción, apareció un viejo pescador, se bajó del bote y se acercó. Su barba y sus cejas estaban encaneciendo, el pelo le caía enmarañado sobre la espalda y sus anchas mangas ondeaban con la brisa. Avanzó por la orilla del agua y al llegar a tierra se detuvo. Con la mano izquierda sobre su rodilla y la derecha sosteniéndose el mentón, escuchó la música de Confucio. Al finalizar la pieza, llamó a Tzu-kung y a Tzu-lu, y los dos discípulos se le acercaron. Señaló a Confucio y preguntó:

—¿Qué está haciendo?

—Es un caballero del estado de Lu —respondió Tzu-lu. Cuando el pescador le preguntó a qué clan pertenecía el maestro, Tzu-lu respondió—: Es un K'ung.

—Ese señor K'ung ¿qué ocupación tiene?

Antes de que Tzu-lu tuviera tiempo de abrir la boca Tzu-kung dijo:

—La naturaleza del maestro K'ung es someterse al principio de la lealtad y a la posición que ocupa en este mundo. Practica la bondad y la rectitud, pule y perfecciona los ritos y la música, e identifica qué es lo correcto en las relaciones humanas. Leal a su señor de arriba, transmite los

medios de transformación en beneficio de todos. Ésta es la ocupación del Maestro K'ung.

—¿Es un señor, con tierras?

—No.

—¿Es un oficial de algún rey o señor feudal?

—No —respondió de nuevo Tzu-kung.

El visitante se echó a reír mientras se volvía para irse y dijo:

—¿Bondad, eh? Bondad. Pues temo que no salga vivo. Amargar el corazón y la mente y fustigar la forma, pasear su verdad por un abismo como ése... ¡uau! Cuánto se ha alejado del Tao.

Cuando Tzu-kung se lo contó a Confucio, el maestro dejó el laúd, se levantó de un brinco y dijo: «¡Es un sabio!». Confucio corrió para alcanzarle y llegó a la orilla del pantano justo en el momento en que el anciano cogía su caña y metía su bote en el agua. Mirando por encima del hombro, al ver a Confucio salió del agua y se quedó plantado ante él. Confució dio un paso atrás y después de inclinarse dos veces, se acercó a él de nuevo.

—¿Qué quieres? —le preguntó el pescador.

—Acabas de hacer algunas misteriosas observaciones y después te has ido —dijo Confucio—. Yo, indigno de mí, no comprendo qué es lo que has querido decir. Humildemente espero la fresca brisa de tu atención. Si quisieras obsequiarme con el sonido de tu voz, quizá podría aprender algo.

—¡Jo, jo! ¡Qué profunda es en verdad tu adicción al conocimiento!

Confucio volvió a inclinarse dos veces y al incorporarse dijo:

—Desde mi juventud hasta hoy me he dedicado durante sesenta y nueve años al estudio. Pero aún no he escucha-

do la enseñanza que te *lleva allí*. ¿Podría acaso escuchar con algo que no fuera una mente y un corazón abiertos?

—Los pájaros de la misma especie vuelan en bandadas y cantan el mismo canto. Es un principio de la naturaleza —dijo el viejo pescador—, así que olvídate de mis opiniones y sigue las tuyas. Te interesas por los asuntos de la gente: del Hijo del Cielo, de los señores feudales, de los altos oficiales del estado y de la gente corriente. Cuando estos cuatro se mantienen derechos, el gobierno es placentero. Pero si los cuatro abandonan la posición que les corresponde, nada podría crear mayor desastre. Cuando los oficiales se ocupan de sus cargos y la gente corriente de sus negocios, nada cae en el desorden.

»Los campos cubiertos de maleza y los tejados con goteras; no tener suficiente ropa o comida; no haber guardado nada cuando llega el momento de pagar los impuestos; esposas y concubinas en desarmonía; viejos y jóvenes viviendo sin avenirse; ésos son los sufrimientos de la gente corriente.

»No tener suficiente capacidad para llevar a cabo las propias responsabilidades; un asunto oficial ingobernable; un comportamiento que no es claro ni limpio; montones de subordinados descuidados y rebeldes; no obtener méritos o alabanzas; no ser recompensado con un ascenso y una retribución; ésos son los sufrimientos de los altos oficiales del estado.

»Cortes sin ministros leales; grandes familias del reino que viven en oscuro desorden; artesanos con talento que producen objetos poco atractivos que no son indicados para hacer tributo de ellos al cacique; ser llamado de nuevo a filas en los reclutamientos de la primavera y otoño; no ganarse la bondadosa gracia del Hijo del Cielo; ésos son los sufrimientos de los señores feudales.

»El yin y el yang en desarmonía; un frío y un calor fuera

de estación que dañan a multitud de cosas; señores feudales violentos y turbulentos, que se atacan impertinentemente unos a otros machacando a la gente en el proceso; ritos y música realizados indebidamente; quedarse sin fondos constantemente; relaciones humanas confusas y el pueblo comportándose lascivamente; ésos son los sufrimientos del Hijo del Cielo.

»Ahora bien, tú no eres un príncipe, ni un marqués, ni un administrador —prosiguió el viejo pescador—, ni siquiera un alto ministro con deberes administrativos. Pero quieres "pulir y perfeccionar los ritos y la música" e identificar lo que es correcto en las relaciones humanas. ¿No es eso pretender realizar unas empresas de alto vuelo?

»La humanidad está afligida por las ocho imperfecciones y las empresas conllevan cuatro calamidades. Es necesario examinar estos puntos detenidamente. Cuando alguien hace algo que no es de su incumbencia, esto se llama excederse. Sacar a relucir temas que nadie ha mencionado, es llamado insinuar astutamente. Dejar que las ideas de otro cambien tu discurso, es ser un adulador. Hablar sin distinguir lo correcto de lo incorrecto es halagar sonriendo bobaliconamente. Disfrutar hablando de la falta de moral de los demás se llama calumniar. Romper amistades y abrir una brecha entre familiares se llama ser peor que un ladrón. Alabar o culpar falsamente por cualquier motivo es tener una vergonzosa perversidad. Sin tener en cuenta lo correcto o lo incorrecto, intentar afrontar ambas cosas a la vez y usar los deseos de otros contra ellos se llama traicionar. En el mundo exterior, estas ocho aflicciones siembran el caos entre la gente; en el interior, infligen profundas heridas. Ningún caballero entablará amistad con alguien que se deje llevar por ellas ni será contratado por ningún señor.

»En cuanto a las cuatro calamidades —continuó el pescador—, ser adicto a emprender grandes proyectos y a cambiar cosas sencillas y constantes para amasar el polvo del mérito y la fama se llama ambición; monopolizar el conocimiento e insistir en conseguir lo que te propones a toda costa apropiándote de las cosas de los demás en beneficio propio se llama codicia; ver tus propios excesos y negarse a cambiar, o escuchar con reprobación sólo para comportarte peor aún, se llama sorda terquedad; alabar a los que están de acuerdo contigo y negarse a ver la verdad de los que piensan diferente se llama egotismo jactancioso. Ésas son las cuatro calamidades. Si puedes liberarte de las ocho aflicciones y mantenerte lejos de las cuatro calamidades, quizá estarás entonces preparado para recibir enseñanzas.

Confucio se quedó alicaído. Suspiró y tras inclinarse de nuevo dos veces dijo:

—Me echaron dos veces de Lu. Al abandonar Wei tuve que borrar mi rastro. En Sung, derribaron un árbol e intentaron aplastarme con él. En la frontera entre Ch'en y Ts'ai, me cercaron. No sé por qué razón he fallado. ¿Qué me puede haber conducido a estos cuatro malentendidos?

La expresión del pescador se volvió fría.

—¡Qué difícil... es hacer que mires dentro de ti! Había una vez un hombre que se asustaba tanto de su propia sombra y odiaba tanto sus pasos que decidió huir de ambos. Pero cuanto más levantaba los pies, más huellas dejaba. Por más que echara a correr, su sombra no se separaba de él. Pensando que no estaba corriendo lo suficiente, empezó a correr como una flecha, hasta que finalmente agotó todas sus fuerzas y cayó muerto. No se dio cuenta de que si simplemente se hubiera sentado bajo la sombra de un árbol, su sombra se habría desvanecido, y que si hubiera vivido en la

quietud, sus huellas habrían desaparecido. Fue estúpido. Extremadamente estúpido.

»Ahora bien, tú examinas la bondad y la rectitud. Buscas los límites entre lo similar y lo diferente. Examinas los cambios de la quietud y el movimiento. Estableces las normas para dar y recibir. Haces principios del amor y del odio, y armonizas situaciones para la felicidad y el enojo. Y, sin embargo, estos mecanismos tuyos no han logrado salvarte. Dedícate simplemente a cuidar de ti mismo. Guarda la verdad en tu corazón, y pon de nuevo las cosas en la mano de los demás, de ese modo nada te atará. Ahora no estas cuidando de ti mismo e intentas cuidar de los demás. ¿No es eso superficial?

De nuevo Confucio se quedó alicaído.

—¿A qué te refieres al decir que guarde «la verdad en mi corazón»? —preguntó.

—¿La verdad? —preguntó el viejo pescador—. Me refiero a alcanzar la pureza y la sinceridad. Si no eres puro ni sincero, no podrás conmover a la gente. Las lágrimas y los gemidos falsos pueden parecer afligidos, pero no son una verdadera condolencia. La ira falsa quizá te haga parecer duro, pero no suscita un gran respeto. Finge sentir afecto y obtendrás sonrisas, pero no armonía. El verdadero dolor puede llorar la muerte de alguien sin dejar escapar sonido alguno. La verdadera ira puede despertar un gran respeto incluso antes de hacerse visible. Un verdadero afecto aporta armonía incluso antes de suscitar una sonrisa. Cuando la verdad está en el interior, el espíritu puede conmover el exterior. Ése es el noble valor de la verdad.

»Resulta útil para relacionarse con los demás: al servir a los seres amados, se convierte en bondad y devoción; al servir al gobernante, en lealtad y franqueza; en una fiesta con

bebidas, en una gozosa alegría; en un funeral, en una triste condolencia. El propósito de la lealtad y la franqueza es prestar un servicio meritorio. El propósito de una fiesta con bebidas es alegrarse. El propósito de los funerales es expresar el dolor. El propósito de servir a los seres amados, confortarlos. El plan más elegante para todos estos meritorios logros no consiste en seguir las huellas de nadie. Para confortar a los seres amados, no es necesario teorizar sobre los medios; para beber alegremente, no es necesario hacer sofismas sobre las tazas; para expresar una triste condolencia, no es necesario buscar el rito apropiado. Los ritos los crean nuestros contemporáneos. La verdad viene del cielo. Es exactamente así, y tú no puedes cambiarlo. Por tanto, el sabio sigue al cielo de una manera tan segura como el agua fluye descendiendo por la colina y encuentra el valor sólo en la verdad. Él no se deja atenazar por las costumbres.

»El estúpido va en contra de esto —continuó—. No puede seguir al cielo. Con el corazón rebosante de "humanidad", no conoce el valor de la verdad y sigue cada nueva costumbre que aparece, sin estar nunca satisfecho. Es muy triste que hayas caído en el lodo del engaño humano tan joven y que hayas oído el gran Tao tan tarde.

Confucio se inclinó dos veces de nuevo, se levantó y dijo:

—Pero ahora lo he alcanzado, es una bendición del cielo. ¡Oh, anciano!, si no consideras vergonzoso dejar que sea tu discípulo y darme enseñanzas... me gustaría saber dónde vives y rogarte que me permitas emprender la gran tarea de aprender, al menos, el Gran Tao.

El viejo pescador contestó:

—He oído decir: «Si puedes progresar con alguien, hazlo hasta alcanzar el misterio del Tao. Si no puedes, si él no cono-

ce el camino, cuídate de no seguirlo y estarás libre de culpa». Sigue mi consejo. Ahora debo irme. —Guardando la caña, empujó la barca y se deslizó entre los verdes juncos.

Yen Hui había llevado el carruaje hasta allí y Tzu-lu acercó la correa a Confucio para que se subiera a él. Pero él ni siquiera se volvió hacia ellos. Se quedó esperando hasta que el oleaje de la estela se calmó y el sonido de los remos se desvaneció. Sólo entonces se atrevió a subir al carruaje.

Tzu-lu, sentándose junto a él, dijo:

—He sido tu discípulo durante mucho tiempo, pero hasta ahora nunca había visto al maestro tratar a alguien al que ha conocido casualmente con tanta reverencia. Los amos de los diez mil carruajes, los señores de un millar, cuando te reciben en una audiencia siempre te ofrecen un asiento al mismo nivel que el suyo y te tratan con el ritual que se demuestra a un igual, mientras tú permaneces altivo y distante. Pero ahora llega un viejo pescador y apoya su caña en tu cara, y te doblas como un carillón de piedra inclinándote y postrándote cada vez que le respondes. ¿No es demasiado? Todos tus discípulos piensan que es una conducta muy extraña. ¿Qué ha hecho ese pescador para mececerlo?

Confucio se apoyó en el travesaño del carro, suspiró y dijo:

—Cuánto te cuesta. Cuánto te cuesta cambiar, Tzu-lu. Toda tu dedicación a los ritos y a la rectitud no ha logrado cambiar aún tu corazón servil y mezquino. Mira aquí. Te lo diré. Encontrar a un anciano y no mostrarte respetuoso hacia él es fracasar en los ritos. Ver a una persona valiosa y no venerarla es una falta de bondad. Si ese hombre no fuera alguien que ha *llegado allí*, no podría hacer que los demás se inclinaran y postraran. Y si la gente que se inclina no lo hace de todo corazón, no podrá alcanzar la verdad, y

se herirá a sí misma eternamente. ¡Ay!, no hay nada peor que la falta de bondad hacia los demás, y tú, Tzu-lu, mi seguidor, la has elegido para ti mismo.

»Ahora bien, el Tao es aquello al que las diez mil cosas siguen. Todas las cosas que lo alcanzan, viven; todas las que lo pierden, mueren. Dar la espalda al Tao es engañarse a sí mismo; seguirlo es alcanzar la plenitud. Por consiguiente, allí donde el Tao se encuentra, el sabio lo reverencia. Puede decirse que ese pescador lo posee. ¿Cómo podría atreverme a no mostrarme respetuoso con él?

Glosario

Este glosario contiene una cierta información sobre los nombres, tanto personales como geográficos, que aparecen en esta traducción del *Chuang Tse*. Esperamos que ayude a los lectores a distinguir las figuras y los lugares históricos reales de los míticos, y las creaciones *ad hoc* de este autor, uno de los más imaginativos. Cualquier nombre que no aparezca en el glosario indicará que se trata de un personaje ficticio o histórico de poca importancia que el autor ha utilizado para dar una pátina de historicidad a sus anécdotas ficticias.

Además de los nombres, se ofrecen algunas definiciones y explicaciones de varios términos importantes y temas recurrentes, y algún que otro comentario sobre los recursos literarios, tanto en forma de juegos de palabras como gráfico, que la naturaleza de los caracteres chinos permite realizar. A no ser que no aparezcan en más de una ocasión en la obra, por lo general no se identificará las figuras cuya única función sea claramente retórica.

Arroyo Esclavo: En la China actual e histórica existen varios arroyos que se llaman así, pero posiblemente el autor eligió este nombre por su expresividad temática. (*Véase* Río Guerrero.)

Ch'ang Chi: El personaje histórico que se oculta tras este nombre fue reconocido como un discípulo más o menos destacado del histórico K'ung Ch'iu, conocido

en Occidente como Confucio. Sin embargo, al leer esta obra es esencial recordar que las caracterizaciones personales de figuras como Ch'ang Chi son ante todo interpretaciones ficticias de Chuang Tse.

Ch'ang Hung: Fue un alto oficial en el reino de uno de los reyes de la dinastía Chou terrenal (hasta la dinastía Ch'in [221-206 a. C.], en oposición a los gobernantes míticos o sobrenaturales, que eran llamados reyes en lugar de emperadores). El contexto indica claramente la función que desempeña en el relato.

Chao Wen: Maestro legendario y quizá también histórico del instrumento usualmente traducido como «laúd» (a veces como «cítara»). El laúd de la época de Chuang Tse probablemente se relacionaba estrechamente con el moderno *ch'in*, un instrumento similar al *koto* japonés. Algunas melodías interpretadas con el *ch'in* y una gran cantidad de música de *koto* pueden adquirirse actualmente en disco, casete o CD por quienes deseen tener una idea de lo que Chuang Tse pensaba o recordaba al citarlo.

Ch'en y Ts'ai: Fueron unos estados feudales poco importantes en los períodos de Primavera y Otoño de la dinastía Chou. Son famosos principalmente por haber rechazado a Confucio, que en aquella época era un huésped políticamente peligroso.

Ch'i: Un poderoso estado del Norte de la China de los períodos Primavera y Otoño. Se había desmoronado en la época de Chuang Tse.

Ch'i-chi y Hua-liu: Estos caballos, a los que se les atribuye la facultad de poder correr un millar de *li* (el *li* mide la tercera parte de una milla) en un día, sin duda no sólo son unos animales legendarios, sino también míticos.

Chi Ch'u: Un héroe mítico cultural, inferior a Fu Hsi, cuyas hazañas se describen más adelante en este glosario.

Chieh: También llamado Chieh Kuei, es quizá el último gobernante histórico de la primera dinastía china, la Hsia, que aunque en Occidente se ha considerado durante mucho tiempo legendaria, recientemente son cada vez más los que la consideran una etapa identificable en el desarrollo histórico de China, por no decir una «dinastía». Fue el primero de los «últimos malos gobernantes», necesarios en la historiografía china tradicional por la posición ideológica que afirma que la legitimidad («El Mandato Celeste») tiene una base moral. Si Chieh fue derrocado por el fundador de la dinastía Shang (la «primera dinastía histórica» sobre la que todo el mundo está de acuerdo), significa que debió de haber sido un malvado. Presentado como ejemplo de arrogancia, brutalidad y concupiscencia, sólo el fundador de la dinastía Shang logró enviarlo al exilio. Kuan Lung-feng, conocido por haber sido asesinado por él, le censuró cuando la abominable conducta de Chieh (una ardiente sexualidad yang) provocó que dos importantes ríos se secaran de vergüenza.

Chou: Hay varios. En lengua china, como los nombres se escriben, en la mayoría de los casos, con distintos caracteres, resulta menos confuso de lo que pudiera serlo en castellano. Este personaje, que aparece a continuación de Chieh de la dinastía Hsia, es Chou Hsin, el «último mal gobernante» de la dinastía Shang. Su incorrecta conducta sexual, en concreto con relación a sus excesivas atenciones hacia una concubina, fue, al igual que ocurrió con Chieh, un factor destacado de su mala reputación. Se dice que a petición de T'a Chi, su favo-

rita, consintió en construir unos jardines de recreo provistos con estanques llenos de vino y figuras de personas desnudas colgando de los árboles. Cuando el rey Wu, fundador de la dinastía Chou (este nombre se escribe con un carácter distinto) le destronó, hizo que el palacio de Chou fuera incendiado con él dentro. Demasiado yang, ayudado e inducido por un exceso de yin en la persona de la concubina, causa la inmoralidad que produce la caída del reino. Quizá no sea una pura coincidencia que el carácter chino *chou* que se utiliza para denominar la dinastía (recién mencionada), en la que Chuang Tse vivió y escribió, sea también el carácter que compone el nombre personal de Chuang Tse.

Chuang Chou: Llamado también Chuang Tse o el Maestro Chuang, fue el supuesto autor de la obra titulada *Chuang Tse*. En la actualidad se cree que vivió a finales del siglo IV a. C. El carácter que representa la sílaba «Chuang» muestra a un hombre fuerte escondido bajo algunas hojas. Sin éstas, lo que queda del carácter significa fuerte, robusto y maduro en la flor de la vida. En la lengua china moderna, y posiblemente durante mucho tiempo, las tres etapas de la vida humana se han llamado *ch'ing nian* (los verdes años), *chuang nian* (la flor de la vida) y *lao nian* (la tercera edad). El lector de este libro reconocerá sin duda en el *lao* del *lao nian* el *lao* del nombre de Lao Tse, autor de otra obra clásica taoísta fundamental, el *Tao Te Ching*. Si los diferentes Chuang Tse presentados aquí, desde el Chuang Tse «real», el ingenioso autor de los «Capítulos interiores» (1-7), hasta la figura ficticia del Chuang Tse espadachín del capítulo 30, comparten alguna cosa, es precisamente el vigor de un ser humano en la flor de la vida, al

igual que las palabras de Lao Tse son evidentemente representativas de la sabiduría de la edad. Chou, el nombre personal de Chuang Tse, es el mismo que el de la dinastía en la que vivió. No cabe duda de que Chuang Tse es representativo de la flor de la vida de la cultura Chou, independientemente de que el juego de palabras funcione o no. Los autores chinos solían usar seudónimos, y si Chuang Tse fue un seudónimo, contribuiría a explicar la falta de información histórica que existe sobre el autor. A propósito, aunque en el *Chuang Tse* se mencione a Lao Tse y aparezcan en esta obra varios versos del *Tao Te Ching*, algunos eruditos creen que probablemente la obra del *Chuang Tse* en realidad ya existía como un texto completo antes de la aparición del *Tao Te Ching*.

Ch'ui: A veces mencionado como Ch'ui, el artesano, fue el inventor mítico del compás y la escuadra de carpintero, instrumentos emblemáticos del daño perpetrado a la naturaleza incluso por los avances tecnológicos más básicos.

Confucio: Nacido en el estado de Lu, el Maestro K'ung, K'ung Ch'iu (551-479 a. C.) ha sido uno de los maestros más grandes del mundo. Su importancia queda atestiguada por el hecho de que Chuang Tse lo convierte en el centro de atención de muchas de sus salidas más ingeniosas. Debe observarse que la versión que Chuang Tse hace de Confucio es casi siempre satírica y, la mayoría de las veces, totalmente ficticia. En el relato de Chih, el Ladrón, éste llama al maestro por su nombre personal, Ch'iu, algo que habría sido inconcebible incluso en la época de Confucio, y algo casi, si no totalmente, sacrílego, en la época en el que el capítulo de

Chih, el Ladrón, se escribió. Por otro lado, debe tenerse en cuenta que el Confucio de los «Capítulos interiores» (los siete primeros) es tratado con bastante dulzura, e incluso en los capítulos posteriores se le dedican algunas buenas líneas. Sin embargo, sus seguidores son, de modo uniforme, objeto de sátira.

Corazón y mente: El carácter único que hemos traducido como «corazón y mente» es *hsin*, que en sus primeras formas aparecía como la imagen reconocible de un corazón humano. Cualquier interpretación del significado de la palabra es complicado, porque en algunos periodos de la primera época de la historia china se asumía que el corazón era el órgano de la actividad mental. En la cultura europea generalmente se considera la *mente* como el órgano de la actividad intelectual y se sitúa en el cerebro. Nosotros creemos que Chuang Tse concebía que una adecuada actividad mental conllevaba por igual la razón y la emoción, la lógica y la intuición. La palabra *hsin*, «corazón», es también con frecuencia interpretada por los filósofos chinos como una abreviación de *hsing*, «naturaleza». Al parecer Chuang Tse creía que está en nuestra naturaleza el percibir la realidad con el corazón y la mente al mismo tiempo.

Las diez mil cosas: Generalmente los traductores han interpretado este término como todos los fenómenos. Pero nosotros nos inclinamos a creer que se limita a todas las cosas vivas, aunque no estamos seguros de lo que Chuang Tse consideraba como inanimado.

Duque Huan: Gobernante del estado feudal de Ch'i (reinó en 685-643 a. C.), fue el primero de los cinco «hegemó-

nicos» que dominaron China, sin derrocar formalmente la dinastía Chou, durante la era conocida como los períodos Primavera y Otoño (722-481 a. C.). Kuan Chung fue su primer ministro.

Duque Wei: Seguramente es el hijo histórico del duque Huan.

Emperador Amarillo: Huang Ti, el Emperador Amarillo, fundador mítico del sistema de gobierno chino, fue un héroe civilizador al que se atribuyen muchas invenciones esenciales. Las dos escuelas de taoísmo que aparecieron después de Chuang Tse se denominan Huang-Lao (la escuela del Emperador Amarillo y Lao Tse) y Lao-Chuang (la escuela de Lao Tse y Chuang Tse). La primera escuela fue la base para las religiones populares mágicas, y la segunda, para el pensamiento filosófico elitista. La actitud de los autores del *Chuang Tse* hacia el mítico Emperador Amarillo es decididamente de burla, como era de esperar dadas las circunstancias. Chuang Tse no quiere saber nada de algo tan mundano como es lo sobrenatural.

Fu Hsi: El primero de los cinco gobernantes míticos, un héroe civilizador, inventó, entre otras cosas, la caza, la pesca, el cuidado de los rebaños, los instrumentos musicales y los ocho trigramas originales con los que el *I Ching*, o el *Libro de las Mutaciones*, se construiría más tarde.

Hantan: Capital del estado feudal de Chao; sus habitantes adoptaron una forma elegante de andar.

Hao: Un pequeño estado al este de la China central.

Hsi Shih: Mujer de legendaria belleza.

Huan Tou: Un ministro al servicio de Yao, el primer Emperador Sabio legendario. Aparece en diversas oca-

siones en la obra confuciana del *Shu Ching*, «Libro de la historia». Fue desterrado durante el período en que Shun, el segundo Emperador Sabio, gobernó conjuntamente con Yao.

Hui Tzu: Hui Shih, o el Maestro Hui, fue un personaje real y un contemporáneo del Chuang Tse histórico. Fue la figura más importante en la escuela de los lógicos y los sofistas. El sarcástico trato que Hui Tzu recibe de Chuang Tse como un hombre amarrado en una telaraña de palabras, está coloreado por un reconocimiento a su intelecto e inteligencia. En la base de la descripción de Chuang Tse, por lo visto yace una verdadera amistad humana y no una mera competencia intelectual.

Jan Ch'iu: Conocido también como Tzu Yu, fue discípulo de Confucio. En el *Libro de Mencio*, se menciona que Confucio insulta a Jan Ch'iu por maltratar a los demás durante sus servicios como oficial de una gran familia. El personaje que Chuang Tse presenta aquí parece duro y no del todo franco. Si consideramos la trayectoria profesional posterior de Jan Ch'iu, es posible que Chuang Tse estuviera satirizando también aquí el estilo más bien gnómico que Confucio tenía de enseñar.

Kuan Chung: *Véase* Duque Huan. El pensamiento de Kuan Chung se relacionó con el desarrollo del legalismo, una escuela filosófica defensora del totalitarismo político que alcanzó su cenit sólo tras la muerte de Chuang Tse. Éste habría aborrecido el enfoque de los legalistas con relación al gobierno, y el retrato que hizo de Kuan Chung como un triste estúpido es posiblemente una buena indicación de sus presentimientos sobre la filosofía de Kuan. El Confucio histórico admiró a Kuan Chung; en cambio, Mencio, el gran confuciano, que fue

casi coetáneo de Chuang Tse, también lo despreciaba. Se le considera el primer economista chino.

Kuan Lung-feng: Un virtuoso ministro de Chieh, el «último mal gobernante» de la dinastía Hsia.

Kuan Yin (el Guardián del Paso Fronterizo): Fue la persona que rogó a Lao Tse que escribiera el *Tao Te Ching* (como pago por dejarle cruzar el paso). Esta leyenda original ayuda a reparar la contradicción en que incurrió el hombre que dijo: «Aquel que sabe no habla», al escribir un libro sobre el Camino.

K'uang: Un maestro de música, ya era una figura legendaria en la época de Chuang Tse.

K'un-lun: Cumbre mítica y una cordillera al oeste de China, en la que se creía que moraba una diosa llamada la Reina Madre de Occidente. Se ha identificado con el Himalaya.

Lao Tse: Conocido también en el *Chuang Tse* como Lao Tan y Lao Lai-tzu, fue el autor legendario del *Tao Te Ching*. Las citas de Lao Tse que también aparecen en el *Tao Te Ching*, se encuentran en los capítulos 3, 5, 7, 11, 22 y 26.

Liang: Situado en el tramo medio del río Amarillo, al norte de la llanura china.

Lieh Tse: Después de Lao Tse y Chuang Tse, el Maestro Lieh, el tercero de los taoístas famosos, aparece en esta obra con una imagen favorable y desfavorable. Cabalga sobre el viento, pero como Chuang Tse sugiere, parece costarle ir más allá de esa clase de magia. En algunas anécdotas es, quizá, un hombre sabio. En otras, un loco. Algunos juegos de palabras aparecidos a lo largo del libro se relacionan con los peligros que conlleva ser un buen discípulo, los cuales culminan en el relato

sobre Lieh Tse y «su» maestro Jarra de Vino, cuando éste le sugiere que siga al chamán/fisonomista que acaba de huir. El libro epónimo que se le atribuye es una recopilación posterior que contiene, entre otras cosas, la mayoría de los relatos de Chuang Tse sobre Lieh Tse.

Lu: Este pequeño estado feudal, conservador desde el punto de vista cultural, al suroeste de la península de Shantung, fue el lugar de nacimiento de Confucio. Allí creció y eligió su vocación de maestro, y también sirvió al gobierno (y fue exiliado) por lo menos en dos ocasiones.

Mao Ch'iang: Tal como el texto indica, fue una mujer de legendaria belleza. En la mayoría de los casos en los que el texto define la función de un nombre, no se lo incluye en el glosario. Creemos que vivió en la misma época que su rival Hsi Shih.

Maestro Jarra de Vino: El maestro de Lieh Tse es una creación ficticia de Chuang Tse. El nombre se ha traducido anteriormente como Maestro Jarra o se ha transliterado como Hu Tzu, pero es evidente que Chuang Tse quiere retratar a Lieh Tse como el discípulo de una Jarra de Vino. El pasaje se inicia con un Lieh Tse embriagado por los poderes del chamán fisonomista; la palabra «embriaguez» sólo se usa en otra ocasión en todo el libro (quizá de forma reveladora, en el pasaje en el que Kuan Yin compara la iluminación alcohólica con la verdadera). La palabra *hu*, que significa explícitamente «*Jarra* de Vino», aparece tanto en la poesía de T'ao Ch'ien como en la de Li Po, y los dos famosos poetas eran bebedores y taoístas. El potencial vínculo irónico entre la intoxicación química y la espiritual, la embriaguez y la iluminación, se encuentra tanto en Chuang Tse como en esos dos poetas.

Min Tzu: Min Tzu-ch'ien fue discípulo de Confucio. Mencio dijo que se igualaba a Yen Hui, el favorito de Confucio, como modelo de conducta virtuosa.

Mo Tse: Mo Ti fue el fundador histórico (s. IV a. C.) de una religión basada en el amor universal, la parquedad en los ritos y la creencia en el más allá. Sus seguidores reciben el nombre de moístas. *Véase* Yang Chu.

No hacer: No significa la *inacción*, sino actuar sin más. La capacidad de alcanzar algo a través del no hacer se halla en la naturaleza del sabio. Para el taoísta, se alcanza por medio de la meditación, de «sentarse olvidando», que permite al meditador liberarse de las palabras, unirse con el Tao. Por tanto, el no hacer es un perfecto hacer, actuar sin esfuerzo o interés, sin un principio o un final, como el propio Tao. Todos los seres nacen con esta capacidad, pero aquellos que han olvidado el no hacer deben recuperarlo desaprendiendo, olvidando. Es hacer lo mejor que uno pueda en un sentido paradójico: lo que está más allá de la realidad y de tu destino, no puedes hacerlo; todo lo demás, debes intentar hacerlo lo mejor posible, pero sin esforzarte excesivamente, aunque no sea agradable.

El Mar Jo del Norte: Dios del Mar del Norte (es decir, del Mar Amarillo, al noreste de China, en el que el río Amarillo desemboca). En el texto original, aparece un juego de palabras asombrosamente similar al del «Jo-José» de esta obra, en el que el nombre del dios se repite como un elemento de la frase siguiente, burlándose del esnobismo del *relativamente* iluminado. Por lo visto, Chuang Tse comparte con Shakespeare la infausta disposición de arriesgar el mundo por un juego de palabras.

P'eng: Una de las grandes creaciones imaginativas de Chuang Tse. El carácter moderno chino se compone de un elemento fonético, el cual le da la pronunciación, y de un elemento significante, que significa «pájaro», de modo que la interpretación convencional es que es el pájaro (significante) cuyo nombre se pronuncia *p'eng*, como el elemento fonético. Pero originariamente el elemento fonético se utilizó para designar el nombre del pájaro, y en la escritura antigua el carácter que forma aquella posición fonética es claramente el dibujo de un pájaro enorme. Ahora su significado alternativo predominante es también el de «amigo», «compañero» o «pareja». Chuang Tse y este pájaro son tal para cual.

P'eng Tzu: Existe un considerable desacuerdo sobre la edad de esta famosa versión china de Matusalén.

Pi Kan: Figura histórica que aparece en varias ocasiones en el *Libro de los Documentos*. Fue un leal ministro de Chou Hsin (aka Shou), el «último mal rey» de la dinastía Shang. Aquí Chuang Tse establece el patrón para la cosmovisión histórica tradicional china, al apreciar tanto nobleza como estupidez en una lealtad que resulta fatal.

El Poder de la Virtud: Ésta es nuestra interpretación del término chino *te*, usualmente traducido como poder o bien como virtud. Es el poder que uno encuentra al identificarse con el Tao, pudiendo así practicar el no hacer con un efecto perfecto. Es una conducta virtuosa no en el sentido convencional, sino más bien en el místico. Es el poder supremo, pero como el propio no hacer, está condicionado por la realidad y el destino. El poder supremo de una cascada es distinto al de un ser humano, aunque ambos estén plenamente realizados.

Po Lo: Jinete legendario, experto en caballos y domador de excepcionales corceles. En una cultura en la que se criaban caballos para la guerra y se valoraba mucho la habilidad de un buen jinete, la elección de Chuang Tse al escoger a Po Lo como emblema de la brutalidad de la tecnología debe haber sido muy significativa.

Po Yi: Po Yi y Shu Ch'i fueron hermanos. Modelos de lealtad, después de renunciar a heredar el trono de su padre en el principado de Ku-chu, tras el derrocamiento de la dinastía Shang, se negaron a ceder su alianza feudal a la dinastía Chou, y murieron de inanición en la ladera del Monte Shouyang.

Rey Wen: El culto rey Wen, llamado a veces simplemente Wen, gobernó el estado de Chou antes de suplantar a la dinastía Shang. Según la mitología confuciana, fue gracias a su virtud cívica (*wen*) que alcanzó el Mandato Celeste para su casa. El rey Wen adicto a los torneos de espadas del capítulo 30 fue un reyezuelo de un pequeño reino que vivió en la época de los Estados en Guerra (480-222 a. C.).

Rey Wu: El Rey Marcial fue el primogénito del rey Wen de Chou. Conquistó Shang y estableció la dinastía Chou sirviéndose de la fuerza de las armas. El equilibrio entre *wen* y *wu*, la virtud cívica y la virtud militar, es uno de los temas más importantes de la mitología china.

Río Guerrero: Ni los comentarios antiguos ni las obras geográficas modernas ofrecen ningún indicio de que este nombre corresponda a un lugar real. Al igual que ocurre con el Arroyo Esclavo (véase el capítulo 17, «Inundaciones otoñales»), el nombre parece haberse elegido por su evocador efecto. Pone de relieve la discrepancia filosófica entre Chuang Tse y su amigo Hui

Tzu, y permite que Chuang Tse remate su disparatada estratagema lingüística con un juego de palabras a expensas del combativo sofista.

Shen-t'u Ti: Por lo visto, una creación *ad hoc*. No estamos seguros del significado que encierran las referencias acerca de abrazarse a un árbol y a una columna que aparecen en el capítulo 29.

Shih: A Shih Yu, modelo histórico de la rectitud confuciana, se le empareja con Tseng Shen (Tseng Tzu) por encarnar la más rígida de las virtudes confucianas.

Shouyang: Conocida también como la Montaña Cumulonimbo, está situada al este de la gran curva que traza hacia el norte el río Amarillo, en el mismo corazón de los antiguos dominios de la dinastía Shang y de los principios de la dinastía Chou.

Shun: Segundo de los tres Emperadores Sabios, Yao lo eligió para que gobernara junto con él y como sucesor por su piedad filial. Existen varios relatos míticos maravillosos sobre los sufrimientos que padeció en su juventud.

Sung: Pequeño estado de la dinastía Chou situado en el centro de China, en la orilla meridional del río Amarillo, hacia la mitad de su recorrido. Según la historia documentada, el río Amarillo cambió su cauce de manera catastrófica en varias ocasiones, yendo a desembocar al mar bien por el norte o bien por el sur de la península de Shantung. Durante uno de los principales cambios alternativos hacia el sur para desembocar al mar pasó por el centro de Sung. Sung era también el hogar del filósofo Mo Tse. Por alguna razón (¿propaganda anti-Mo Tse?) sus habitantes a menudo parecen haber sido blanco de las bromas sobre su estupidez.

Tao: El Camino. Lao Tse dice en la traducción de Ursula Le Guin:

El Tao que puede ser expresado
no es el Tao verdadero.
El nombre que puede ser definido
no es el nombre inmutable.[1]

Una de las características más importantes del Camino es que no puede definirse con palabras. Chuang Tse evita citar el término siempre que puede, por esta obvia razón. El autor del capítulo 31 del *Chuang Tse* nos ofrece, mediante la conversación que el insensato Confucio mantiene con el viejo pescador, una buena definición:

Ahora bien, el Tao es aquello que las diez mil cosas siguen. Todas las cosas que lo alcanzan, viven; todas las que lo pierden, mueren. Dar la espalda al Tao es engañarse a sí mismo; seguirlo es alcanzar la plenitud.

T'ien Ch'eng-tzu: Personaje histórico. El texto del *Chuang Tse* es inexacto respecto al momento de la usurpación, pero esta figura aparece en otros textos históricos de la época.

Tseng Tzu: Tseng Shen, o el Maestro Tseng, fue uno de los discípulos más importantes de Confucio. Modelo de piedad filial, se le considera a veces el responsable del excesivo énfasis que recibió únicamente esta virtud en la ortodoxia confuciana a partir de la dinastía Han. Se le empareja con Shih Yu por encarnar la más rígida de las virtudes confucianas.

1. *Lao Tzu, Tao Te Ching: A Book About the Way and the Power of the Way*, Shambhala Publications, Boston, 1997.

Tzu-chang: Históricamente, un discípulo de Confucio. Es necesario tener en cuenta que, al igual que ocurre con Confucio en estas páginas, todos los discípulos están sujetos a los caprichos humorísticos del autor.

Tzu-hsu: Un ministro leal y sagaz que ayudó a varios reyes del estado sur de Wu en las luchas que se estaban llevando a cabo contra el estado vecino de Yueh.

Tzu-kung: Otro discípulo de Confucio, llamado también Tuan-mu Ssu, fue conocido en especial por su elocuencia.

Tzu-lu: Discípulo y ayudante de campo de Confucio. En las *Analectas*, aparece un claro vínculo de afecto entre estos dos hombres tan distintos. Los autores del *Chuang Tse* explotan el conocimiento que el lector tiene de este vínculo.

Tzu Sang: Una creación *ad hoc*; el nombre significa «señor Mora».

Tzu Yu: Una creación *ad hoc*; el nombre significa «señor Carruaje».

Wei, Wey, Way: Estados feudales cuyos nombres se escriben con caracteres totalmente distintos, pero que se transliteran con un mismo nombre (tradicionalmente como Wei).

Wu: Área semibárbara, en la época de Chuang Tse se encontraba en el extremo del sudeste de China. Pero con la expansión geográfica de la China moderna, la misma zona se halla ahora al este del centro de China. Estaba proverbialmente en guerra con el estado vecino de Yueh.

Yang Chu: Se considera que el pensamiento de Yang Chu, una figura histórica (s. IV a. C.), anuncia el taoísmo en sí. Al parecer, defendió un moderado egoísmo, pero no era un hedonista. Su filosofía, centrada relativamente

en uno mismo, hace buena pareja con el abnegado idealismo de Mo Tse.

Yang, el Tigre: Un bandido genérico. Este apellido es el Yang del yin y el yang, e indica su violenta naturaleza, la cual, en su máxima expresión, lo convierte en un Tigre. Las líneas en las que aparece constituyen uno de los anticlímax más divertidos e irónicos de la literatura universal. Confucio es el centro de la broma, como usualmente ocurre en la obra del *Chuang Tse*, al menos fuera de los «Capítulos interiores».

Yao: El primero de los Tres Emperadores Sabios, que precedió a la fundación de la legendaria dinastía Hsia, ignoró a su propio hijo, casó a dos de sus hijas con Shun, y le entregó el trono. La base de las actitudes chinas hacia una soberanía legítima pueden encontrarse en los mitos que tratan sobre Yao, Shun y Yu el Grande. Los mitos reducidos a historia sobre la tríada Wen, Wu y Chou Kung, fundadores de la dinastía Chou, explican más a fondo estos temas. Confucio idealiza ambos grupos. Chuang Tse los hace volver a la realidad.

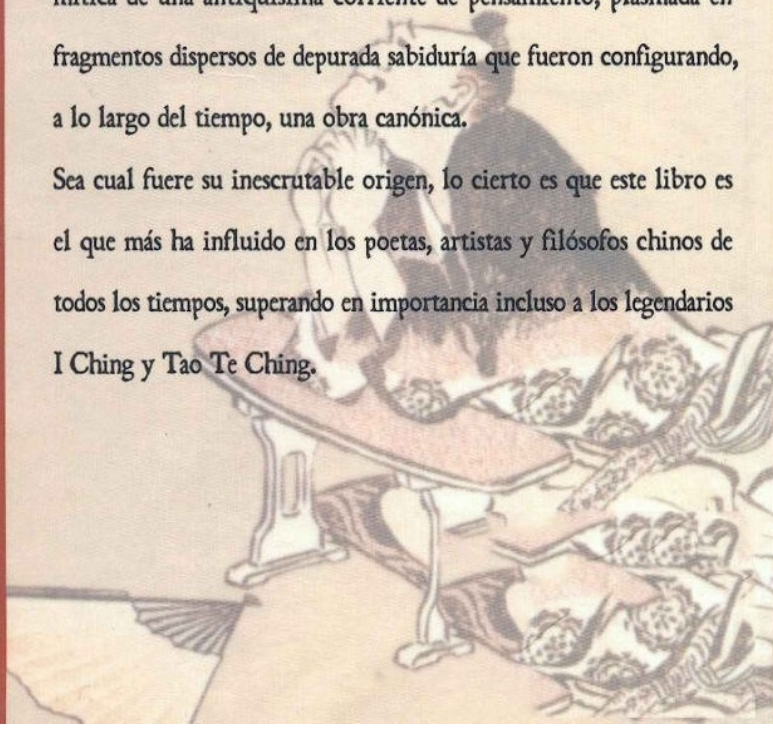
Yen Hui: Llamado también Yen Huan, fue el discípulo favorito de Confucio. Persona brillante y estudiante excepcionalmente sensible y trabajador, murió joven.

Yi: Yi y P'eng meng son unos maestros arqueros legendarios.

Yu el Grande: el tercero de los Tres Emperadores Sabios, trabajó durante años para drenar la «gran inundación» (drenar y controlar el delta y los estuarios del río Amarillo), y Shun le recompensó con el trono. Yu el Grande se lo cedió a su propio hijo e inició con ello la

dinastía Hsia, el primer período (¿protohistórico?) gobernado por seres humanos corrientes.

Yueh: En la antigüedad, un estado identificado con las costas sudestes de la China moderna. Se hallaba proverbialmente en guerra con el estado vecino de Wu.

Junto con Lao Tse, el también semilegendario Chuang Tse es el máximo representante del taoísmo, el maestro de maestros. En alguna medida, se le puede identificar con el filósofo Chuang Chou (369-286 a. C.), autor de una parte del libro; sin embargo, al igual que Homero o el propio Lao Tse, constituye también la encarnación mítica de una antiquísima corriente de pensamiento, plasmada en fragmentos dispersos de depurada sabiduría que fueron configurando, a lo largo del tiempo, una obra canónica.

Sea cual fuere su inescrutable origen, lo cierto es que este libro es el que más ha influido en los poetas, artistas y filósofos chinos de todos los tiempos, superando en importancia incluso a los legendarios I Ching y Tao Te Ching.